

REVISTA EUROPEA.

Núm. 64

25 DE ABRIL DE 1875.

AÑO II.

CARTAS INÉDITAS DE ENRIQUE HEINE.

II. *

Abandonemos estas consideraciones generales, y pasemos á la lectura de las cartas de que al comenzar hemos hablado. Estas cartas van dirigidas á un antiguo camarada de colegio, Cristian Sethe, hombre que ocupó más tarde cargos importantes en la magistratura prusiana, y de carácter recto y severo, que por su seriedad y buen sentido era llamado desde muy joven *Staatsrath* (consejero de Estado).

Heine describe el aprecio y estima en que le tiene diciendo:

Du aber standest fest gleich einem Thurme;
Ein Leuchtturm war dein Kopf mir in dem [Sturme;
Dein treues Herz war mir ein guter Hafen.
Wohl wogt um jenen wilde Brandung,
Nur wen'ge Schieff' erringen dort die Landung,
Doch ist man dort, so kann man sicher schlafen.

(Te levantabas firme y seguro como una torre. En la tormenta érame tu cabeza salvadora luz, y tu noble pecho generoso puerto. Había, es verdad, en su redor terrible oleaje, y pocos buques lograban la entrada; pero una vez dentro, dormíase tranquilo.)

Sethe conservó siempre las cartas de Heine, hasta que, después de su muerte, ocurrida un año más tarde que la del poeta, en 1857, han pasado á las manos de su hijo Heinrich Sethe, juez municipal en Berlín. Por mediación de éste, las ha publicado el profesor Hüffer en el número 2 *der Deutschen Rundschau*. La primera carta está fechada en Hamburgo, donde trabajaba en el comercio al lado de su tío, el rico y generoso judío Salomon Heine. Esta carta nos pinta el estado psicológico del futuro poeta en esta ciudad.

CARTA PRIMERA.

Hamburgo, 6 de Julio 1815.

Accepi: 15 Julio 1816.

Respondi: 10 Agosto 1816.

A CRISTIAN SETHE.

Sí, decididamente, ahora voy á escribir á mi amigo Cristian. No digo sin duda que ésta sea la hora más propicia, porque siento algo extraordinario en mi espíritu y hállase mi corazón tan profundamente excitado, que muy grande es la atención que debo poner para que no se escape alguna

palabra indiscreta que acuse el estado de mi ánimo.

Ya adivino con qué atención habrían de mirarme dos hermosísimos ojos azules que conozco y amo mucho; pero que son, en mi concepto, demasiado frios. He vuelto de nuevo á sentarme para continuar mi carta, y he dejado salir de mi corazón lo que para tí hubiera sido siempre hablarte en griego. Te tengo bastante cariño. ¿Qué hay de bueno, viejo? ¿Qué placer tan grande y extraordinario experimento cuando veo que me escribes! ¡Hazlo! Y cuenta que el mucho rogar, ni aún á nuestro mismo Dios, me es agradable. Sigo muy bien. Soy mi único señor, y me encuentro tan dueño de mí mismo, y me hallo tan orgulloso, tan firme y tan elevado, que contemplo á los hombres que me rodean como genticillas, como enanuelos; hé aquí dónde están mis alegrías. Cristian, ¿conoces al vano fanfarrón? Sin embargo

Wenn die stunde konunt, wo das Herz mir [schwillt.
Und blühender Zanber den Busen entquillt,
Dann greif ich zenn Griffel rasch und wild,
Und mahle mit worten das Zanbergebild.

(Cuando llega el momento que mi corazón bulle, sé presto y alegre empuñar la pluma, y con vivas palabras pintar mágicos cuadros.)

Mas ¡ay! ¡maldita vanidad! parece como si la musa me fuera infiel, como si, quedándose atrás, me hubiera dejado venir solo hácia el Norte. ¿Es ella también mujer? ¿O se asustará tal vez de las horribles cuestiones mercantiles que aquí me ocupan? Es verdad que esto es un nido de comerciantes. Prostitutas hay muchas; musas, ni una. Algunos bardos alemanes han adquirido tisis en la laringe por cantar en este lugar. Voy á decirte algo.

Als ich ging nach Ottensen hin,
Auf Klopstocks Grab gewesen ich bin.
Viel schumcke und stattliche Menschen dort [standen
Und den Leichenstein mit Blumen umwanden,
Die lächeiten sich einander an
Und glauben Wunders was sie gethan.
Ych aber stand beim heiligen Ort,
Und stand so still und sprach kein wort,
Meine seele war da unten tief
Wo der heilige deustche Sänger schlieff.

(Cuando fui á Ottensen visité el sepulcro de Klopstock. Hallábanse allí muchos muy vestidos y engalanados, que rodeaban la losa de flores y sonreían entre sí como si hicieran algo extraordinario. Yo estaba en pie en el lugar santo, inmóvil y sin pronunciar una pala-

* Véase el número 59, página 201.

bra, y con mi alma profundamente postrada ante el sitio donde duerme el santo bardo alemán.)

¿Y bien? ¡Ya lo ves! Aun ante la sepultura misma de Klopstock mi musa enmudece. Sólo de una manera lastimosa puedo terminar mis rimas. Antes que todo, querido Cristian, te suplico acójame en tu seno al pobre Levita. Es la voz de la humanidad la que escuchas. Te pido por todo lo que es más santo que le ayudes. Está en grandísima necesidad. Mi corazón sangra. No puedo hablar mucho, las palabras me abrasan las entrañas.

Lavo, pues, mis manos en la inocencia, y todo cae sobre tu alma...

Mi dirección: Harry Heine. Grosse Bleiche 307. Hamburgo.

Regocíjate! Regocíjate! dentro de cuatro semanas veré á Molly.—Al venir ella, vendrá también mi musa.

Hace dos años que no la veo. ¿Qué tienes, corazón, que tanto te alegras y tan vivamente palpitas?

Adios, querido Cristian, no me olvides.—Tu amigo, H. HEINE.

Saludos á Pellman, y especialmente al buen Zugemaglio (suplica á éste te dé la carta que quiere enviarme). No olvides á Unzer, Lottner y Wunneberg. Divertirse y engordar mucho.

Mis respetos á tus padres y hermanas.

Por empezar la lectura de la carta tropezamos con la contradicción que existe entre la fecha que la encabeza y la del *accepti*, la cual no puede dar ocasión á duda alguna, pues positivamente sabemos que en esa fecha no se hallaba Heine en Hamburgo, y que con toda seguridad podemos admitir que fué escrita en 1816 y no en 1815. De todos modos, muy pocos son los años que el poeta contaba, y vemos que bien temprano germinó en su pecho aquel amor, que, ilusión primero y estéril imagen después, nunca le abandonó en el penoso camino de su vida. Ya en sus mismos comienzos, cuando más ardiente debió ser la pasión y más ciego el entusiasmo, vemos que Heine supone que esos hermosos ojos, «que conoce y ama mucho, son demasiado fríos.»

A pesar de su propósito de no revelar á su amigo Sethe lo que por su espíritu acontecía, manifiesta á la posteridad datos de gran importancia para el estudio de su carácter, pues le observamos luchando consigo mismo y con el medio que le rodea, donde ni su propia musa quiso acompañarle, horrorizada tal vez del bullicio y agiotaje del comercio hamburgües. Nos confiesa su amor por Molly, esa Molly tan elogiada como maldecida, y nos abre su pecho para mostrarnos el regocijo y la emoción que experimenta con la esperanza de ver á Molly, que, á la vez que la ilusión, le trae su rezagada musa.

Mas ¿quién es Molly? ¿quién es esa amante tan celebrada por el poeta en todas las formas de la alegría, como llorada con todos los fonos del dolor? Molly nos es conocida. Sabemos que es su prima Amalia Heine,

la hija del rico Salomon Heine, y la que más tarde, en 1821, fué la esposa de un tal John Friedländer, de Königsberg. Desde bien pronto fijó Heine ese amor que quedó grabado en su alma con persistencia incomparable, amor que, al llenarle de poesía, le colmó de triste amargura. Veamos qué efecto hacía en Molly el amor del vehemente poeta:

CARTA SEGUNDA.

Hamburgo, 27 Octubre, 1816.

Accepti: 25 Noviembre, 1816.

Respondi: 19 Enero, 1817.

AL ESTUDIANTE CRISTIAN SETHE.—DÜSSELDORF.

¡No me ama! ¡Pronuncia, querido Cristian, esta palabra en voz baja, muy baja! En la última está el eterno cielo, siempre vivo; pero en la primera está el infierno mismo, siempre eterno. Si tú pudieras ver un sólo instante á tu pobre amigo, contemplar su pálido rostro y el aire descompuesto y enloquecido que tiene, seguramente que el legítimo disgusto que mi largo silencio te había causado, iría amortiguándose poco á poco. Fuera mejor aún que pudieras penetrar una sola de tus miradas en las profundidades de su alma; entonces únicamente empezarías á quererle.

Conviene ahora que sepas, querido Cristian, que cada uno de mis pensamientos es una carta que te dirijo, ó al ménos, así parece que ésta se desenvuelve; y últimamente tenía preparada una muy larga, donde te refería todo, desde el huevo de Leda hasta la destrucción de Troya. He roto la carta, en lo cual creo haber obrado sólidamente, porque nunca habría podido servir para otra cosa sino para caer en manos extrañas y ser entonces de fatales consecuencias para mí. Tampoco hubieras podido ayudarme en esta materia.

Tengo algo que contarte. Tú ya sabes, Cristian, que desde el primer instante en que tuve el gusto de verte, me he sentido atraído hácia tí de una manera involuntaria, y sin poder darme cuenta de ello, he ido queriéndote y amándote más cada día. Hace tiempo que creo haberte hablado de las muchas veces que al mirar tu rostro he encontrado en él, y particularmente en tus ojos, algo que de una manera extraña me rechazaba y á la vez me atraía hácia tí vivamente, casi como si en un mismo momento recibiera de ellos un dulce bienestar y también la burla más fría, áspera y amarga. Pues bien, ese mismo misterio, ese enigma, lo he encontrado en las miradas de Molly. Eso es precisamente lo que tanto me confunde. No obstante que tengo pruebas evidentes é irrefutables de que nunca ha de amarme, pruebas que el mismo rector Schallmeyer aceptaría como lógicas y que no producirían la más pequeña cuestión para negar la verdad de su sistema,—sin embargo, mi pobre corazón enamorado no quiere dar todavía su *concedo*, y se dice á sí mismo: ¿qué me importa tu lógica? Yo tengo mi lógica particular.—La he vuelto á ver.

Dem Teufel meine Seele,
Dem Henker sei der Leib,
Doch ich allein erwähle
Für mich das schöne Weib.

(Vaya mi alma al demonio, y al verdugo mi cuerpo, que para mí sólo quiero el amor de la mujer.)

¡Ay! ¿No te estremeces de miedo, Cristian? Tiembla, tiembla que también tiemblo yo.—Quema esta carta. Dios tenga piedad de mi alma.—No, no he sido yo quien ha escrito esas palabras.—Hay sentado en mi silla un hombre pálido y demacrado que lo ha escrito. Esto sucede porque es ya media noche.—¡Oh, Dios! El loco no peca.—¡Oh tú! tú no respires demasiado fuerte; acabo de erigir en este lugar un preciosísimo castillo de naipes y en su cúspide me encuentro yo teniéndola entre mis brazos.—Mira, Cristian, sólo tu amigo podría elevar su mirada hasta el Altísimo (¿le conoces?); ciertamente que parece como si eso también ha de ser su perdición. Pero tú tampoco serías capaz de imaginarte la magnificencia y el encanto que hay en mi perdición!—*Aut Cesar aut nihil*; ha sido siempre mi lema.—Todo en todo.

Soy un jugador atolondrado de ajedrez.—A la primera jugada pierdo la reina; pero, no obstante, sigo jugando y—juego por la Reina.—¿Debo continuar?

«Quand on a tout perdu et qu'on n'a plus d'espoir
La vie est une opprobre et la mort un devoir.»

¡Calla, perverso y maldito frances, con la hedionda gangrena de tu desesperación!—¿No conoces el amor alemán? Se funda en dos indestructibles pilares, en la dignidad del hombre y en la fe.—Mas presérvame, Santo Dios, del tenebroso é imperceptible poder del momento. Léjos de ella, y llevar en mi seno, durante largos años, abrasadores deseos, es sufrir el martirio del infierno, y sólo gritos infernales de dolor pueden brotar de mi pecho. Mas estar cerca de ella y consumirse á veces en vano durante semanas enteras por su purificadora mirada y... ¡Oh Cristian! ¡El espíritu más puro, el más piadoso, puede también abrasarse en la más insensata impiedad!

¡Ay, Cristian! Tú tienes muy buen sentido y no has de reconvenirme por mi largo silencio. No sabes el horrible martirio que me causa el aguzado arpon con que arranco las palabras de mi alma. Otras gentes pueden escribir como quieren y cuando quieren, y calzanse el coturno para pasar mejor por encima del fango. Lo que tú puedes tener aquí por coturnos, son figuras gigantes de amargura que salen de las sangrientas y anchas heridas del corazón. No te enfades, Cristian; te estimo tanto, te quiero tanto y... ¡ay! ¡me siento tan desgraciado! Cristian, ¿tú también me rechazas? ¡Ay! mucho me han engañado los presentimientos de mi razón; esta vez, ¿serán también falsos? Dime sí ó nó. Eres el único que me queda; di sí ó nó. Por lo que te sea más santo, dime la verdad. ¿Sí? ¡Ah! cobro entonces la esperanza de que mi presentimiento respecto á Molly tampoco me engaña. ¿No? ¡Ah! Entonces...

Escribe pronto, querido Cristian; ¿no es verdad que así lo harás?

Desgarra mi corazón el ver con qué sequedad y dureza humilla ella mis canciones, sólo para ella compuestas; y cómo se burla de mí. Pero, ¿creerás que, á pesar de todo esto, amo ahora á mi musa más que nunca? Es mi fiel y consoladora amiga, tiene una dulzura tan misteriosa, que siento por ella vivísimo amor.—Con qué verdad me alcanzan aquellas palabras de Goethe en el *Tasso*: «¡Todo ha concluido; sólo una cosa resta!

Natura nos dió lágrimas, el grito del dolor, cuando el hombre no puede ya más. Y á mí me dió aún algo más. Me dió melodía y voces en el dolor para quejarme de mi sufrimiento. Y cuando el hombre de tanto penar enmudece, díome Dios el dón de decir cómo sufro.»

Compongo mucho, pues tengo bastante tiempo, y las numerosas especulaciones del comercio no me hacen pensar gran cosa.—No sé si mis poesías de ahora son mejores que las anteriores; pero seguramente son mucho más suaves y dulces, como *dolor templado en la miel* (1). Tengo pensado hacerlas imprimir en breve plazo (esto, sin embargo, puede durar largos meses). Mas la cuestión capital está en que, como son puras canciones de amor, podrían perjudicar mucho á mi posición de comerciante. Esto no puedo explicártelo tan exactamente como quisiera, porque tú ignoras el espíritu que aquí reina. Pero te confesaré con toda sinceridad, que además de que en esta ciudad de ágios no hay el más mínimo sentimiento de poesía (aunque privadamente se encomienden y paguen al contado *carminadas* para matrimonios, entierros y bautizos), se ha desarrollado también desde hace algún tiempo una gravísima tirantez entre los judíos bautizados y los no bautizados (todos los hamburgueses son, para mí, judíos; y los que, para distinguir de los circuncidados, llamo bautizados, son los que el vulgo llama cristianos). Con tal estado de cosas, se presume fácilmente que el amor cristiano no dejaría muy bien paradas las canciones de amor del judío. Un buen consejo me será muy importante; fuera de esto, no sé tampoco cómo se dispone la impresión de un libro: espero, Cristian, entendido como eres en la materia, que me instruyas al efecto.

Llevo aquí una vida aisladísima.—Esto te lo explicarás fácilmente después de lo que acabo de escribirte. Mi tío vive en el campo; pásase allí la vida entre fiestas y ceremonias: así, que el despreocupado bardo peca muy á menudo contra la etiqueta. La volatería diplomática, los millonarios, los sapientísimos senadores, etc., etc., no es gente para mí. Ultimamente ha pasado por aquí el soberbio, el homérico, el divino Blücher, y he tenido la dicha de comer en su compañía en casa de mi tío. ¡Qué hombre! Eso sí que da placer.

En todas partes es muy considerado y recibido el sobrino del gran (¿.....?) Heine. Muchachas muy bellas le miran con muy buenos ojos, palpitan los senos, y las madres calculan... pero... pero y más pero, es lo único que en limpio resulta; y nadie más me queda que *yo mismo*. Lo que es este extravagante personaje, lo sabe Cristian mejor que yo.—Estoy muy preocupado porque no sé si esta carta te encontrará aún en tu casa ó si llegará á tus manos cuando te la remitan. En todo caso, si aún te queda alguna chispa de amistad, escríbeme en seguida si la has recibido oportunamente. Mientras tanto no puedo dormir con toda tranquilidad.—¿Cómo te va? Escribe. Mucho placer experimento descifrando tu letra; pero, mira, un poquito más de claridad no vendría muy mal. No obsta esto para que, aunque sean garabatos, me dé por contento.

Quizá muy pronto tenga algo importante que

(1) Hemos hecho la traducción textual del original *awie in Honig getauchter Schmerz*, porque es tan gráfica la comparación, que no hemos podido encontrar en castellano una que la equivalga.

decirte sobre asuntos religiosos... ¿Se ha vuelto loco Heine? te dirás tú. Pero, qué quieres; es necesario que yo también tenga una Madona. ¿Vendrá lo celestial á reemplazarme lo terrenal? Quiero embriagar mis sentidos. Sólo en las profundidades infinitas de la Mística puede desvanecerse mi interminable dolor. ¡Cuán miserable me parece ahora el *saber*, en su traje de pordiosero! Lo que antes me pareció evidente claridad, muéstrame ahora en descubierta desnudez.

«Sed como los niños» (1): ¡qué estúpido he sido cuando presumía comprender esas palabras!— Los niños *creen*.—HEINE.

Cuando tenga ocasion te remitiré el tabaco.

Hace cerca de un mes que tengo esta carta en mi pupitre.—He querido saber antes si ya te habías marchado de Düsseldorf. Acabo de recibir tu muy querida carta. ¡Dios mío! ¡Aún no han muerto para mí todas mis alegrías! Perdóname, noble Cristian, siempre te he querido con toda mi alma; pero hay momentos, y quién sabe si siempre, en que no he sabido comprenderte. ¿Cómo te ha permitido tu orgullo escribir tres veces al pobre Harry, ignorando si recibirías respuesta? Mas, ¡Dios mío! ¡el pobre Harry, ya no lo será tanto! Por mi carta verás lo que hay en mi corazón; aún sigue ocurriendo lo mismo; pero soporto ahora el dolor con más virilidad. Siento, es verdad, un acabamiento interior, y veo también cómo la Poesía se desvanece. ¡Oh! M...! mucho me cuestan!—Te abrazo, Cristian; pero, oye, no oprimas tan fuerte, que sobre el desnudo pecho cuelga una cadenita negra de hierro, y allí donde precisamente el corazón palpita, cae una cruz del mismo metal, dentro un... rizo de M... ¡Ah! Eso quema... ¡oh! Cristian.

Ya no puedo más.—El correo sale al instante. Mi tío quiere tenerme lejos de aquí. Mi padre se queja de que no hago ningún negocio, á pesar de los grandes gastos que le origino, pero *coute ce que coute*, aquí me quedo.—Escribeme pronto.

Pocos documentos podríamos encontrar que nos dieran tanta luz y nos guiaran mejor en el conocimiento de Heine como las revelaciones que esta carta nos hace, pues hallamos en ella aquel corazón tan velado y misterioso, libre de todo disimulo y recelo, abierto franca y noblemente, y presentando toda la sencillez é ingenuidad de sus pocos más que diez y seis años.

Admira, por otra parte, observar cómo se habían agotado ya para el poeta casi todas sus esperanzas en edad tan temprana, y sorprende no poco la fuerza, energía y plenitud de espíritu que en tan pocos años llegó á alcanzar. Bien al comienzo de su vida le vemos desesperarse con un amor que no le promete un éxito lisonjero, amor que resume toda su ambición, y que

(1) Estas palabras han sufrido una traducción demasiado libre, y no determinan, sin embargo, todo el sentido que Heine expresa. Al citar esa frase de la Biblia: «Werdet wie die Kindlein», se hace aquí relación á aquel pasaje del Evangelio de San Mateo, cap. XVIII, 3, en que dijo Jesús: «de cierto os digo que si no os volviereis y fuereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.» La traducción alemana de la Biblia emplea un giro diferente á la nuestra, y así, al hallarnos con las palabras «Werdet wie die Kindlein», hemos resuelto hacer la traducción como el lector acaba de ver.

es tanto lo que le importa, que aún viéndose rechazado, se sostiene, sin embargo, por esas sinrazones internas que el hombre se forma en sus mayores contratiempos, y que se fundan y explican en esas «lógicas particulares» que para cada caso poseemos.

En rudo combate con todo lo que le rodea, limita su aspiración en el triunfo de esa mujer, aún á costa de dar al demonio su alma, y al verdugo su cuerpo; por ese motivo, no obstante, de que á la primera jugada perdió la *reina*, continuaba jugando por ella. Con las revelaciones ingenuas que nos encontramos en esta carta, obtenemos el alma, la vida, por decir así, de muchas de sus composiciones que se presentaban ántes á nuestra vista envueltas en cierta oscuridad y misterio, y comprendemos que respondían, no á invenciones fantásticas y caprichosas, sino al estado y á las necesidades de su espíritu. Así, cuando en sus versos hallamos alusiones á un amor infiel y perverso, sabemos ya, que no debemos atribuir esto á un amor en un tiempo correspondido y más tarde defraudado, sino que esta infidelidad se refiere á las esperanzas mismas del poeta, fundadas únicamente en la «lógica particular» del amor que se consume en los desprecios que recibe, y que considera su desgracia tan enorme que no quiere reconocerla ni suicidarse para siempre con su *concedo*.

Muy interesante es la confesión que nos hace de sus sentimientos religiosos y de los propósitos que en este respecto le animaban; muéstranos aquí el estado angustiado de su espíritu, que abrumado por las miles dificultades que en todas partes encuentra, desespera de hallar calma y sosiego en medio de elementos que siempre le fueron antipáticos, y con los cuales tenía que sostener una lucha permanente. De aquí, que acosado por todo género de molestias, sin presumir tampoco que alcanzaría alguna vez una tregua que le aliviara y repusiera de sus constantes malestares, pensara un momento aislarse por completo de la atmósfera que le emponzoñaba la vida, y arrojarse resueltamente á las profundidades de la *mística*, con la idea de encontrar lo que en el mundo del saber y del movimiento había siempre deseado, pero nunca obtenido, la paz del alma. Hastiado de la esterilidad del *saber* y de su ineficacia, buscó la vida en el seno de la *fe*. Esto le hace experimentar la necesidad de tener su Madona, su Virgen, para que de esta manera no sea tan pobre como ántes, y con el entusiasmo y exaltación por ésta, olvidar los desprecios y los desdenes de la altiva Molly.

Este propósito, comunicado con la franqueza que puede existir entre jóvenes de muy corta edad, y manifestado con una espontaneidad que jamás volveremos á hallar en ninguna otra carta ú obra de Heine, le limpia de las injustas acusaciones que se le dirigen por haber abrazado más tarde, en 1825, el protestantismo. No sostendré ciertamente que Heine admitiera

en ese momento los dogmas de esa religion, lleno de un verdadero fervor, pues confiesa con sinceridad en su autobiografía que no era únicamente el acto del bautismo el lazo que á esa religion le unía; pero en cambio, existen motivos para suponer que si nunca logró perder ni disimular sus arraigadas convicciones panteistas, no fué esto efecto de su voluntad, pues ni le faltó el deseo ni ménos la esperanza de dominar su impotencia. Puede sentarse con toda seguridad y sin temor de ser desmentido, que existió en su alma la necesidad de acallar con el sentimiento religioso los continuos martirios que le aquejaban, y que pensó un día calmarlos sumiéndose en las profundidades de la mística; pensó en esto como medio de curacion que sirviera de bálsamo á su lacerado espíritu, ó como puerto de refugio donde tomar fuerzas más activas que las que hasta entónces disponía.

Mas, á pesar del propósito y del deseo de tener una Madona, no abrazó Heine este culto, al ménos públicamente, y su vida exterior continuó conservando siempre el mismo disgusto é indiferencia por todas las religiones. Pero el pensamiento este, que indudablemente existió cuando así lo comunica á su amigo Sethe, nos sirve además para resolver una dificultad que ocurría al lector cuando tropezaba con algunas poesías cuyo objeto de inspiracion es María, y que generalmente citaban los críticos para demostrar la inconstancia y contradiccion de su carácter. Al mismo tiempo se ve que muchas de sus composiciones publicadas en época muy posterior á ésta, fueron creadas en este período, cosa que no sólo comprueban las que ahora mencionamos, sino tambien otras que reflejan perfectamente el mismo estado psicológico que en esta carta hallamos, y que no citamos por no ser prolijos.

Mucho tenía que luchar Heine para decir «*coute ce que coute* aquí me quedo,» en una ciudad donde todo le era repulsivo, y mucho debía ser el amor que profesaba á Molly para apetecer la vida en un pueblo, objeto de sus odios y testigo de los desdenes de su amada. Mas el corazon desgraciado tiene su *lógica particular*, y Heine se sirvió de la suya todo cuanto pudo, que fué hasta mediados del verano del año de 1819, en que, convencido por fin su tío Salomon de la mala suerte y poca habilidad de Heine para asuntos mercantiles, y del mal éxito de cuantas tentativas había acometido, se decidió á destinarle para una carrera académica, eligiendo entre éstas la que conceptuó más lucrativa, y estimando en poco la vocacion poética del sobrino.

En el semestre de invierno de ese año se hallaba ya Heine visitando los cursos de la Universidad de Bonn, recientemente fundada, en union de sus antiguos camaradas Sethe, Pellman, y en compañía y amistad con Liebig, Juan Müller, Jarcke, Simrock, Bauerband y otros varios, despues tan conocidos y tan célebres en su culta patria. En esta Universidad conoció y admiró

á Augusto Guillermo de Schlegel, por quien sintió un entusiasmo que no fué tan exagerado como algunos han querido, y cuya importante influencia en la formacion de su talento es para todos cosa manifiesta.

Permaneció Heine un año en esta Universidad, y pasadas las vacaciones del otoño del 1821 en el pueblecito Beul, enfrente de Bonn, con el objeto de trabajar con todo reposo en su tragedia *Almanzor*, emprendió un viaje á pié por Westfalia en direccion á Göttingen, donde se matriculó en el semestre de invierno. Si corta fué su residencia en Bonn, ménos lo fué aún en esta última ciudad, porque empeñados aquí una cuestion y un duelo, tuvo que abandonar esa Universidad en Enero de 1821. Con la autorizacion de su tío, pasó á Berlin buscando campo mayor para sus aspiraciones, que de dia en dia crecían y aumentaban como su talento, y cambiando la monotonía y poca vida del pueblo, por el movimiento y actividad de la gran ciudad.

Mayor fué el círculo que en esta ciudad encontró Heine y mayor tambien el número de aquellos que en privado tuvieron ocasion de estimar las dotes y las cualidades de su musa. Además de esto, el comercio y amistad que sostuvo con Varnhagen, Moser, Michael Beer, le fueron de gran provecho, lo mismo que el círculo literario de Emilia von Hohenhausen, donde el conocimiento y trato de autores ya célebres, le guiaban y excitaban en sus primeros pasos. Sólo en esta época consigue Heine ver impresas sus poesías desde cinco años ántes anunciadas á su amigo Sethe, y que en vano pidieron hospitalidad al editor Weber, de Bonn, y á Brockhaus, de Leipzig, pues tenían por autor á un desconocido nombre no muy atractivo para un editor. Sus relaciones y su crédito, un tanto extendido, le abrieron las columnas de la revista de Gubitzi, *El Gesellschafter*, entónces muy leído, y á contar del 7 de Mayo de 1821 salieron al público unas cuantas composiciones, que gustaron y sorprendieron tanto, por su tono original y la novedad de su carácter, que fueron notadas por todos, alabadas por muchos, censuradas por otros é imitadas por algunos, y en Octubre del mismo año parodiadas.

Este período es seguramente el que más aliento y valor proporcionó al poeta, pues sus triunfos son ya reales y no ilusiones de su caprichosa fantasía. Yo, por mi parte, no dudo que en estos momentos sintió Heine por primera vez que su espíritu se embriagaba con el deleite de ver que realizaba una de sus esperanzas, mejor dicho, una de sus convicciones. En los tiempos inmediatos á estos acontecimientos, le vemos activo, emprendedor, lleno de ilusiones y de propósitos; en esta ocasion escribe y compone mucho; su musa es viva, fresca, jovial, tan fecunda, que en tres dias inventa, traza y acaba el *Ractliff*. Si alguna vez una lágrima furtiva, testimonio mudo del sumo placer, pudo rodar por aquellas mejillas tan gastadas y que-

brantadas por las del dolor, sólo pudo suceder en estos primeros momentos de confianza en sus propias fuerzas y de satisfacción por el éxito.

¡Cuán cortos fueron estos momentos y cuán pronto se extinguió el avaro manantial que calmaba la sed del poeta! El sino de Heine fué el sufrimiento, y si en momentos fugaces gustó el placer, fué para estimar mejor el martirio de su destino y el dolor de sus desgracias. Naturaleza excitable como pocas, y exigente cual ninguna, duélenle más las censuras de unos pocos que las alabanzas de los más, y de tal modo sobredomina á esto lo anterior, que más preocupado de la iniquidad de aquéllos que de los elogios de éstos, siente de nuevo latir en su alma ese *weltschmerz* (dolor universal) de que con tanta razón se hizo eco. Por otro lado, esos aplausos que un minuto le enloquecieron, no llenaban el vacío que en su corazón había, ni cicatrizaban la sangrienta herida que le destruía. Resucitan con más fuerza sus antiguas penas, y con éstas crecen de nuevo otras que su misma fama le produce. Desarróllasele también, por otra parte, un mal nervioso, que debía acompañarle hasta el sepulcro; así, por do quiera ve envidiosos de su nombre y de su gloria; en todos los labios sonrisas de burla que se dibujaban á su presencia misma; no encuentra su espíritu lugar donde desahogarse; para colmo de desventura tiene efecto en esta época el casamiento de Molly, y en un momento de rabia y encono protesta contra sus amigos, contra sus conciudadanos, y piensa: «en una palmera que léjos Oriente, etc.»

La carta tercera, que á continuación traducimos, corresponde á la situación de que hablamos.

CARTA TERCERA.

a. 14/4 22.

Querido Cristian:

Sabes que he escrito pocas esquelas. Puedes por lo tanto comprender que vas á leer algo de muchísima importancia y quizá también eminentemente racional.

Esta noche pasada, cuando me era imposible conciliar el sueño, he reflexionado mucho, y he ido enumerando todas las cosas que amo; éstas son:

Núm. 1. La sombra de una mujer, que ahora sólo en mis poesías vive.

Núm. 2. Una idea preciosa, encarnada en el polaco.

Núm. 3. Un hombre, que hasta hoy he concebido en ti.

Núm. 4. Mi nueva tragedia.

Núm. 5. Una *olla podrida* de Familia, Verdad, Revolución francesa, derechos humanos, Lessing, Herder, Schiller, etc., etc.

En el núm. 3 está lo que ahora se trata. Siempre he de amarte, pues esto no depende de mí. Hace ya mucho tiempo que sé esto.

Pero nuestra amistad no puede continuar.

Te declaro que desde el 15 de Abril dejaré de ser tu amigo, y que por lo tanto, me desprendo

de todos los lazos y deberes que á tí me unen, y que, por consiguiente, tampoco podrás por tu parte exigirme más de lo que pueden pretender la urbanidad y la cortesía convencionales. Si se diera el caso que fueras mi amigo, cosa que nunca he creído completamente, te libro por mi parte para lo sucesivo de todos tus deberes. Espero, según la ley internacional entre antiguos y buenos amigos, que nunca hables de todo lo que te he dicho antes del 15 de Abril, pues es quizá mi deseo que nadie se entere de ello. Ahora, todo lo que te diga después del 15, que, si no estoy equivocado, será mañana, puedes decirlo á todo el mundo, á Klein, y éste puede también hacerlo á su hermano, éste á los Clicke, éstos á Berlin y Berlin á toda Alemania. Quedas también libre para poderme llamar ignorante, á mí, el más instruido de todos los hombres, y desacreditarme por todas partes como necio y vano. Pero te suplico que en ese caso no olvides añadir que ya no somos amigos. Estoy seguro y te doy mi palabra de estar perfectamente convencido de que nadie en Alemania sabe tanto como yo. Lo que sucede, es que á mí no me gusta hacer alarde de mi saber, y,—querido Cristian, no creas que no te aprecio al decirte que ya no puedo ser tu amigo, pues hago esto porque me ha gustado siempre proceder contigo noble y francamente, y no podría ahora quebrantar mis hábitos. Me encuentro en este instante en una disposición de ánimo muy particular, y esto quizá tenga gran parte en todo lo que me acontece. Todo lo que es alemán me es antipático, y tú desgraciadamente eres alemán. Todo lo alemán me causa el mismo efecto que si fuera un vomitivo. La lengua alemana destroza mis oídos. A veces me repugnan mis propias poesías cuando veo que están escritas en alemán. Esta misma esquela me es repulsiva, porque las letras alemanas crisan mis nervios. *Je n'aurais jamais cru que ces bêtes qu'on nomme allemands, soient une race si ennuyante et malicieuse en même temps. Aussitôt que ma santé sera restablie, je quitterai l'Allemagne, je passerai en Arabie, j'y menerai une vie pastorale, je serai homme dans toute l'étendue du terme, je vivrai parmi des chameaux, qui ne sont pas étudiants, je ferrai des vers arabes, beaux comme le morlaccat, en fin, je serai assis sur le rocher sacré, où Mödschnun a soupiré après Leila.*—¡Oh, Cristian!—Si supieras cuánto suspira mi alma por la tranquilidad, y cuánto, sin embargo, va aumentando diariamente mi dolor. Ya casi no puedo dormir. En mis sueños veo á mis llamados amigos cuchichear secretamente cuentos y noticias que corren por mi cerebro como gotas de plomo. Durante el día, persígueme un incesante recelo; por todas partes oigo mi nombre y veo en seguida sarcásticas sonrisas. Si deseas envenenarme, tráeme á la memoria las caras de Klein, Simons, Bölling, Stucker, Plücker; las de los estudiantes de Bonne, y la de nuestros paisanos. La chusma miserable ha contribuido bastante para emponzoñarme el aire de Berlin. A tí, Cristian, te debo también algo.

Mas no creas que esté enfadado contigo y que exista algún hecho especial que sea causa de esta carta.

Espero que en todo el tiempo que permanezca en Berlin, hemos de vernos y hablarnos frecuentemente. Deseo también que vengas á verme alguna vez, pues no quiero correr el riesgo de encon-

trarte en sociedad con caras desagradables. Uno de estos días te visitaré. Siento mucho no poder devolverte los nueve thalers hasta el 1.º de Mayo, y más ser causa de que tengas compromisos de dinero. Es muy censurable que no te haya devuelto ese dinero hace algunos meses cuando cobré mi orden. En otros tiempos solía ser la puntualidad una de mis virtudes. También visitaré á tu familia en estos días. Adios, querido Cristian, y apréciame tanto como puedas en estas circunstancias especiales.

Tu amigo, hasta mañana.—E. HEINE.

Berlin 14 de Abril, 1822.

El designado en el número 2 como una de las cosas queridas, es el conde Eugenio de Breza, polaco, hombre que supo inspirar á Heine una amistad decidida y duradera, y á cuyo recuerdo prodigaba todo género de elogios. De él dijo Heine: «era el único hombre en cuya sociedad nunca me aburrí, el único que por sus chispeantes ocurrencias sabía inspirarme algún gusto por la vida, y en cuyas nobles y dulces facciones podía yo contemplar con toda fidelidad el aspecto que debió tener un día mi alma, cuando era mi vida bella y pura como una flor, y cuando todavía no había sido manchada por el odio y por la mentira.» Con motivo de una visita que hizo más tarde á este amigo, escribió su trabajo sobre Polonia.

La antipatía que muestra en esta carta contra los alemanes, no es sistemática, como algunos han supuesto (prueba contraria su admiración por Blucher), sino efecto de las circunstancias, y sobre todo, creada por la incompatibilidad que sentía por todo lo que le rodeaba. La manera repentina como comunica al noble y leal Sethe sus desazonados propósitos, no es tampoco la única, pues lo mismo hizo en otra ocasión con Moser y con Rahel. Afortunadamente para Heine, del mismo modo que concebía en un minuto odios mortales para su mejor amigo, sin darse gran cuenta de los cargos que podía hacerles, del mismo modo también pasaba aquella tempestad, y tranquilizado, comprendía su error é injusticia.

Algún tiempo despues salió Sethe de Berlin para Münster, donde fué á ocupar un puesto oficial. En este mismo lugar se encontraba también un antiguo camarada, Steinmann, y además un nuevo amigo, Immermann, que había hecho una crítica muy notable de sus poesías.

CARTA CUARTA.

Berlin, 21 Enero de 1823.

Querido Cristian:

Realmente no debía escribirte, porque al hacerlo, debía escribírtelo todo. Además, ya puedes comprender cómo vivo y cómo pienso.—Ya no estás aquí.—Hé ahí el tema, todo lo demás son glosas.

Enfermo, aislado, enemistado é incapaz de go-

zar de la vida. Ahí tienes cómo vivo aquí. Ahora no escribo casi nada, y necesito tomar duchas. No tengo en este lugar casi ningún amigo; una pandilla de bribones se ha propuesto perderme de cualquier manera que les sea posible, y reúnen con antiguos amigos de nombre... Mis dramas saldrán con toda regularidad dentro de seis ú ocho semanas.—El editor será probablemente Dümler. Por el correo próximo te remitiré mi artículo sobre Polonia, que he escrito para Breza y bajo el chorro de las duchas; le hallarás vergonzantemente transformado por Gubitz, y mutilado por la censura de una manera atroz. Este artículo me ha hecho odiar por los barones y condes; en lugares aún más elevados me encuentro también bastante denigrado. Da, nó obstante, á Immermann el sitio donde trata de su escrito crítico. Profeso á Immermann mucho cariño por el carácter valiente que en él veo. Deseo oír el juicio que formas de él. Deseo aún más que tengas con él las mayores relaciones de amistad. Esto se lo he dicho también. Si esto sucede, os haré una visita en Münster. Adios, sigue estimándome.

Mi dirección: H. H. Taubenstrasse, 32.

Nunca te imaginarás la falta que me haces, tú, á quien tanto quiero y de quien no tengo que temer tener una queja.

Adios.—E. HEINE.

En algún tiempo no pudo Heine realizar el plan de visitar á sus amigos; en el mes de Julio pasó á Hamburgo, donde de nuevo despertaron en su pecho los recuerdos de su amada, y de nuevo su fantasía los perpetuó con bellísimas formas. Ya entonces quiso pasar á Paris; pero careciendo del apoyo de su tío para este objeto, y siguiendo su consejo, fué á Göttingen, donde pasó todo el año de 1824. En Mayo de 1825 hizo su exámen académico, y en Junio del mismo año abrazó el Protestantismo en Keiligenstadt. Como premio del resultado de su exámen recibió de su tío los medios para hacer un viaje á Norderney y visitar esa nueva amada, el Mar, cuyos amores y caprichos cantó con tanta belleza. Estando al lado de una dama en esta isla, vió aparecer á su amigo Sethe, acompañado de la que acababa de hacer su esposa. Heine escribió á un amigo, á Klein: «He visto á Sethe, que se ha casado, para que la noble, fiel y hermosa raza no se pierda.»

CARTA QUINTA.

Norderney, á fines de Agosto 1825.

Querido Cristian:

¡Si te hubieras quedado un par de días más en Norderney, ó si hubiera yo sido un poco ménos asno! Por más, Cristian, que soy el más erudito de Alemania, no puedo asegurar bajo mi palabra que sea también el de más talento. Es necesario que me prestes seis luises de oro. Me encuentro en el mayor compromiso. No creo te extrañará que justamente acuda á tí. Estás todavía muy vivo en mi memoria, y si no eres aún mi mejor amigo—cosa que no espero,—eres entre mis mejores amigos al que más fácilmente puedo recurrir.

rir, y el que, como completo filisteo (1), puede privarse con ménos trabajo de un par de luises durante dos meses. Además, eres el que tiene garantías más seguras de no perder conmigo ese dinero. Creo que recibirás esta carta con toda seguridad, y que me prestarás los seis luises de oro hasta que haga mi viaje á Berlin, es decir, hasta Enero; de otra manera me veré en un grandísimo compromiso y tendré que confesar á mi familia que he malgastado los cincuenta luises que hace poco me ha remitido para viajes y baños, lo cual, dada mi situacion con ella, que tú conoces perfectamente, sería para mí de gravísimas consecuencias.

El correo va á salir de un momento á otro, y estoy demasiado fastidiado para poder escribir largo; pero aunque necesito abrirte todo mi pecho, esto no sería nunca hoy, porque el objeto particular de esta carta es el préstamo que te pido. ¿Realmente no han cambiado, Cristian, tus opiniones sobre mí? Por mi parte, siguen las mías siempre inalterables; es decir, que lo mismo me enfado contigo ahora que ántes. Ya me entiendes, hablo de la antigua falsedad. Daría cualquier cosa por no tener que contenerme y empezar á reír y burlarme de tí, hoy sobre todo, que quiero sacarte dinero. He sabido por Giesen,—que por cierto perdió anteayer quince luises al faraon,—que tu hermana ha sido prometida á Unger. Estoy convencido que si pudieras no me habrías dicho una palabra de tu casamiento. No pregunto nunca, pero me enfado siempre.—Lo mejor que tienes es lo mucho que te quiero y lo poco difícil que eres para soltar dinero. Mándame, pues, los seis luises de oro en una carta bajo la direccion:

Al Doctr. Jur. E. Heine, en casa de los señores Herold y Wahlstab.—Lüneburg.

Ten cuidado de no escribir nada en esta carta, que haré abrir por un conocido en ese lugar; en otra particular, y con la misma direccion, puedes escribirme.—Dime también si debo devolverte esa suma ántes del mes de Enero, y si debo hacerlo en Berlin á tu familia. En el próximo correo te escribiré más largo.

CARTA SEXTA.

Norderney, 1.º de Setiembre 1825.

Consejero de Estado:

En este instante sé tan sólo que la semana pasada te he escrito en un momento de grandísimo disgusto, y que lo hice á toda prisa. El barco estaba dispuesto para salir, sólo por mi carta se detenía, y en tal situacion me llevaban los diablos, porque tenía que escribir á todo escape. Espero que al cabo te has orientado en mi carta y que has comprendido que te pido seis luises de oro y la manera cómo debías remitirlos y demas

(1) Esta palabra es empleada en Alemania por los estudiantes para designar, no sólo á aquellos que tienen ocupaciones ajenas á las académicas, sino también á todos los caracteres tranquilos amigos del retraimiento y del poco ruido, á las gentes egoistas y de miras personales, á los timoratos y avejentados; en una palabra, á los que no son como ellos *gente del bronce*. Heine aplica este calificativo á su amigo en el sentido de metódico y hombre de órden, y, por lo tanto, libre de trampas y de apuros.

accesorios. Vuelvo á escribirte, porque no sé si te advertía de no escribirme nada en la carta que los remitieras, porque mando desde aquí la órden de que la abran y que me envíen su contenido. Motivos muy poderosos me detendrán todavía por algun tiempo en Hannover; así, si tienes que decirme algo privadamente, escíbeme en una carta particular bajo la misma direccion.

Puedes estar convencido que te doy la prueba más grande de mi amistad al dirigirme á tí en esta necesidad de una manera tan confiada, no obstante de ciertos motivos de desconfianza que interiormente siento. No olvides nunca este hecho, particularmente para cuando llegue el caso—cosa que dudo,—de prestarte un servicio. Mas tu me entiendes.

¡Oh Cristian! hoy me encuentro muy abatido, y todos mis deseos son hablar de cosas pasadas, de la antigua melancolía y de las nuevas locuras, de la amarga estupidez y de la tierna dulzura del dolor. Siempre soy el antiguo loco, el que cuando apenas ha hecho la paz con el mundo exterior, empieza de nuevo á ser atormentado por luchas interiores.—Hace un tiempo muy triste; sólo escucho el bramido del mar.—¡Ay, si me fuera dado yacer sepultado bajo las blanquecinas dunas!—Mis aspiraciones se han ido moderando. Hubo un tiempo que deseé ser enterrado bajo una palmera del Jordan.—¡Malditas sean las despedidas que tan tierno me ponen! He pasado aquí dias encantadores; he sentido mi vanidad personal dulcemente halagada, casi llegué á creerme que el doctor Heine es una persona amabilísima, y deleitar mi espíritu en la contemplacion de la bella dama á cuyo lado me encontraste. En los últimos dias ésta me distinguía mucho... pero ya se ha marchado. La marcha de la princesa Solms me ha sido muy sensible; estábamos tanto juntos y sabíamos bromear tan bien. Ella me lisonjeaba mucho, y ya sabes, Cristian, que esto siempre produce su efecto.—Los oficiales hannoverianos que he visto aquí no me han desagradado del todo; no tienen la inteligencia que los prusianos, pero son más honorables, y bajo el uniforme, que raramente visten, esconden el más fino gentleman. Hablo aquí principalmente de los oficiales que han servido en la legion y que cuentan tantos rasgos bellos y gloriosos en España, Portugal, Irlanda, Inglaterra, Sicilia, y hasta en las islas Jónicas y en la India. ¡Qué pequeños resuenan, al contrario, los nombres de Jena, Katzbach, Leipzig, Bellalanz y... Paris, el último grado de nuestra gloria á que hemos llegado (Dios sabe cómo!)—¡Silencio, silencio! que quiero poder leer en Berlin!—Mas yo mismo estoy curioso de saber en qué parará todo esto.—Saludos á tu esposa, la cual parece convenirte mucho y que no perdonará nada para hacer tu felicidad.

Tan pronto como llegue á Berlin publicaré algo. Tengo que cuidarme mucho de lo que publico, porque no tengo quién me aconseje. Estoy describiendo el viaje que hago. En el mes próximo pienso remitirte mi viaje por el Harz.—Adios, consérvate bueno, no seas filisteo y sigue estimándome,—mas ¡alto aquí! que me vuelvo sentimental.

Tu amigo, E. HEINE.

CARTA SÉTIMA.

Lüneburg, 12 de Noviembre de 1825.

a. 25/11 25.

r. 21/4 26.

Querido Cristian:

He recibido los cinco luises de oro, y he encontrado tambien en estos dias tu carta del 10 de Octubre. Presumo que no estás en Bokum, y te dirijo ésta á Coblenza. Me hallo en disposicion de salir de un instante al otro para Hamburgo, para cuyo sitio quise marchar desde Norderney, pero que no fué posible realizar á causa del viento contrario. Estuve seis dias en el mar, y al fin tuvimos que arribar; saltamos á tierra, me enfermé, tuve que escribir pidiendo dinero, y etc., etc. Tus cinco luises han llegado, aunque algo tarde, muy á tiempo, y en ocasion oportuna te serán devueltos, y por ahora no te molestaré, dándote las gracias y mi reconocimiento. Es verdad que para eso me falta tambien el tiempo, pues me apremian muchos asuntos que tengo que arreglar para mi viaje. Una vez en Hamburgo, te escribiré como se debe. Quién sabe si desde allí te escribo que he abierto mi bufete de abogado, que me he casado, que escribo mucho, etc., etc.

Me va bastante bien con mis escritos.—Mucha provision de manuscritos.

Pensaba haberte enviado algo, pero no he recibido nada impreso; mas, dentro de algunas semanas con toda seguridad te remitiré alguna cosa.

Consérvate bueno, querido Cristian, y sigue siempre estimándome. Mil saludos á tu señora. Cuando me escribas, dime algo de Kreisler. Esté donde quiera, recibo siempre tus cartas con tal que las dirijas: Doctor E. Heine, por medio del señor Heine, Mercado, Lüneburg. Vive en la persuasion que te aprecio entrañablemente; pues por mi parte estoy convencido de tu adhesion, de la cual he recibido la prueba más evidente.

Siempre tu amigo.—E. HEINE.

Con esta carta termina la correspondencia entre Heine y Sethe, sin que por eso haya razon para negar que no hubiera continuado; pues más tarde, en 1843, al visitar Heine Alemania despues de una ausencia de doce años, no olvidó á su antiguo camarada y pasó á Münster, donde estuvo algunos dias en su compañía. Por otra parte, es casi evidente que aquella amistad debió enfriarse bastante, segun Heine acentuaba más en Paris su burla y despecho contra Prusia, y segun fué siendo mayor el abismo que entre él y el severo y rígido magistrado prusiano existía.

La importancia y significacion de estas cartas son bien palpables y no es necesario insistir en su valor, y ménos aún en la belleza y encanto que encierran especialmente la segunda y tercera. Esta parte la dejamos completamente al juicio y competencia del lector; en la que hemos insistido especialmente, es en la parte íntima del poeta, en su estado personal, mejor dicho, en su carácter psicológico. Hemos insistido en este punto, porque no queremos ni podemos considerar la obra del artista como cosa casi ajena á él, como un simple producto, sino como el aspecto, como la

manifestacion de su espíritu. Cuando esta obra es la de un Heine ó un Leopardi, su estudio es mucho más interesante, y hay que considerarla como espejo de su alma, y no establecer una especie de diferencia entre lo sentido por el poeta y lo compuesto y poetizado, y permanecer frio é insensible cuando llegan á nuestro oido los gritos de dolor que desgarran el alma del poeta. En una palabra, porque no somos de los que dicen:

Suave, mari magno turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem.

JOSÉ DEL PEROJO.

RECUERDOS FINANCIEROS.

UN MINISTRO DE HACIENDA EN TIEMPO
DEL ABSOLUTISMO.

I.

Excmo. Sr. D. Gabriel Rodriguez:

Ahora que vive usted retirado de la vida pública, donde se cosechan grandes amarguras, y le será grato recordar las aficiones económicas de otros tiempos, es ocasion oportuna de que consulte á usted mi parecer, siempre humilde y escasamente valedero, respecto á la iniciativa, á los proyectos y á los trabajos de un hombre eminente entre los más eminentes hacendistas españoles.

Aludo á D. Martin de Garay, aquel Ministro entusiasta y laborioso que desempeñó la Cartera de Hacienda, allá por los años de 1817 y 1818, cuando la reaccion absolutista estaba en todo su esplendor, y el deseo de perseguir á los devotos de las libertades públicas era una manía de carácter nacional. Los españoles, siempre impresionables, caminan de escollo en escollo, buscando ó combatiendo soluciones extremas, sin tener en cuenta que la libertad práctica, defendida más por el poder de la costumbre que por la fuerza de la ley, lleva consigo el enaltecimiento del ciudadano, el predominio de la moral pública, la satisfaccion de la propia conciencia y el respeto á todos los derechos.

Ministros hubo en España muy ilustrados, de pureza intachable, de carácter entero, de virtudes cívicas, prácticos en el arte de gobernar, concedores de las necesidades públicas, amantados en el estudio y tolerantes por educacion; pero sin desconocer sus merecimientos, que la historia consigna y consignará siempre para perpetua enseñanza de los venideros, entiendo que D. Martin de Garay sobresale como una gran figura en la Hacienda española, y puede pa-

rangonarse su espíritu de reforma con el más innovador de los pasados y de los presentes tiempos.

Es preciso fijarse en la época y en las corrientes políticas del momento histórico en que Garay fué Ministro de Hacienda; es preciso conocer, como usted sabe á las mil maravillas, la serie de sucesos ocurridos desde el 8 de Febrero de 1817, fecha de su definitivo nombramiento, hasta el 14 de Setiembre de 1818, día de su relevación; es preciso penetrar en los misterios, en las confabulaciones, en las intrigas cortesanas, para comprender todas las amarguras que sufrió en breve período de tiempo aquel respetable hombre público y la recompensa negativa que obtuvieron sus desinteresados servicios á la Hacienda nacional. La envidia por un lado, planta que crece y se desarrolla fácilmente en nuestra España, ahora y ántes, ántes y siempre; la resistencia á toda innovacion por otro, y el carácter independiente de Garay, fueron causas ó pretextos bastantes á derribarle de las alturas del poder, mas no á que perdiese en la opinion de los doctos y entre las gentes imparciales el título de honrado, de sabio y de tolerante.

Vencieron las malas pasiones puestas en juego por la preocupacion y la ignorancia, pero subsiste y subsistirá en la historia el plan de Garay, mientras que sus émulos y detractores apénas son conocidos ó fueron prontamente olvidados en el gran libro de nuestras glorias ó de nuestras desdichas nacionales.

Fijemos, pues, la atencion y la inteligencia, si usted lo consiente, Sr. Rodriguez, en los hechos que precedieron ó siguieron á la justificada elevacion de nuestro D. Martin de Garay. Aunque este hacendista subió al Ministerio en 23 de Diciembre de 1816, lo fué con el carácter de interino y por la cualidad de Consejero de Estado, pero su nombramiento definitivo y su posicion ministerial corresponde, como indiqué á usted hace breves momentos, al 8 de Febrero del año siguiente.

Garay, educado en la escuela de Jovellanos y adicto á la libertad constitucional, era entónces una esperanza para los espíritus afligidos y una buena nueva para los espectadores de tantas y tan insoportables reacciones. En él tenían fija la mirada las inteligencias liberales, los caracteres varoniles, áun los mismos que desmayaban ante la presencia de los mártires ó el terror de los castigos impuestos por la pasion política ó la venganza de las muchedumbres. Los antecedentes de aquel respetable hacendista, sus servicios en la guerra de la Independencia, su prodigiosa actividad en la Junta Central y el favor de la opinion, justifican sobradamente el voto de los hombres ilustrados.

Garay era necesario en el poder. El Rey así lo creía, y Fernando VII así lo dispuso.

La gente cortesana, que busca en la adulacion el medro de su privanza personal, procuró impedir la entrada de Garay en el Ministerio. Sabían que era un

hombre peritísimo y una inteligencia primorosa; les constaba que su carácter no se doblegaba ni al interes, ni al elogio, ni á la amenaza, y todos sus esfuerzos se dirigieron á dejar sin efecto su nombramiento de secretario del despacho, como más tarde lo prepararon y consiguieron con D. Manuel Abad y Queipo, obispo de Mechoacan, electo Ministro de Gracia y Justicia, que no llegó, por orden Real, á tomar posesion de su altísimo cargo; es decir; que fué entónces y sigue siendo en la historia el docto prelado un Ministro electo que, por causas ajenas á su voluntad, no desempeñó la cartera que le estaba designada.

Todas las asechanzas, todos los anónimos, todas las calumnias que se dirigían contra Garay, se estrellaron ante la actitud del Soberano y de sus consejeros irresponsables. Es preciso hacer justicia en esta parte á la fuerza de voluntad del Rey y de sus ministros.

Hasta tal punto llegaron en aquel período de silencio los desahogos de la maledicencia, que circulaban y se leían en públicas y misteriosas reuniones coplas vulgares, poniendo en ridículo, primero al honrado Ministro, y despues á su plan de Hacienda. La décima que obtuvo más éxito por entónces, y que fué objeto de picantes comentarios, es la siguiente:

Señor don Martin Garay,
Usted nos está engañando,
Usted nos está sacando
El poco dinero que hay:
Ni Smith ni Bautista Say
Enseñaron tal doctrina;
Y desde que usted domina
La nacion con su manobra,
El que ha de cobrar no cobra
Y el que paga se arruina.

Los amigos de Garay, mal aconsejados sin duda, parodiaron la decimilla en estos términos:

No es el honrado Garay
El que nos está engañando,
Ni quien nos está sacando
El poco dinero que hay:
De Smith y Bautista Say
Sabe muy bien la doctrina,
Pero.
El Rey solo es el que cobra
Y el Estado se arruina.

La copla dirigida al Ministro de Hacienda revela mala intencion; la que tiende á defenderle entraña malicia: aquella busca la ironía para zaherir su buen nombre y su reputacion financiera; ésta procura lastimar á quien estaba más alto que Garay; la una sacrifica al chiste la honra personal, la otra sacrifica una institucion por defender un hombre.

Tales cantares, pródigamente oídos, y otros que el deber exige olvidar, tenían que producir lamentables desavenencias.

Pero sigamos adelante.

La Hacienda se hallaba perdida; el Tesoro de la Nación y el Tesoro de Palacio, confundidos entre sí, no contaban con productos saneados; la administracion de las rentas en manos imperitas ó desleales; la situacion de España era verdaderamente apurada, sin medios para sufragar los gastos de la expedicion á América, preparada en Cádiz, sin dinero bastante para normalizar el presupuesto del Estado y sin los recursos que demandaban, no sólo el Empréstito de Holanda, fruto del Reinado anterior, sino los intereses vencidos y no satisfechos de la inmensa Deuda nacional y extranjera por nosotros contraida. Acabábamos de salir triunfantes en la guerra de la Independencia, donde el valor, el ingenio y el heroísmo español rayaron á grande altura; todas las clases y todas las fortunas, excepcion hecha de contadas individualidades, habían prodigado su sangre y sus tesoros en defensa de la madre patria; así es, que nuestro país era un vastísimo cementerio, tumba de tantos valientes, y un espectáculo de ruinas, entre las que se hallaban gran parte de los frutos y edificios de nuestros contribuyentes.

España, exhausta, desangrada y sin recursos, necesitaba reponerse de pasados quebrantos metálicos, y lo hubiera conseguido si la reaccion absolutista, mal dirigida y peor aplicada, ávida de odios y codiciosa de venganzas, no fomentase una emigracion forzada, base de conjuraciones incesantes y de eternos pronunciamientos.

La verdad es, que á fines de 1816 y primeros dias de 1817 la Hacienda nacional estaba en gravísimo peligro, y en más peligro todavía la situacion de nuestras, entónces, posesiones americanas. La declaracion de nulidad de los créditos liquidados ó inscritos en los libros del Rey intruso y el restablecimiento del Santo Oficio, cuyos bienes estaban afectos á la amortizacion de los vales reales, trajeron consigo lo que no podían ménos de traer: 1.º, grandísimos quebrantos á muchos inocentes compradores de bienes nacionales, y 2.º, el descenso inmediato de los valores públicos, por la desaparicion de toda hipoteca ó garantía especial.

Garay estaba imposibilitado de operar, ya con los bienes ó rentas del Tribunal de la Inquisicion, ya con los del clero, hermandades, cofradías, aniversarios y obras pías; ya con los propios y privativos de las corporaciones civiles, hospitales, hospicios y casas de maternidad; ya con los pertenecientes á conventos ó monasterios. ¿Qué hacer entónces? ¿Qué camino tomar? ¿Qué proyecto seguir?

Ante una situacion tan desesperada, no fué extraño que consintieran los enemigos ocultos ó declarados de Garay en que éste se encargara y permaneciera al frente del Ministerio de Hacienda, despues de haberse opuesto á su nombramiento con todas las artes de la

intriga y de la maledicencia. Pero Garay, enaltecido por la merced Real y por el honor que le dispensaba la corona, se veía y se deseaba para salir airoso en trance tan difícil y de compromiso tan insuperable.

Los buques mercantes se hallaban en Cádiz para darse á la vela; veinte mil soldados esperaban en el depósito la órden de embarque, y sólo faltaban los recursos para realizar la expedicion. Es decir, que teníamos hombres, material de guerra y aun buques fletados á particulares, pero se carecía del elemento indispensable en toda empresa guerrera, que es el dinero.

Garay examina, medita, trabaja y encuentra recursos para las necesidades del momento. Más que Ministro de Hacienda, fué en su primera época un excelente Ministro de Tesorería. Desahogado un tanto, aunque no exento de libramientos diarios de guerra y Marina, pensó en nuevas combinaciones, cuyo resultado le produjese el aplazamiento necesario para desarrollar en vasta escala un plan general de Hacienda.

En vano el Ministerio Pizarro procura contener y aun zaherir á su compañero Garay; en vano se oponen en Consejo á los propósitos del Ministro de Hacienda, para facilitar su salida del Gobierno; Garay, que estaba llamado á dejar un nombre importante y una reputacion acrisolada en la historia de la Hacienda española, devora en silencio tristísimas amarguras y prepara la negociacion con el Santo Padre para el consentimiento en la cobranza de ciertos arbitrios. Esta negociacion, reservada, hábilmente dirigida, fué un triunfo para Garay, pues se ha visto que la certe de Roma, por Bula de 26 de Junio de 1818, consintió, á peticion de España: 1.º, en que se aplicasen á la extincion de la Deuda los productos de dos anualidades, correspondientes á prebendas eclesiásticas de nombramiento real que vacaren en lo venidero; y 2.º, que obtuvieran el mismo destino las cantidades afectas á asignaciones personales de los beneficios de libre colacion que vacaren en el término de seis años.

El Santo Padre, que estaba enterado de la situacion financiera de nuestro país por avisos y noticias de los Nuncios apostólicos y de los Prelados españoles, otorgó el consentimiento; sin que le hiciesen apartar de este deseo las súplicas interesadas de alguién que buscaba en la negativa del Pontífice más que el bien de su patria, la caída de Garay.

Este celoso Ministro, sin importarle los ecos de la envidia que llegaban á regios oídos y se divulgaban en sociedades murmuradoras, ni hacer caso de cantares deshonestos, continuó en su propósito firme y seguro de dictar medidas provisionales, como base de un plan meditado y como trabajo preparatorio de más graves y urgentes soluciones.

Ante todo ofreció solemnemente: 1.º, reemplazar los vales no consolidados por suerte á los consolidados que se extinguiesen; y 2.º, la clasificacion de la

Deuda en dos grandes secciones, con interes ó sin él; aquella con el 4 por 100, y ésta sin rédito, pero con el capital declarado y reconocido.

La gente de negocios, pues entónces ya existía, y con grandes pretensiones de dinero y de lucro, el comercio, en sus distintas ramas, y los industriales catalanes, llegaron á concebir de Garay, en vista de tales providencias, aunque tomadas con el carácter de provisionales, las más halagüeñas esperanzas, y fiaban en su inteligencia y en su iniciativa los planes más atrevidos y mejor combinados.

Y no era extraño que así sucediese. Garay había satisfecho durante el año 1817 la respetable cantidad de 206 millones de reales para cubrir atenciones de la Deuda pública. La *Gaceta* del día 27 de Enero de 1818 anunció al público que durante el año anterior, y bajo la administracion de Garay, se entregaron:

	Reales.
Por el pago de anualidades y créditos de deuda sin interes.....	14.750.047
Y por los de la deuda con interes, cancelados en el mismo año y de igual procedencia.....	192.032.771
Que hacen un total de.....	206.782.818

cifra importantísima en época tan angustiosa.

Había hecho más todavía. Segun la *Gaceta* de 31 de Enero de 1818, resulta que Garay dió colocacion á 831 empleados cesantes y á 666 militares de todas clases destinados á Rentas, habiendo suprimido 942 destinos inútiles con una economía efectiva para el Tesoro de cinco millones de reales.

Dados estos precedentes, necesarios para el estudio que vamos haciendo, Garay, el íntimo amigo del poeta Quintana, el antiguo secretario de la Junta Central, el ilustre hijo de Aragon, acomete á la edad de 58 años la empresa gigantesca de reformar los abusos, de reorganizar los ingresos, de suprimir servicios excusables, de mejorar el crédito público, de contener el límite de los gastos; en una palabra, de dar más prestigio á la firma del Tesoro, y de enlazar los principios de la ciencia con las enseñanzas de la práctica.

Y cuando esto hace, y cuando esto intenta con nobilísimos propósitos y por móviles patrióticos aconsejado, entran en el Ministerio de la Guerra D. Francisco Eguía, y en el de Gracia y Justicia D. Juan Estéban Lozano de Torres, que por cierto no era abogado, y segun el eminente orador Alcalá Galiano, ni siquiera hombre de letras, como contrapeso en la balanza á las ideas políticas y tolerantes de Garay. Es decir, que se buscaba en otros elementos la lucha con Garay, la fiscalizacion de los actos de Garay, la desconfianza ministerial de Garay.

El hacendista aragones representaba en el Gobierno

la experiencia y la libertad de opinion; Eguía y Lozano entrañaban la intolerancia absoluta y el realismo monárquico más pronunciado. Entre estas tendencias, la una amplia, generosa, expansiva, verdaderamente liberal; la otra resistente, desconfiada, meticulosa, devota de la fuerza y enemiga de la discusion, tenía que triunfar, dados los elementos de la política y los hombres del Gobierno, la última, que era la que se adaptaba más y mejor á los principios rigurosos del absolutismo.

Garay, que se veía contrariado dentro del Ministerio, pudo acallar resentimientos personales, y los acalló. En fuerza de desdenes y á prueba de sistemáticas oposiciones, publica su plan de Hacienda en circunstancias difíciles, con cierta disimulada oposicion de sus compañeros, con el voto negativo de algunas clases sociales, entónces avasalladoras y prepotentes, y contra el deseo de las gentes vulgares, ávidas unas veces, y opuestas otras á las novedades de la administracion, de la ciencia y de la política.

La ira de los cortesanos y el ruido de las conspiraciones impiden que el plan de Garay obtenga todos los buenos resultados que eran de esperar. Contra él, Ministro inofensivo, se levantaban los realistas exaltados, y se declaraba su enemigo personal D. Carlos España, conde de su apellido.

Mientras la Hacienda enflaquecía y los vasallos no podían soportar los tributos, Lacy, el valiente teniente general Lacy, era arcabuceado en los fosos del castillo de Bellver; la riqueza pública iba perdiendo entre asonadas, pronunciamientos y oposiciones sistemáticas, sus productivos manantiales, y el Tesoro español compraba aquella célebre escuadra rusa, compuesta de cinco navíos de línea de 74, y tres fragatas de á 44, que fondeó en el puerto de Cádiz, al mando del almirante Moller, en 21 de Febrero de 1818.

Las clases elevadas, temerosas de pagar más, y la media, siempre adinerada é indiferente, se opusieron á los deseos de Garay. No faltó quien pidiera al soberano su separacion, y aunque por el pronto el poder Real no hizo caso de los ayes de los lastimados, ni de las quejas de las muchedumbres, la verdad es, que en 14 de Setiembre de 1818 fueron despedidos los ministros de Hacienda, Estado y Marina, señores Garay, Leon Pizarro, y Vazquez Figueroa, reemplazándoles Imaz, marqués de Casa Irujo, é Hidalgo de Cisneros.

¡Nueve ministros de Hacienda en dos años y medio! ¿Qué le parece á usted, señor Rodriguez?

La política de resistencia venció en toda la línea; el espíritu de reforma, si bien subsistente en los decretos reales, quedó amortiguado entre los vítores de las clases vencedoras.

Abandona Garay el Ministerio y también la villa y corte de Madrid, con harta satisfaccion para su tranquilidad, pero con sentimiento para su conciencia, y el Tesoro necesitó al punto tres millones de duros.

El nuevo Ministro los busca á préstamo en las plazas mercantiles; ofrece el 8 por 100 de interes, y está dispuesto á dar toda clase de garantías. Los judíos de la banca y los mimados de los negocios no aceptan la operacion, y el gobierno se vió en la necesidad de imponer al país un préstamo forzoso de 60 millones, á propuesta de la comision de reemplazos que existía en Cádiz.

Para qué usted vea hasta qué límite los males de la patria se cebaron en este pobre país, ¡pero qué he de decirle si usted lo sabe mejor que yo! basta indicar las conspiraciones descubiertas; la peste dominante en las principales ciudades de Andalucía; la inestabilidad de los ministerios; la miseria pública; la falta de recursos en el Tesoro; en una palabra, desde 1818 á 1820, la epidemia, la propaganda revolucionaria y la indigencia nacional, fueron el pan nuestro de cada día en aquel período de tristeza y de agitacion, de lucha y de resistencia.

Garay estaba voluntaria ó forzosamente en el destierro, cuando amaneció el día 1.º de Enero de 1820, y marchaba más ó ménos triunfante la insurreccion de Andalucía, luégo auxiliada poderosamente por la de Galicia. Si la política de Garay predominase en las regiones del poder, la transicion del sistema absoluto al constitucional se hubiera realizado sin violencias ni dificultades. Sobrevinieron los lamentables acontecimientos del 20 al 23, la tristísima reaccion del 24 al 32, y la penosa guerra civil del 34 al 39, fomentada más tarde en distintas ocasiones. Todo esto se hubiera evitado con la política prudente de Garay, con sus reformas cuerdas é incesantes; con su ansia de progreso; con su espíritu innovador en las leyes y en las costumbres. Diez años de gobierno, desde 1817 á 1826, siendo Garay, como debía ser, el alma y la vida del Ministerio, eran bastantes para convertir al templo de la libertad constitucional á no pocos devotos del absolutismo, llamándolos indistintamente á la vida pública y al ejercicio del derecho.

No se ha hecho así, y de revolucion en revolucion, de motin en motin, de pronunciamiento en pronunciamiento, España pierde su fuerza y su vitalidad en los combates y en los campos de batalla. Desiertos los talleres y sin brazos la agricultura, ¿qué va á ser de nosotros? ¡Piedad para nuestra España!

Como quiera que de propósito, y sin hacerme violencia, olvidé la enumeracion del plan de Garay y el juicio critico que merece esta obra imperecedera, para hacerlo con más detencion en la siguiente carta, se despide por hoy su afectísimo servidor,

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

12 de Abril de 1873.

LA PSICOLOGÍA ALEMANA CONTEMPORÁNEA.

GUILLERMO WUNDT.

¿Se encuentra en Alemania algo equivalente á los grandes trabajos psicológicos publicados en Inglaterra durante los últimos veinte años? En Francia hay tendencia á contestar á esta pregunta negativamente. Sin embargo, los alemanes han realizado tambien su obra y contribuyen con sus esfuerzos á constituir la psicología, segun el método de las ciencias positivas. Aunque no haya entre ellos una escuela psicológica propiamente dicha, ni hayan publicado tratados completos y sistemáticos como los ingleses, no por ello han dejado de enriquecer la psicología con gran número de estudios nuevos y de un carácter verdaderamente científico. No se deben estos estudios á filósofos de profesion, sino á fisiólogos, naturalistas y físicos. Procuraremos dar aquí á conocer uno de ellos, el de Mr. Wundt, quien, á pesar de ser uno de los primeros psicólogos de Alemania, en Francia sólo tiene reputacion de fisiólogo (1).

I.

La psicología es una ciencia natural, debe ser concebida y tratada como tal. Este es el punto de partida comun de los sabios psicólogos á quienes nos hemos referido. No hacen ellos metafísica, y si la hacen, no la dan por ciencia. «Desde que la filosofía, dice Mr. Wundt, ha vuelto en sí de la temeridad de sus últimas empresas, para buscar el apoyo fecundo de las ciencias experimentales, la ciencia que ha ganado más terreno que ninguna otra; es una ciencia de experimentacion inmediata, la psicología: y los pocos trabajos originales escritos en nuestros días y correspondientes al dominio filosófico, son esencialmente de orden psicológico.

»Más de una vez en esta época se ha tratado de la psicología, bajo el punto de vista propio de las ciencias naturales, pero no puede deducirse que estos ensayos constituyan un progreso fundamental sobre los sistemas especulativos anteriores, porque procurando la psicología llegar á ciencia natural, reconocía como su fuente única la *observacion interior*. Ahora bien; á los hechos de la conciencia, que cada cual puede encontrar en sí mismo por la observacion, nada se ha añadido desde que el hombre piensa y reflexiona; apenas

(1) Su *Tratado de Fisiología y de Física médica* han sido traducidos al frances: pero no sucede así con sus obras psicológicas: *Vorlesungen über die Menschen und Thierseele* 1865; *Beiträge zur Theorie der Sinneswahrnehmung* 1862, y *Grundzüge der physiologischen Psychologie*, 1874.

puede añadir algo la ciencia que no sea familiar á la experiencia de todo el mundo. Gracias á este método, la psicología ha debido permanecer igual en el fondo durante siglos; estando en ella apenas separado lo que es científico y lo que es de vulgar experiencia.»

Los que han estudiado la escuela escocesa y la psicología nacida de ella, comprenderán cuán fundada es la crítica de Mr. Wundt. Había en ella sincero esfuerzo para proceder como los naturalistas, apoyándose en los hechos, gran talento de observación y de análisis, pero también fe ciega en el sentido común, que jamás podrá, haga lo que haga, fundar una ciencia. Además, esta escuela estaba encerrada en un callejón sin salida. Bueno es observarse á sí mismo; pero esto sólo es el principio, y si la psicología estuviera reducida á dicho método, moriría de inanición. ¿Qué se necesita, pues, para que llegue á ser una ciencia natural? Es preciso algo más que observar; es preciso *experimentar* en el sentido positivo de esta palabra.

«Desde el momento que se penetra un poco en este asunto, se ve que la opinión tradicional que admite que la conciencia es la escena que abraza toda nuestra vida interior, es inaceptable. La única cosa que, por todas partes, en la naturaleza se presenta inmediatamente á la observación, es el fenómeno complejo; pero las leyes, por cuya acción el fenómeno se realiza, permanecen ocultas á nuestros ojos. ¿Será la psicología única excepción de esta regla? ¿Deberemos admitir que en ella las leyes sean accesibles á la percepción inmediata? ¿Cuáles serán entonces las relaciones recíprocas de estas leyes? En la conciencia, los actos psíquicos son muy distintos entre sí: los deseos, los sentimientos, las sensaciones, las ideas nos han sido dadas como modos de actividad distintos. ¿Es preciso atribuir á cada una de estas actividades un dominio separado? Esto es lo que se ha hecho en la doctrina corriente de las facultades fundamentales del alma. Pero sólo una ciencia, todavía en la infancia, ha podido creer que su empresa se limita á demostrar las diferencias entre los objetos que analiza: la ciencia adulta aspira á la unidad, y la observación por sí misma conduce necesariamente la psicología á esta unidad... Pero lo que une los fenómenos psíquicos está fuera de la conciencia: ésta sólo conoce los resultados del trabajo verificado en ese laboratorio oscuro, situado en el fondo de la conciencia. A cada momento aparece un pensamiento nuevo: no sabemos de dónde procede, porque, desde hace largo tiempo, las condiciones que podían producirlo han desaparecido. El análisis íntimo de los procesos psíquicos, nos probará que el tea-

tro de los fenómenos espirituales más importantes es lo inconsciente. Por todos lados la conciencia supone, como condición, lo inconsciente.

»¿Cómo es posible descender á ese laboratorio secreto donde el pensamiento tiene su fuente invisible? ¿Cómo descomponerlo en ese millar de hilos que sirven para tejerlo? Las siguientes investigaciones tienen por objeto demostrar que la *experiencia* es en psicología el medio esencial que conduce los hechos de la conciencia á ese lugar recóndito y oscuro donde se elabora la vida consciente. La observación interior, como toda observación en general, nos da sólo fenómenos compuestos. Por la experimentación, al contrario, despojamos el fenómeno de todas sus condiciones accesorias; por ella producimos el fenómeno artificialmente en condiciones determinadas, que podemos cambiar á nuestro gusto y que nos permiten medir el fenómeno. Por todas partes y siempre nos conduce la experiencia á las leyes naturales permitiéndonos abarcar simultáneamente la causa y el efecto.

»El naturalista parte siempre de la observación de los fenómenos que la naturaleza le presenta inmediatamente; el psicólogo debe también partir de los hechos de la conciencia. Cuando, en seguida, por la experimentación resuelve los fenómenos psicológicos en sus elementos simples, dirige una mirada furtiva al mecanismo que en las profundidades inconscientes del alma elabora los impulsos derivados de las impresiones exteriores. Esta misma vía es la que la naturaleza escoge. Cuando, partiendo de estos fenómenos embrollados que la observación le entrega, remonta hasta las leyes que los rigen, lo que hace es producir á su vista ese fondo inconsciente que está bajo los hechos. El proceso situado más allá de la conciencia y de donde sale el acto consciente, se encuentra con éste en la misma relación que la ley oculta con el fenómeno, tal y como nuestras sensaciones nos lo presentan.

»La experimentación va acompañada paso á paso por la *medida*. Medir y pesar son los grandes medios de que la investigación experimental se sirve siempre para llegar á leyes exactas. Con la experiencia, el peso y la medida han entrado en la ciencia, porque son ellos quienes le dan un carácter definitivo. La medida encuentra los *constantes* de la naturaleza; esas leyes fijas que arreglan los fenómenos. Toda medida puede traducir sus resultados con nombres, pero los nombres no son el objeto de la medida, sino el medio indispensable para llegar al objeto último de la investigación, porque sólo los nombres pueden revelarnos la ley.

»Pero, se dirá: ¿cómo es posible aplicar la experimentación al principio psíquico que se sus-

trae por completo á nuestras sensaciones? ¿Cómo se puede poner en la balanza ó someter á cualquier otra medida esta esencia inmaterial? El principio productor de los fenómenos escapa á nuestros sentidos; trátase, pues, de apreciar sólo el fenómeno mismo. Aunque los efectos y condiciones exteriores de la vida psicológica sean lo único accesible á nuestras investigaciones, si estas condiciones y efectos son suficientemente analizadas, pueden hacernos penetrar hasta la esencia íntima de los hechos que constituyen la vida psicológica. Por medio de los sentidos y de los movimientos del cuerpo, el alma está en relación continua con el mundo exterior. Podemos, á voluntad, aplicar agentes exteriores á los sentidos y á los movimientos, observar los efectos producidos, y de estos efectos sacar conclusiones acerca de la naturaleza de los procesos psíquicos. Nuestras medidas no se aplican jamás directamente ni á las causas productoras de los fenómenos, ni á las fuerzas productoras de movimientos: *sólo los podemos medir por sus efectos*. El físico mide las fuerzas motrices por los movimientos producidos, y de la observación de éstos infiere las leyes,—absolutamente inaccesibles á sus sentidos,—según las cuales obran las fuerzas. De igual manera medimos las funciones psíquicas por los efectos que producen ó que las producen, por las impresiones sensoriales ó los movimientos del cuerpo. Pero lo que determinamos por las experiencias y la medida no son simplemente esos efectos exteriores, sino las mismas leyes psicológicas de donde resultan estos efectos.

»La psicología, pues, en cuanto existe como ciencia natural, descansa casi por completo en el campo de las investigaciones experimentales y de la medida. Muchas de estas investigaciones son ya antiguas, y se deben, no á psicólogos, sino á físicos, astrónomos y fisiólogos que las han hecho á veces incidentalmente, y con más frecuencia han desconocido su valor psicológico» (1).

«He intentado, dice Wundt en el prefacio de la obra de que tratamos, estudiar las cuestiones psicológicas con ayuda de los medios que nos proporciona el método científico. Sé que mis esfuerzos distan mucho del término, pero si logro demostrar que es éste el camino que debe seguirse para construir la psicología, habré logrado el objeto principal de mi trabajo.»

La cuestión de método está, pues, claramente puesta y resuelta de un modo nuevo. Era costumbre creer hasta ahora que la experimentación es imposible en psicología, y hé aquí que se nos propone como el único método científico, ¿es una sen-

cilla promesa ó ha dado ya este método resultados? Los trabajos de Weber, de Fechner, de Lotze, de Helmholtz, de Wundt mismo, responden á esta pregunta. La intensidad de las diversas sensaciones ha sido determinada por la experiencia y el cálculo, y expresada por una ley: la velocidad de los actos psicológicos y del pensamiento ha sido medida; hechos importantes para la estética han sido analizados y reducidos á sus elementos: en una palabra, si no hay ningún trabajo de conjunto, numerosas y minuciosas investigaciones encaminan hácia él, y ya la psicología se nos presenta bajo distinto aspecto.

Comprendida de este modo, sin metafísica, apoyada en los hechos, mejor dicho, en la medida, pudiendo como toda verdadera ciencia distinguir lo que sabe de lo que ignora, la moderna psicología alemana es antítesis de la psicología especulativa de Schelling y de Hegel. En estas grandes construcciones metafísicas que todo lo abarcan, que todo lo explican—la ciencia, el arte, la religión, el Estado,—la psicología tenía pequeñísimo espacio, y toda ella estaba creada «por la dialéctica del pensamiento puro.» No era extraño, dice Wundt, que el pensamiento capaz de producir tales efectos mágicos, mirase con desden la experiencia vulgar. ¿Para qué necesito la experiencia? decía el metafísico: lo más que puede hacer es inducirme á error, porque los sentidos son engañosos y sólo el pensamiento no engaña. Yo soy quien debo instruir á la experiencia y no la experiencia quien debe instruirme. No creo en la experiencia, á menos que el pensamiento no la funde y afirme previamente. La ciencia que se apoya en la experiencia no es ciencia; porque toda ciencia debe nacer del pensamiento (1).»

Ya hemos visto el método que Wundt opone á estas huecas especulaciones. Expuesto está en términos claros y precisos; pero hay otro punto que reclama algunas explicaciones. Estas leyes que rigen los fenómenos y cuyo conocimiento sólo constituye la ciencia, deben ser investigadas, dice, en «lo inconsciente,» en ese «laboratorio oscuro que está debajo de la conciencia.» ¿Qué significan estos términos, cuya apariencia un poco mística parece conformarse bastante mal con el método positivo? Debía esperarse más claridad en este punto, porque es capital. El autor se refiere á él de continuo, y en lo inconsciente encuentra la última explicación de las leyes de la percepción, del pensamiento, de los sentimientos, de la voluntad; en una palabra, es la idea madre de su psicología.

(1) *Menschen und Thierseele*, Vorrede.

(1) *Menschen und Thierseele*, t. I, 1.ª lección. Adviértase que los idealistas franceses no se expresan en la actualidad de otra manera.

¿Qué significacion tiene, pues, esta tésis? Las leyes psicológicas deben buscarse en lo inconsciente. Para explicarla, citaremos un ejemplo nuestro, pero que creemos aclarará la tésis de Wundt.

Todo el mundo sabe que nuestras ideas, y en general nuestros estados de conciencia, se asocian. Este es uno de los hechos dados por la observacion y de que es preciso partir siempre, como ántes decíamos. El primer esfuerzo científico consiste en demostrar que estas asociaciones se verifican conforme á leyes ó relaciones determinadas. En los últimos tiempos la escuela inglesa ha sostenido que esta ley es la ley última de la psicología, ó, en otros términos, que todos nuestros estados de conciencia, tan complejos como sean, son producidos por asociaciones. Pero admítase ó no este último punto, por el momento importa poco. Es cosa indudable que existen asociaciones conforme á las leyes, y la razon de estas leyes, segun la tésis de Wundt, debe buscarse en lo inconsciente. ¿Qué significan estos términos, si no es que la explicacion de los fenómenos mentales debe investigarse en los hechos fisiológicos ó físicos, que son la base y condicion de ellos? En una palabra, á todo fenómeno ó grupo de fenómenos de orden psicológico, corresponde un hecho ó grupo de hechos de orden fisiológico, y la explicacion científica de los primeros debe buscarse en el conocimiento de los segundos. Lo que prueba la exactitud de nuestra interpretacion, es que el autor, tratando—brevísimamente por cierto—la cuestion de la asociacion que nos sirve de ejemplo, dice: «La única base sobre la cual puede apoyarse una teoría de las causas físicas de la asociacion, es el conocimiento exacto de la organizacion anatómica y de las funciones fisiológicas del cerebro; conocimiento que estamos léjos de poseer (1).»

En el curso de este trabajo se esclarecerá la tésis sobre la mision de lo inconsciente. Basta fijar el verdadero sentido y demostrar que tiene un valor positivo. La reflexion del lector hará lo demas. Advertiremos solamente el carácter concreto y real de la psicología así concebida, no expresada por una frase solitaria llena de vanas abstracciones. No forma un mundo aparte. Todo hecho mental está considerado en su correspondencia inmediata con los hechos biológicos; en su correspondencia mediata con las influencias del mundo inorgánico, de modo que entra de nuevo en la serie de causas y de efectos, de acciones y de reacciones que constituyen lo que llamamos la naturaleza.

(1) Obra citada, tomo I, pág. 586. Mr. Wundt no conocía, al parecer, cuando escribió este párrafo, los trabajos de la escuela inglesa.

II.

Entremos ahora en la exposicion propiamente dicha.

«Desde que el primer resplandor de conocimiento ha entrado en nosotros por medio de los sentidos, hemos comenzado por comparar los objetos que nos rodean y reflexionar acerca de ellos. Nuestro pensamiento ha asignado á las cosas su puesto, ordenado é iluminado el caos informe de las impresiones sensibles. Pero despues que el pensamiento ha colocado así todas las cosas, queda un residuo que no tiene puesto *alguno*; este residuo es el mismo pensamiento. ¿Qué hacer entónces? Habiendo reflexionado el pensamiento sobre todas las cosas, sólo le resta reflexionar sobre sí mismo: investigacion, en la cual es á la vez medio y fin. Viniendo, pues, á la cuestion: ¿qué es el pensamiento? Sólo el pensamiento puede responder (1).»

Es opinion generalmente admitida, dice Wundt, que el hombre piensa siempre; sin embargo, hay numerosos hechos que demuestran que esta opinion es errónea. Un síncope, un profundo sueño, pueden durar largo tiempo sin que recordemos despues ningun pensamiento. El hombre sano permanece sin conciencia durante algunas horas, el enfermo durante dias y semanas, y al despertar creen que se acaban de dormir. Poseemos en el *tiempo* una medida cierta de nuestro pensamiento, porque, desde que no pensamos, el tiempo se desvanece. El tiempo y el pensamiento se acompañan; cuando el pensamiento comienza, el tiempo comienza tambien; cuando cesa, se detiene. *El pensamiento y el tiempo son de la misma especie.* Esta es la respuesta á la pregunta que habíamos planteado, pero esta contestacion no es decisiva, porque en vez de la pregunta ¿qué es el pensamiento? tenemos esta otra: ¿qué es el tiempo?

Nada más erróneo que la opinion popular acerca de la naturaleza del tiempo. Confúndese de ordinario la medida del tiempo con el tiempo mismo, y se cree que un reloj, un calendario, el orto y el ocaso del sol, son el tiempo. Bajo el punto de vista filosófico se siente uno inclinado á pensar que es una nocion abstracta sacada de los cambios de la naturaleza, y en particular de los movimientos de los cuerpos celestes. Pero como nuestra tierra, que se mueve, sólo es un gran reloj cuya muestra ó esfera es la bóveda celeste, y el disco solar la aguja, era fácil advertir que la salida y ocultacion del sol, el curso de la luna, la vuelta de las estaciones, son fenómenos unifor-

(1) *Menschen und Thierseele*, tomo I, tercera leccion.

mes, y por tanto propios para ayudarnos en la determinación del tiempo.

Esta necesidad de una determinación supone *que tenemos ya en nosotros el tiempo*. Es preciso que antes tengamos la idea para procurar medirla artificialmente. No puede buscarse con ánimo deliberado una cosa, si esa cosa se revela á nosotros por la primera vez cuando la encontramos. Debemos, pues, reconocer que el tiempo está en nosotros y que el pensamiento es nuestra medida *natural* del tiempo.

Esta medida natural sería muy grosera y estéril si no se la hubiera sustituido con medidas artificiales que la perfección de los instrumentos empleados hace cada vez más exactas. Por medio de ellos medimos la velocidad del pensamiento, y al llegar aquí encontramos un ejemplo de este método experimental de que Wundt nos hablaba antes. Se parte del hecho brutal, tal y como lo presenta la observación: después, con ayuda de los instrumentos y del cálculo, se interpreta, se penetra la naturaleza íntima y se llega al conocimiento científico.

Las investigaciones acerca de la velocidad del pensamiento, de la duración de los actos psíquicos, de la ecuación personal, forman un capítulo curioso de la nueva psicología. Wundt los ha reasumido en su nueva obra (1), conforme á los últimos descubrimientos, y de ellos hablaremos después.

¿Qué hemos hecho hasta ahora? Sólo hemos considerado el pensamiento en su manifestación exterior, es decir, teniendo cierta duración y revistiendo la forma general del tiempo. Pero la naturaleza íntima del proceso del pensamiento es todavía para nosotros un libro cerrado, y este libro es el que se intenta abrir (2). Las investigaciones hechas sobre la medida nos han demostrado, dice el autor, que no podemos coger jamás simultáneamente dos impresiones distintas, sino que hay siempre entre ellas cierto tiempo. Todo acto del pensamiento tiene una duración medible. Somos incapaces de hacer estas dos cosas *á la vez*: contemplar una forma y oír un sonido; percibir una impresión actual y tener conciencia de un recuerdo, etc... Donde la observación interior nos da la falsa apariencia de una simultaneidad, somos en realidad inducidos á error por una sucesión rápida. Hé aquí uno de esos numerosos casos en que la observación, reducida á sí misma, nos engaña, y hechos vulgares nos explican fácilmente esta ilusión. Cuando el herrero golpea con su martillo el hierro enrojecido, se ve brillar la chispa antes de

oír el golpe del martillo. Cuando el médico sangra un enfermo, se ve con frecuencia correr la sangre antes de ver penetrar la lanceta en la vena. Estos hechos demuestran, tan bien como las investigaciones científicas de que antes he hablado, que no podemos pensar en dos cosas á la vez. Muestran además, que en esta sucesión rápida que tomamos por una simultaneidad, puede suceder que el segundo fenómeno sea conocido antes que el primero, porque evidentemente el martillazo debe preceder á la chispa, y el lancetazo á la efusión de la sangre. Estos hechos, y todos los de igual naturaleza, tienen, según dice Wundt, una significación psicológica: son expresión de un hecho interno que es *la unidad del pensamiento*.

En resumen, el pensamiento, entendiendo por esta palabra la actividad psíquica en general, puede considerarse de dos maneras. En su forma, según acabamos de ver, está sometido á las condiciones del tiempo, y es, por tanto, medible como él por medio de los instrumentos y del cálculo. En su fondo, según vamos á ver, el pensamiento se reduce á un solo hecho: razonar, deducir, (*schliessen*).

Hay para todos los fenómenos mentales, por variados y diversos que sean, una unidad de composición. Las sensaciones de todas clases, los juicios, las ideas, los sentimientos, etc., son producidos por razonamientos, son el resultado de una deducción. Todas las diferencias proceden de los diversos grados de complejidad del acto primitivo y de la diversidad de los materiales que pone en acción. De modo que el espíritu, así entendido, podría definirse: una cosa que razona.

Tal es la tesis fundamental de Wundt. Por oscura é inesperada que pueda parecer, rogamos al lector que la acepte desde luego con confianza: sólo después de haber leído este trabajo podrá, con conocimiento de causa, admitirla ó desecharla. Sin embargo, para simplificar su empresa, intentaremos desde ahora hacer comprender en pocas palabras la marcha seguida por el autor.

Todos los hechos psicológicos se reducen finalmente á un hecho único: la sensación. La sensación más sencilla es para Wundt una conclusión. ¿Qué supone una conclusión? Premisas. ¿Cuáles son aquí las premisas? Los hechos absolutamente inconscientes, los hechos fisiológicos, los procesos nerviosos. Entre el razonamiento ordinario y la sensación simple hay, pues, esta diferencia: en el primer caso las premisas y la conclusión son actos conscientes: en el segundo, las premisas son estados fisiológicos, y sólo la conclusión un estado de conciencia. Se dice generalmente: pensar es juzgar. Wundt sostiene, por el contrario, que el acto de juzgar no es primitivo,

(1) *Grundzüge, d. phys. psych.*, pág. 726 y siguientes.

(2) Tomo I, 5.ª lección.

sino un estado consciente que presupone una serie de estados inconscientes; que es el término de la operación, no toda la operación, la cual es un razonamiento, es decir, una síntesis de premisas.

Wundt aplica el mismo método á todas las formas de la actividad psíquica. Cada forma superior es una conclusión cuyas formas inferiores son las premisas. De modo que, refiriéndose los fenómenos complejos por el análisis á fenómenos cada vez más simples, éstos á la sensación y la sensación á los procesos nerviosos, llegamos por tal camino á encontrar la ley oculta de todos los fenómenos psicológicos en lo inconsciente, es decir, en el dominio fisiológico.

Esto nos permitirá comprender mejor los análisis siguientes:

«Para esclarecer bien la conexión de las leyes internas del pensamiento con sus manifestaciones exteriores, debemos poner á la vista sus elementos esenciales. Ahora bien: los elementos del pensamiento son las ideas, los juicios y los razonamientos. Las ideas y los razonamientos forman un dominio estable que abraza toda nuestra ciencia y todo nuestro conocimiento. Los razonamientos son el medio por el cual damos valor á este dominio, y sin el que todas las ideas y todos los juicios serían capital improductivo. Comprenderemos cuán esenciales son los razonamientos para el pensamiento, considerando de qué manera se forman los juicios y las ideas.»

Tomemos un juicio cualquiera, por ejemplo,—el león es un animal.—Indudablemente este juicio presupone para formarse gran número de actos mentales anteriores. Sin entrar en un análisis que sería larguísimo y que suplirá la reflexión del lector, limitémonos á algunas observaciones. No puedo saber lo que es un animal sino después de haber comparado este objeto á multitud de otros objetos, sean semejantes, sean diferentes (plantas, piedras, líquidos); cada objeto está caracterizado por cierto número de *marcas* ó cualidades que le son propias, y la comparación de dos ó muchos objetos no puede verificarse sino á condición de que las marcas de los objetos comparados sean en parte semejantes y en parte diferentes. De la comparación de diversas cosas, bajo el punto de vista de sus marcas, resulta el juicio.

Todo juicio que, como el que nos ocupa, está fundado en una suma considerable de experiencias, nace, pues, de gran número de juicios anteriores que son por sí mismos afirmativos unos y negativos otros; porque determinamos una cosa diciendo á la vez lo que es y lo que no es. Cada una de estas experiencias, que sirve de base al juicio total, es por sí misma un juicio, puesto que al querer expresar una experiencia expreso un ju-

icio. Estos juicios de experiencia que refiero á un objeto determinado, carecen de lazo y de conexión entre sí. Para que me conduzcan á un juicio final que comprenda mi intuición del objeto, necesito un lazo cualquiera que reuna todas las marcas dispersas. ¿Cómo se produce este lazo? ¿Continuarán siendo mis experiencias particulares un agregado sin ninguna unidad, ó existe algo que las una más profundamente? Sólo conocemos una forma en la cual los juicios estén ligados unos á otros: esta forma es el *razonamiento*. La conclusión reúne cierto número de juicios dados para producir un nuevo juicio.

¿De qué clase es este razonamiento? Es una inducción, porque va de lo particular á lo general. Wundt, que habla aquí exactamente como Stuart Mill, hace observar que toda deducción supone una inducción previa, puesto que el principio que sirve de base á la deducción, debe ser resultado y condensación de una masa de experiencias anteriores (1).

Estos juicios de experiencia—que son al mismo tiempo juicios particulares,—de donde sacamos las leyes de la naturaleza y del pensamiento, son, al parecer, los elementos de nuestro conocimiento. ¿Es posible llevar más lejos el análisis y demostrar que son compuestos de elementos aún más simples? En realidad, no hay juicio, por sencillo que sea, que no suponga antes de él algún acto del pensamiento. Si resuelvo un juicio en juicios más simples, éstos en otros más simples y así sucesivamente, ¿á qué llegaré en último caso? A las sensaciones primitivas. Todo objeto me es dado como teniendo tal color, tal forma, sufriendo tales cambios, etc., etc; en una palabra, *las marcas* últimas, aquellas en las cuales debemos detenernos, son por todas partes y siempre percepciones de nuestros sentidos. «Pero toda percepción sensorial, es por sí misma un juicio de experiencia, el más simple de todos los juicios de experiencia. Lo que veo, es blanco, rojo, brillante, corporal;—estos son juicios de experiencia dados á nosotros en la intuición sensible. ¿Estos juicios son actos primitivos del pensamiento, ó suponen otros actos?

»Cuando tengo conciencia de que lo que veo es rojo, por ello mismo lo distingo de lo amarillo, de lo verde, de lo azul, etc. También distingo una sensación de luz de una sensación de sonido ó de tacto.

(1) Tomo I, cuarta lección, Wundt hace notar, que el razonamiento inductivo se compone de tres miembros como el razonamiento deductivo: 1.º los juicios ó hechos afirmativos (fulano ó mengano han muerto); 2.º los juicios ó hechos negativos (no hay ejemplo alguno de hombre que no haya muerto). Sin éstos, los hechos afirmativos, por numerosos que fuesen, carecerían de valor: 3.º la conclusión general que sirve de base á su vez á la deducción.

¿Cómo puedo hacer esta diferencia? Evidentemente, gracias á las marcas determinadas que ello tiene para mi sensación. Estas marcas están en parte de acuerdo y en parte difieren: así, pues, el rojo, el amarillo, el verde, etc., están de acuerdo en ciertas marcas y difieren por otras del sonido, del olor, etc. Hemos visto que cada una de estas marcas no es otra cosa que un juicio. Toda percepción sensorial, resulta pues de una masa de juicios en parte afirmativos y en parte negativos, y la percepción en sí misma, sólo es la conclusión sacada de estos juicios.

»Esto nos conduce más lejos. El acto de pensamiento primitivo, no es ese juicio que existe en la intuición sensorial inmediata, sino el juicio que fija la marca particular de la sensación. ¿Cómo se forma ese juicio verdaderamente primitivo? Tiene una propiedad que le es absolutamente exclusiva pero no hay nada que pueda expresarlo; ni las palabras, ni el pensamiento pueden abarcarlo. Lo único que sabemos de este juicio es que existe. Yo sé bien que la sensación del rojo se distingue por marcas ó señales de la del azul, del amarillo, etc. Pero ¿cuáles son estas señales? Es absolutamente desconocido. No podemos descubrir estas señales, ni por la reflexión más profunda, ni por la investigación minuciosa de las condiciones en las cuales se produce la sensación. Sabemos en verdad que las ondulaciones etéreas de cierta longitud, al caer sobre el ojo, producen la sensación del rojo, pero estas ondulaciones no son las señales por medio de las cuales distinguimos el rojo de otros colores, puesto que dicha distinción la habíamos hecho mucho tiempo ántes de saber que la luz resulta de las ondulaciones del éter.»

Estos juicios primitivos presentan, pues, el carácter de que no puede dudarse de su existencia, y que, sin embargo, su contenido, lo que les constituye en su fondo, es de todo punto inconsciente. «El pensamiento no empieza, pues, por juicios, sino por razonamientos.» Un juicio no existe para nosotros, es decir, como estado de conciencia, sino á consecuencia de un razonamiento; de suerte que puede decirse «que el razonamiento es el conocimiento que *se hace*; el juicio, el conocimiento que *está hecho*.»

Réstanos decir ahora cómo se forma el tercer elemento del pensamiento: *la idea*. Resulta también de un razonamiento. Si tomo, por ejemplo, la idea de hombre, observo que presupone cierto número de datos experimentales, cada uno de los cuales está caracterizado por una marca ó señal: tiene tal forma, se mueve, piensa, etc., etc. Estos son los juicios que forman nuestra idea de un hombre. Pero nuestra idea no resulta de una sencilla justaposición de todos estos juicios, porque,

si fuera así, la idea sólo sería sencilla suma de marcas ó señales, y una suma de marcas ó señales no constituyen una idea; como una cabeza y varios miembros sobre un tronco, no forman un hombre. La idea consiste en la fusión de todas las marcas ó señales en una unidad. ¿De dónde puede venir esta fusión? Evidentemente de la única forma de actividad mental en la cual reconocemos poder de ligar, de unificar; es decir, del razonamiento.

Se habrá observado, sin duda, que en esta reducción de todas las formas de actividad mental á una sola, Wund no está de acuerdo con la opinión común, y él mismo lo manifiesta. «Hemos demostrado, dice, que la verdadera serie de actos psíquicos es distinta de lo que generalmente se cree. No admitimos en primer lugar ideas de donde salgan juicios y después razonamientos, sino que el pensamiento empieza para nosotros por razonamientos que conducen á los juicios, quienes forman las ideas.» La actividad del pensamiento consiste, pues, únicamente en el razonamiento, y todo lo demás sólo es un resultado, un producto. De aquí aparece también establecida la unidad de composición del pensamiento. Todas las actividades y facultades se reducen finalmente á una forma única, y esta forma tiene por carácter esencial ser una *sucesión*.

Todos los fenómenos mentales se reducen, pues, así á una operación *lógica* (el razonamiento). Todos los fenómenos físicos se reducen á un *movimiento*, y después veremos cómo el autor, relacionando la lógica del mecanismo, procura identificarlos.

III.

Por ahora, el estudio que se presenta en primer lugar es el de esos juicios primitivos, que afirman sencillamente que lo rojo es rojo, que lo verde es verde, que el color azul difiere del blanco y la octava de la tónica; en una palabra, que son tales, que nada puede decirse de ellos sino que son. Como la conciencia empieza con ellos, no puede enseñarnos la manera cómo se producen ni lo que contienen. El análisis psicológico es aquí absolutamente impotente, y nos hace entrar en otra vía: la de la investigación fisiológica. Distinguiéndose cada sensación por una señal, si podemos resolver el hecho material de la sensación en sus elementos, habremos esclarecido la naturaleza de esta señal, mostrado lo que contiene y encontrado lo que en ella hace la materia. Los fisiólogos han estudiado con mucho cuidado el fenómeno material de la sensación, y aunque sus investigaciones dejan gran número de puntos oscuros, hé aquí lo que nos enseñan.

Toda sensación va precedida de cambios en los nervios, y la naturaleza de estos cambios es hasta cierto punto conocida. Cuando una impresión visual, táctil, auditiva, cae sobre la extremidad de un nervio en relación con algún órgano de los sentidos, se produce una *disminución* de las fuerzas electro-motrices propias del nervio. Esta disminución, que ha recibido el nombre de *oscilación negativa de la corriente nerviosa*, dura tanto como la sensación; sobreviene casi instantáneamente después de la excitación; se trasmite á lo largo del nervio con la misma velocidad que la excitación y varía en razón de la misma. No es, pues, dudoso que hay una relación íntima entre lo que pasa en los nervios y el hecho de la sensación. A decir verdad, la sensación depende también de los demás procesos vitales, la nutrición, la hematosis, etc.; pero no está con ellos en relación tan íntima.

La fisiología nos enseña algo más sobre lo que pasa en los nervios á consecuencia de una excitación. En primer lugar, la excitación exterior que obra sobre la vista, sobre el oído, sobre el tacto ó sobre cualquier otro sentido, se relaciona siempre á un movimiento. Cuando este movimiento se ha transmitido á los nervios, ¿qué sucede? En el nervio que funciona parece producirse una especie de vibración molecular que se propaga de proximidad en proximidad con una velocidad apreciable.

Pero la trasmisión de un movimiento puede verificarse de dos maneras: ó bien por la *trasmisión* directa de una molécula á otra, ó bien por *poner en libertad fuerzas de tensión*, y por la transformación de estas fuerzas en fuerzas vivas.

El movimiento del sonido nos presenta un ejemplo del primer modo; el influjo nervioso un ejemplo del segundo. El movimiento nervioso debe considerarse como acto de poner en libertad fuerzas de tensión, determinado por la fuerza viva de la excitación. Aumenta, pues, al propagarse, y se parece al alud, que rodando reúne más nieve, ó al fuego, que aumenta á proporción que avanza. Si hubiese trasmisión pura y simple, la acción nerviosa permanecería constante, ó más bien disminuiría en razón de la longitud del nervio que atraviesa. Sucede lo contrario, por ejemplo, si se excita un nervio motor en un punto alejado del músculo, la contracción será más fuerte que si se excita en un punto próximo.

Tales son los hechos: ¿qué debemos deducir? Sabemos que los nervios en estado de reposo están constantemente recorridos por corrientes eléctricas, y que este hecho, llamado fuerza electro-motriz del nervio, desaparece ó se debilita desde el momento en que la fibra nerviosa está some-

tida á una excitación: en una palabra, la fuerza disminuye hasta el momento en que se requiere una acción más intensa. Este hecho, paradójico en primer término, aparece como necesario desde que se hace entrar el caso que nos ocupa bajo la ley general de la conservación de la fuerza. Si en el hecho de la sensación las fuerzas electro-motrices disminuyen, prueba es, para nosotros, de que estas fuerzas son las que producen la fuerza viva de la sensación. La fuerza electro-motriz del nervio puede producir un trabajo; puede hacer en pequeño lo que una pila hace en grande, mover la aguja imantada; producir combinaciones químicas. Pero la cantidad de trabajo empleada en producir la sensación, no puede obrar al mismo tiempo como fuerza química ó como fuerza motriz de la aguja imantada; es decir, que porque una parte de la fuerza electro-motriz está empleada *dentro* del nervio, no puede manifestarse *fuera*.

Esto nos conduce á un resultado importante: la fuerza productora de las sensaciones depende de la misma ley que las otras fuerzas naturales, y por tanto está identificada con ellas. Conviene recordar que en 1862 fué cuando Wundt, apoyándose en la electro-fisiología, extendió por primera vez la ley de equivalencia de fuerzas al dominio psicológico, y su tesis ha ganado terreno, especialmente en Inglaterra, aunque parezca que no ha dado de sí, ni con mucho, cuanto contiene. Wundt cedería de buen grado al placer de investigar la cantidad de fuerza empleada para producir una sensación determinada, pero la cuestión es muy compleja. «Supongamos que en todas las circunstancias, esté ó no el nervio en actividad, se produce la misma cantidad de fuerza electro-motriz; la disminución de esta fuerza durante el estado activo, nos daría una medida exacta de la fuerza necesaria para producir una sensación determinada. Pero no es este el caso. Está demostrado que la cantidad de fuerza electro-motriz producida por el nervio no es constante, sino que aumenta durante la actividad, y disminuye durante el reposo. Para encontrar nuestra medida exacta se necesitaría, pues, establecer la diferencia entre la fuerza desprendida en estado de reposo, y la desprendida en estado de actividad: se necesitaría saber también cuánta fuerza electro-motriz se produce *de más* en estado activo. Esta producción *en más* está establecida por un consumo de materia más grande y por la fatiga... El problema se encuentra por consiguiente algún tanto embrollado, y no ha sido aún resuelto, pero no es en manera alguna insoluble (1).»

(1) *Menschend und Thierseele*, tomo I, páginas 80 y 81. Con-

Después de este estudio general acerca de las condiciones fisiológicas de la sensación, Wundt aborda el estudio especial de las diversas especies de sensaciones. Deben distinguirse en la sensación dos cosas: su *intensidad* y su *cualidad*.

1.º La experiencia y el cálculo demuestran que la intensidad de las diversas sensaciones varía según una ley llamada *psico-física*, que se formula así: «La sensación crece como el logaritmo de la excitación que la produce (1).»

2.º La cualidad de las diversas sensaciones, es decir, su carácter específico, ha sido para los fisiólogos alemanes objeto de investigaciones variadas y numerosas, que Wundt resume añadiendo las suyas. Aquí es donde puede verse en actividad el método experimental de que habla en su prefacio. Nada diremos de estos trabajos, que por su importancia exigen una exposición aparte. Señalemos tan sólo el lugar que ocupa el estudio sobre las sensaciones en la exposición de Wundt, y continuemos.

Las sensaciones sólo son materiales de nuestros conocimientos; réstanos ver cómo se transforman. La sensación pura y simple consiste en la modificación que experimentamos cuando uno de nuestros órganos sensoriales está excitado directamente. Llega á ser *percepción*, ó como dicen los alemanes *representación*, desde el momento que la referimos á una causa situada fuera de nosotros; es decir, que la percepción consiste en poner fuera de nosotros, en las regiones determinadas del espacio, los objetos reales. La percepción está, pues, íntimamente ligada á la noción de espacio. Ahora bien, uno de los puntos originales de la psicología de Wundt, es haber deducido de los fenómenos de movimientos reflejos, su teoría de la percepción. Empecemos por examinar el *acto reflejo*.

¿Cuál es la consecuencia inmediata de la sensación? La observación nos demuestra que la consecuencia inmediata de toda sensación, cuando tiene una intensidad suficiente y no la sirve de obstáculo ninguna acción contraria, es un movimiento muscular que se llama movimiento reflejo. La excitación es transmitida por los nervios sensitivos hasta un órgano central, y desde allí reflejada por los nervios motores que obran sobre los músculos. La acción refleja no consiste, como

viene añadir que, á consecuencia de la excitación, se producen en los nervios ciertos fenómenos á propósito para complicar la cuestión. Así, pues, Schiff, en las *Investigaciones sobre el calentamiento de los nervios y de los centros nerviosos*, ha demostrado que los nervios en acción producen calor, independientemente de todo cambio en la circulación, por el solo hecho de su acción.

(1) Para exposición completa de esta ley y de los hechos en que se apoya, véase la *Revue Scientifique* correspondiente al 12 de Diciembre de 1874.

tampoco la sensación, en una simple transmisión de fuerza; supone dejar en libertad fuerzas en estado de tensión. El movimiento producido en tal caso es generalmente más fuerte que la excitación que lo causa. Y esta desproporción entre la excitación y el movimiento, es sobre todo notable bajo la influencia de ciertos tóxicos, (como la estricnina) que aumentan considerablemente la tensión y la intensidad de los movimientos reflejos, fenómeno que sólo puede explicarse admitiendo que los cambios químicos que se producen en las células nerviosas bajo la influencia de estos tóxicos, favorecen el poner en libertad las fuerzas de tensión.

La acción refleja en su forma más sencilla (una excitación inconsciente transformada en movimiento) no parece muy embarazosa; pero hay otras acciones reflejas mucho más complicadas que parecen producirse *en vista de un objeto*; por ejemplo, si vertéis una gota de ácido acético sobre el cuerpo de una rana, se esforzará, con ayuda de una de sus patas, á enjugarla. La observación, dice Wundt, nos demuestra que la acción refleja tiene un objeto bien determinado, y este objeto es el contacto de la parte donde la excitación se produce (1). La rana nos da un ejemplo para el tacto. Obsérvese un caso análogo en la excitación que se produce en el ojo. Examinando los ojos de un niño recién nacido, llama la atención la fijeza de la mirada. El ojo se mueve, es verdad, especialmente cuando obra sobre él una excitación luminosa, pero es sin regla y sin que se pueda reconocer una relación determinada entre sus movimientos y el sitio de donde parte la excitación luminosa. Esta relación se va estableciendo sucesivamente. Si el niño tiene algunos días ó algunas semanas y se hace obrar una luz dentro de su límite visual, la mira fijamente. Si se colocan varias luces, dirige la vista de un lado á otro; pero su mirada está siempre fija en la luz, retenida por una especie de necesidad física, salvo el caso de fatiga ó la influencia de otra impresión. Evidentemente sucede aquí en el fondo lo mismo que respecto al contacto de la piel por el movimiento reflejo. Cuando una acción obra sobre el ojo, éste se mueve hácia la excitación luminosa, como la mano hácia la excitación táctil.

Admitido que el objeto del acto reflejo es el contacto de la parte excitada, veamos cómo los movimientos que en su origen son sin regla, desordenados, pueden llegar á la regularidad y á la armonía. Para esto son necesarias dos condicio-

(1) Para evitar una equivocación, es conveniente hacer notar que se trata aquí, no de todos los actos reflejos en general, sino sólo de los actos reflejos visuales y táctiles, que explican el mecanismo de la percepción.

nes: 1.º que la parte excitada anteriormente sea reconocida como tal; 2.º que los movimientos puedan ser acomodados.

En lo que toca al primer punto, examinemos el tacto y la vista, los dos sentidos más importantes para la acción refleja; los únicos, además, que nos dan la noción del espacio. Wundt procura demostrar, que cada punto de la piel y de la retina tiene su especial manera de sentir. «La epidermis entera de nuestro cuerpo es sensible á las excitaciones, lo mismo que toda la retina, salvo el sitio donde entra el nervio óptico; pero no sentimos de igual manera, ni con todos los puntos de nuestra epidermis, ni con todos los puntos de nuestra retina. Fácilmente puede demostrarse en lo que á la piel concierne. Si se toca con el dedo, primero las mejillas, y después el hueco de la mano, ejerciendo cada vez igual presión, la sensación es muy distinta en ambos casos: lo mismo sucede si se compara el hueco y el dorso de la mano, el pecho y la espalda; en una palabra, dos partes de la piel alejadas entre sí. Además, observando atentamente se advierte que también es algo diversa la naturaleza de la sensación producida en dos puntos inmediatos á la piel. Si se pasa de un punto de la epidermis á otro, se encuentra que hay un cambio sucesivo y continuo en la sensación, aunque la naturaleza de la presión exterior sea igual. Las sensaciones producidas sobre las partes correspondientes á las dos mitades del cuerpo, aunque análogas, no son semejantes. Y no se crea que estas diferencias proceden simplemente de que nos representamos las sensaciones comparadas como producidas en sitios distintos: procediendo con suma atención, y considerando la naturaleza de la sensación sin atender para nada al lugar, se encuentra una diferencia tan grande como ántes.

»Diferencias análogas existen respecto al ojo. Téngase, por ejemplo, en la mano, y delante del ojo, un pedazo de papel encarnado; diríjasele lentamente hácia un lado sin seguirlo con la vista, de modo que la imagen del objeto rojo, proyectada primero sobre el punto amarillo se proyecte en seguida cada vez más sobre los lados de la retina, y se advertirá, que mientras que el movimiento hácia un lado se verifica, la sensación de lo rojo sufre un cambio sucesivo: el color se hace al principio más oscuro, en seguida se aproxima al azulado, y finalmente el objeto rojo parece negro. Pueden producirse cambios análogos con cualquier otro color simple ó compuesto: es evidente que este fenómeno sólo puede explicarse por la distinta manera de sentir de las diversas partes de nuestra retina...»

Estas diferencias de sensación sólo pueden te-

ner una causa local, que consiste en la naturaleza propia del órgano sensorial, en las pequeñas diferencias que existen, sea en la constitución, sea en la disposición de las terminaciones nerviosas.

El resultado es el siguiente: podemos reconocer que tal sonido es el mismo que otro ya oído, tal color igual á un color ya visto, y de la misma manera podemos reconocer el lugar donde una impresión se verifica por la naturaleza misma de esta impresión, siempre que tengamos ya alguna experiencia de su situación. Esto sirve para contestar á la pregunta hecha ántes, de cómo el acto reflejo, primeramente sin regla, llega á ser regular. Si el acto reflejo tiene por objeto el contacto de la parte excitada, es indispensable que esta parte sea reconocida para que procure llegar á ella. Ahora bien, este reconocimiento es posible, según hemos visto, porque cada parte está caracterizada por una señal ó sensación que le es propia y que la distingue de las demás.

Dicha explicación no es, sin embargo, completa, porque la observación nos demuestra que el movimiento reflejo llega siempre á su objeto por la vía más corta y más sencilla, y en lo que precede no hay nada que pueda hacérselo comprender. Examinemos, pues, el movimiento en sí mismo.

Nuestros movimientos varían en intensidad y se extienden á una región más ó menos grande. ¿Podemos medir estas variaciones de intensidad y de extensión? Sí, porque tenemos en nuestros movimientos mismos una medida de ellos. Cuando andamos podemos apreciar la intensidad y la extensión de nuestro esfuerzo.

Todos nuestros movimientos van acompañados de una sensación en los músculos; sensación que puede ser tan débil que no la advertamos, pero que existe, como lo prueba el sentimiento de fatiga resultante de los movimientos más débiles, si se repiten largo tiempo. Esta sensación que acompaña la contracción del músculo, ¿se realiza en esos mismos hilillos nerviosos que transmiten el impulso motor del cerebro á los músculos, ó hay hilillos nerviosos especiales para la sensación muscular?

Este es un punto discutido, pero la primera hipótesis parece la más verosímil. Desatendiendo otras consideraciones, la apoyan hechos patológicos. En los casos de paresia (semi-parálisis) de la pierna ó del brazo, el enfermo no puede mover el miembro sino con gran esfuerzo, y tiene sensación clara de este gran esfuerzo; se engaña sobre la extensión y el alcance de sus movimientos; sus pasos no tienen seguridad; su mano no puede alcanzar los objetos que busca, pero, poco á

poco, va adquiriendo cierta seguridad en sus movimientos, y se orienta por la costumbre en su nuevo sistema de sensaciones musculares. Cuando el músculo abductor de la pupila está parcialmente paralizado, resulta un cambio particular en la vision. El enfermo ve todos los objetos más apartados de lo que lo están realmente, y cuando quiere cogerlos sólo encuentra el espacio exterior. Un picapedrero, afectado de esta enfermedad, comenzó por golpear con el martillo su mano, en vez de las piedras; pero también en este caso el enfermo se acostumbraba á rectificar sus movimientos, costándole sólo mayor esfuerzo en la parte lesionada. Este acomodamiento sucesivo á un estado patológico es, por lo ménos, tan instructivo como el mismo estado patológico, porque aclara cómo han debido pasar las cosas en su origen. Si cuando las condiciones han cambiado podemos de nuevo reconocer la posición de un objeto, gracias á los movimientos del órgano dirigido hácia ese objeto, natural es admitir que en su origen ha debido establecerse una relación entre la sensación muscular y el sitio donde la excitación exterior obra sobre nosotros. Podemos, pues, deducir que tenemos en realidad, en la sensación que acompaña al movimiento, una medida de la intensidad y de la extensión de este movimiento.

Hé aquí, pues, según Wundt, la idea general que debemos tener de la formación del acto reflejo: una sensación, un movimiento, una sensación muscular; el movimiento es sólo el intermediario entre la sensación que sigue á la excitación, y la sensación que sigue al movimiento. No es esto todo. Nuestros miembros se mueven poniéndose así en contacto con tal cual parte de la piel, produciéndose una tercera sensación, la de contacto, que se verifica naturalmente en la proximidad de la sensación primitiva; pues es propio de la naturaleza de las sensaciones moderadas no producir movimientos (con sus sensaciones consecutivas), sino en un espacio restringido. Pronto sucede que pasan al primer plano entre las sensaciones de contacto, las que tienen alguna analogía de naturaleza con la sensación primitiva causada por la excitación. Esto no puede suceder sino á condición de que la sensación de contacto ocupe más ó ménos el mismo lugar que la sensación inicial, puesto que hemos visto que cada sensación tiene su lugar característico. Cuando esta serie de hechos se repite gran número de veces, los diversos movimientos de la serie se ligan perfectamente entre sí, en el orden siguiente: excitación seguida de sensación; sensación de movimiento y movimiento; sensación de contacto, último término que por su local característico, es idéntico con la sensación inicial.

Así explica Wundt (1) la regularidad de los actos reflejos, pero conviene no perder de vista, que esta serie de hechos que acabamos de exponer en forma lógica; consiste en actos inconscientes. «Los hechos que fijamos como necesarios para la regularización de los actos reflejos, no tienen distinta naturaleza que los que hemos encontrado ya en la sensación simple. Son juicios y conclusiones que se encadenan con una necesidad mecánica, pero en este caso tienen ya una forma algo más complicada.»

Siguiendo su costumbre, Wundt presenta el acuerdo del análisis fisiológico y del análisis psicológico sobre la cuestión de que tratamos. Objetivamente, el acto reflejo consiste en una serie regular de sensaciones asociadas. Fisiológicamente encontramos una serie uniforme de movimientos; psicológicamente, una asociación uniforme de sensaciones, es decir, una *memoria*; porque esta relación invariable entre dos sensaciones que hace que, desde que la una aparece, la otra aparezca también, es lo que constituye el recuerdo. Y como la memoria, bajo su forma más perfecta, es una costumbre organizada, un mecanismo inconsciente, la analogía entre los dos mecanismos es manifiesta.

No debe perderse de vista, que para Wundt esta teoría de las acciones reflejas sólo es un medio preparatorio. Tiene por objeto explicar la noción de espacio, y de aquí el acto de percepción que consiste en colocar un objeto fuera de nosotros en un sitio determinado. Siendo aquí imposible tratar el asunto con los desarrollos que lleva consigo, limitémonos á algunos puntos esenciales.

¿La percepción del espacio resulta de una disposición nativa ó de la experiencia? Tal es el punto de partida del debate.

La doctrina de la innatitud (*nativistische*) que por largo tiempo ha reinado sola en fisiología, admite que la excitación de determinadas fibras nerviosas da lugar á una representación del espacio á consecuencia de un mecanismo preestablecido, de una disposición innata de los órganos.

La doctrina empírica está reasumida por Helmholtz en esta proposición fundamental: Las sensaciones son signos que nuestra inteligencia interpreta según su naturaleza y según los resultados de la experiencia anterior.

(1) *Mensch und Thierseele*, t. I, 15.ª lección y siguientes. En lo que concierne á los movimientos reflejos del ojo, la transición hácia el automatismo armónico, consiste en hacer prevalecer cada vez más los reflejos que permiten á la excitación obrar sobre el punto amarillo. En la *fisiología humana* (traducción francesa, pág. 576), se encontrarán consideraciones interesantes de Mr. Wundt sobre el hecho de que los movimientos apropiados pueden no depender únicamente de acciones conscientes anteriores del individuo, sino ser transmitidos por herencia.

Al aproximarse á esta doctrina, Wundt la modifica. Para él, la fisiología proporciona hechos de grande importancia, pero que deben ser completados por una explicación psicológica. La percepción del espacio es el resultado de una *síntesis psíquica* que tiene por elementos el orden de las sensaciones periféricas y el orden de las sensaciones correspondientes de inervación: en otros términos: supongamos que se recorra una serie de impresiones locales *a, b, c,...* el paso de *a* á *b*; de *b* á *c*, etc., responderá á sensaciones elementales de movimiento $\alpha, \beta, \gamma, \dots$, que, durante el curso de la serie de impresiones locales hasta el término *x*, se adiciónarán en una sensación *A*. Ni la serie *a, b, c,...* por sí sola, ni tampoco la serie $\alpha, \beta, \gamma, \dots$ solamente, pueden hacernos percibir la coordinación en el espacio, ni proporcionarnos la noción del lugar. La percepción del espacio se debe á la *relación recíproca* de las dos series *a, b, c,...* y $\alpha, \beta, \gamma, \dots$

Si recordamos que Wundt llama á cada sensación una conclusión, diremos con él: la síntesis de las dos series de conclusiones (las impresiones sensoriales y las sensaciones de movimiento), en una conclusión única, da el espacio. Esta síntesis la asimila á una *combinación química*. «Lo mismo que en la síntesis química, de la combinación de ciertos elementos nacen propiedades nuevas, de igual manera la síntesis psíquica nos da un nuevo producto que es el orden en el espacio de las sensaciones elementales. Así, pues, mientras las sensaciones elementales nos son dadas por el análisis psicológico, la noción del espacio no puede serlo, porque resulta de su síntesis.» En otros términos: siendo la noción del espacio el resultado de una síntesis, no puede ser más conocida por el análisis de sus elementos, que lo pueden ser las propiedades del agua por el análisis químico del hidrógeno y del oxígeno.

La percepción es, pues, una síntesis de sensaciones, y si se fija la atención en el papel que desempeñan en esta teoría, los movimientos más ó menos inconscientes, se verá cómo se apoya en gran parte en los actos reflejos.

Las percepciones sirven de base á una nueva elaboración mental que tiene por término la formación de ideas ó de conceptos cada vez más generales. Para el ser puramente sensitivo la realidad sólo es una masa de fenómenos sin lazos y sin relaciones. El objeto del conocimiento es poner orden en este caos. Conocer, es relacionar los hechos con sus causas.

La idea resulta de la fusión de gran número en hechos y de marcas ó señales, esenciales ó no, cuidadosamente comparadas. Ella nos da, no el fenómeno, pero sí la ley. *Idea y ley* son, pues,

idénticas. Lo que es la idea para el sujeto que conoce, es la ley para el objeto conocido.

Este trabajo de simplificación, que consiste de pasar de los hechos á las leyes, y de leyes particulares á leyes cada vez más generales, tiende á una ley última que abraza la conexión completa de los fenómenos: esta es la *ley de causalidad*. Dicha ley general está realmente deducida de gran número de leyes de causalidad especiales. Estas son leyes reales, porque sólo ellas expresan la ligazón determinada de ciertos grupos de fenómenos. «La ley general de causalidad jamás puede ser una ley en el sentido estricto de la palabra, porque nunca se agota la experiencia. No tenemos, pues, el concepto real de esta ley superior, sino sólo el convencimiento de que debe existir.» La historia nos demuestra, dice Wundt, que la extensión de la ley de causalidad á todos los fenómenos sin excepción, es más moderna de lo que se podría creer. La fe en los milagros y en los prodigios, la idea que muchas personas se forman del azar está en antagonismo con la ley de causalidad. Aun entre los filósofos, muchos han creído y creen todavía que en el dominio psicológico todo efecto no tiene su causa: el libre albedrío se considera como un milagro psicológico, como un hecho independiente de toda causalidad.

La ley de causalidad universal se presenta, pues, como el objeto último hácia el cual tiende nuestro conocimiento, y al que se aproxima siempre, sin poder alcanzarlo.

Quédanos ahora por estudiar los sentimientos y la voluntad.

TEODORO RIBOT.

Se concluirá.

(*Revue Scientifique.*)

LA ASCENSION DEL GLOBO «GENIT.» (1)

La ciencia empieza á entrever las leyes que presiden á los movimientos del Océano, porque los navegantes han cruzado la superficie de las aguas en toda su extensión y porque los observadores han arrojado la sonda en sus abismos y medido su temperatura á diferentes profundidades.

Si queremos conocer la atmósfera que envuelve nuestro globo, que arregla el curso de las esta-

(1) Al traducir para la REVISTA EUROPEA el presente artículo del distinguido director del semanario *La Nature*, M. Gaston Tissandier, nos comunica el telégrafo la noticia de una horrible catástrofe ocurrida en una segunda expedición aérea dirigida por el mismo Tissandier, y de la cual formaban parte los aeronautas MM. Sivel y Crocé-Spinelli, ventajosamente conocidos por sus anteriores investigaciones científicas. Éstos han muerto asfixiados en una elevación de 8.000 metros, y M. Gaston Tissandier y otros compañeros de expedición, han recibido, en el des-

ciones, que mantiene la vida, preciso es proceder de la misma manera, preciso es recorrer vastas extensiones, sondear de abajo arriba, desde la superficie de la tierra hasta sus más altas regiones. De aquí la necesidad de dos formas de exploración por medio de aerostáticos: ascensiones de larga duración y ascensiones de grande altura.

Las expediciones aéreas de Biot de Gay-Lussac, de Robertson, de Welseh, de los señores Barral y Bixio, de Glaisher, en Inglaterra, han abierto gloriosamente la vía de la exploración científica de la atmósfera. Gran número de viajes aeronáuticos se han ejecutado en Francia en estos últimos años con objeto de estudiar los fenómenos aéreos, mereciendo mencionarse los de los señores Flammarion, Fonvielle, etc., fecundos en interesantes resultados; pero son muchos los obstáculos y las trabas que detienen al observador entregado á sus propios recursos.

Desde el sitio de Paris han fijado los aerostáticos especialmente la atención. Habiéndose fundado la *Sociedad francesa de navegación aérea*, presidida el año último por uno de los miembros más ilustres del Instituto, M. Janssen, que por sus grandes trabajos y su varonil energía, tiene ya segura la admiración de la posteridad; presidida este año por otro miembro de la Academia de Ciencias, M. Hervé-Mangon, cuya rara abnegación á la ciencia es de todos conocida, y cuyo activo papel en la organización del correo aéreo durante la guerra no puede olvidarse; la *Sociedad de navegación aérea* ha llamado á su seno al mayor número de los que se preocupan de la aeronáutica y del estudio de la atmósfera.

Bajo los auspicios de los señores Crocé-Spinelli y Sivel, se ejecutó el pasado año el magnífico viaje de altura, cuyos resultados todo el mundo conoce. Gracias á los notables trabajos fisiológicos de Paul Bert y á la inhalación del oxígeno, los intrépidos y sabios viajeros han podido llegar á la altura de 7.300 metros y traer de su expedición el fruto de numerosas y fecundas observaciones.

Este año ha estudiado la *Sociedad de navegación aérea* un nuevo programa de ascensiones científicas, quedando decidido que se ejecutarían sucesivamente dos viajes aéreos con el globo el *Cénit*

censo del globo *Cénit*, gravísimas heridas cuyas resultas no pueden preverse.

Así, pues, el relato de la primera expedición del *Cénit* tiene, además de su interés científico, una triste oportunidad en estos momentos en que el mundo científico lamenta hondamente la desgracia de quienes han perdido ó han expuesto su vida en aras de su amor á la ciencia.

Esperamos con ansiedad los detalles de catástrofe tan lamentable, y entre tanto hacemos votos por la conservación de la vida de M. Tissandier, ya que acerca de sus dos desgraciados compañeros no es posible tener análoga esperanza.—(N. del T.)

de tres mil metros de cabida, y construido por M. Sivel; uno de larga duración, y otro de grande altura.

Gracias al concurso de la Academia de Ciencias, de la Asociación científica de Francia, de la Asociación francesa para el adelanto de las ciencias, de algunos sabios eminentes como los señores Dumas, Hervé-Mangon, Enrique Giffard, doctor Pablo Bert, Dupuy de Lôme, doctor Hureau de Villeneuve, secretario general de la Sociedad, d'Eichthal, doctor Marey, Houel, Lavalley, F. R. Duval, Dailly, Chabrier, etc., las condiciones necesarias á la ejecución de la empresa han sido rápidamente aseguradas.

El primer viaje del globo *Cénit* ha satisfecho las esperanzas de la *Sociedad de navegación aérea*, durando 22 h. 40 m., y traspasando así con mucho la duración de las más largas ascensiones verificadas hasta hoy. Los miembros de la expedición han podido hacer una serie de importantes observaciones, y ejecutar numerosos experimentos.

Partió el globo el 23 de Marzo, de la fábrica de gas de la Villette, donde la compañía parisien proporcionó el gas de alumbrado necesario para llenar el globo. A las seis y 20 minutos de la tarde se elevó éste majestuosamente en el espacio, llevando en su barquilla á los aeronautas designados por la *Sociedad de navegación aérea*, señores Sivel, Crocé-Spinelli, Alberto Tissandier, Jovert y yo, 1.100 kilogramos de lastre formado de arena fina, instrumentos y aparatos de física y química.

Nos elevamos en la atmósfera atravesando Paris, donde brillaban millares de luces como constelaciones de un cielo estrellado, y pasamos lentamente sobre el jardín de las Tullerías y por encima de la cúpula de los Inválidos, sucediendo al poco tiempo al espectáculo de la metrópoli el cuadro no ménos majestuoso del campo. El sol lanzaba sus últimos rayos sobre las lejanas brumas amontonadas en grandes capas de vapores; empezaba la oscuridad, y sólo nos iluminaban en medio de la noche nuestras lámparas de Davy. Después de ordenarlo todo en la barquilla y de arreglados metódicamente los sacos de lastre, comenzamos las experiencias.

M. Sivel, á quien debemos por su energía, por su amor á la ciencia y por su infatigable perseverancia el éxito de la ascension, se ocupaba en determinar la dirección del globo por medio de la brújula y de un cordelillo de 800 metros, que, arrastrando por la tierra, se dirige siempre hácia la espalda de la barquilla. Mr. Crocé-Spinelli comenzó sus observaciones espectroscópicas, valiéndose de dos buenos aparatos, de distinto modelo,

debidos á M. Duboscq. M. Jovert lanzaba á tierra impresos imaginados por él, y destinados á ser recogidos y enviados á Paris.

En estas hojas iban las indicaciones de la presión barométrica de la temperatura y el estado del cielo en todos los puntos sobre los cuales ha pasado el *Cénit*. M. Alberto Tissandier dibujaba, tomándolos del natural, los paisajes aéreos y la deformidad de la luna que acababa de aparecer sobre las nubes.

Yo hacía pasar sucesivamente cien litros de aire, por medio de un aspirador de vuelta, en tubos de piedra pomez, embebidos de potasa, donde el ácido carbónico absorbido había de desprenderse después en el laboratorio y medirse en el estado gaseoso por un nuevo método que hemos estudiado M. Hervé-Mangon y yo.

Era preciso además anotar constantemente la presión barométrica, para lo cual alumbraba al barómetro una lámpara de minas; inscribir la temperatura, que durante la noche llegó al minimum de cuatro grados y medio bajo cero, observar los grados en dos termómetros, uno seco y otro humedecido en el psicrómetro, cuya agua no tardó desgraciadamente en helarse, pero que fué reemplazado con ventaja por el higrómetro de Regnaut. Era preciso descender desde la barquilla un largo hilo de cobre de 200 metros y acercarse á él con frecuencia un electrómetro de hoja de oro, para comprobar el estado eléctrico del aire, y contemplar, por fin, el espectáculo infinito del cielo resplandeciente, donde las estrellas errantes trazaban de vez en cuando su luminosa curva; mirar también la tierra pálidamente iluminada por los plateados rayos de la luna, y que, gracias á una ilusión óptica, se ahuecaba debajo de la barquilla, tomando la apariencia de un inmenso espejo cóncavo. Repetidas veces se nos ha dicho á nuestra vuelta que nos debió parecer larga la noche y rudo el frío. No es así; jamás trascurrió el tiempo con tanta velocidad; jamás empleamos mejor las horas. El globo, gracias á la habilidad de M. Sivel, se mantenía en línea horizontal de 700 metros á 1,100 metros de altura, y desde luego nos persuadimos de que nuestra permanencia en la atmósfera sería prolongada.

Gracias á un aparato imaginado por uno de los miembros más activos de la *Sociedad de navegación aérea*, M. A. Penaud, y que los señores Crocé-Spinelli y Jovert hacían funcionar, podíamos determinar constantemente desde lo alto de los aires la velocidad de nuestra marcha. Este instrumento está formado de un limbo graduado, en cuyo centro se mueve una alidada móvil alrededor de un eje. Un observador mira por un ángulo de 30 grados un objeto visible en la tierra en

el sentido de la marcha del globo; cuando este objeto ha pasado por la línea de la alidada, coloca ésta á 60 grados y espera á que el mismo objeto pase exactamente por segunda vez. Otro observador anota el tiempo trascurrido entre los dos pasos, y con ayuda de los dos ángulos y conociendo además la altura, una sencilla fórmula trigonométrica permite deducir la velocidad del globo. Ejecutada repetidas veces esta experiencia, ha dado cifras exactas, segun ha podido comprobarse después de la expedición.

Hablaremos más adelante de los resultados generales de nuestra ascension: continuando ahora nuestro viaje que se ejecutaba con un viento N. N. E. en la dirección de la Rochela y del Océano.

A las 4 h. 30 m. de la mañana, se presentó á nuestra vista un espectáculo grandioso. La luna, que no había cesado de brillar en el azul del cielo, rodeóse de un halo ó corona resplandeciente de un círculo de fuego debido á la refracción de la luz á través de las pajillas de hielo suspendidas en la atmósfera; este círculo era blanco como la plata, destacándose sobre fondo oscuro, y engrandeciase por momentos, tomando pronto el aspecto de una elipse. Poco á poco empezó á extender sus brazos alrededor de la luna una cruz de luz, completando el extraño y majestuoso cuadro que han podido admirar algunas veces los exploradores de las regiones polares.

La atmósfera presentaba en aquel momento un aspecto particular. Sobre la tierra, un vapor semitransparente de 500 metros de espesor, próximamente, había disminuido de opacidad, en el momento de levantarse la luna, lo cual determinó una ascension del globo. Dos horas después de aparecer el sol en el horizonte, se había disipado por completo. Mientras duró el halo, eran muy visibles algunos cirrus suspendidos en las altas regiones del aire, y que permanecieron en la atmósfera con más persistencia que el vapor inferior hasta 11 h. 30 m. Al bajarse hacia el horizonte, tomaron estos cirrus el aspecto de larga cordillera montañosa cubierta de nevados picos. Durante algunos minutos fué la ilusión tan completa, que creímos ver á lo lejos la cordillera pirenaica. A las tres de la tarde se presentaron en el cielo otros cirrus á una altura elevadísima.

El halo y la cruz luminosa que habían aparecido gradualmente, desaparecieron lo mismo de un modo lento y progresivo, disipándose su luz al presentarse el sol sobre lejanas nubes. La tierra se iluminó presentando el Océano á lo lejos la inmensidad de sus aguas. Estábamos en efecto á la vista de la Rochela, y M. Sivel observó atentamente la dirección del *Cénit*. Por fortuna, el

viento cambió al Norte é impulsó el globo hácia el Sur. Pudimos, pues, costear el mar; durante muchas horas aproximarnos á él varias veces, y no perderle de vista. Tan pronto como el sol traspasó la línea del horizonte, la atmósfera, siempre seca á la altura de 1850 metros en que nos encontrábamos, se cargó súbitamente de electricidad. Las hojas de oro del electrómetro, al aproximar nuestro hilo de cobre, se desviaban 0^m, 06. La cantidad de electricidad decreció poco á poco y era muy débil cuando pasamos por encima del Gironda, que reflejaba los rayos solares con intensidad y producía una elevación de temperatura considerable. La travesía de este gran río, ejecutada á las diez de la mañana á la vista de la torre de Cordouan, fué por cierto uno de los momentos más conmovedores de nuestro viaje. El *Cenit* llegó al citado río por el sitio de su mayor anchura, y pasó majestuosamente sobre él durante 35 minutos. Cuando nos encontrábamos sobre la mitad del cauce, navegaban por éste varios buques de vela dirigiéndose hácia el mar, dos vapores que, al pasar por debajo de nuestra barquilla, izaron por tres veces sus pabellones tricolores. Respondimos á este simpático saludo agitando nuestros pañuelos. Aquel río, visto desde la altura, aquellos buques liliputienses, aquel faro de Cordouan reducido á las proporciones de un alfiler brillante sobre fondo brumoso, aquella agua amarillenta que rizaban las olas coloreándose con los tonos calientes de un bello sol, formaban uno de esos deliciosos cuadros que dejan larga impresión en el espíritu.

En esta parte del viaje echamos á volar sucesivamente cuatro palomas viajeras que nos había entregado M. Cassier, uno de los colómbófilos del sitio de París. La primera paloma salió de la barquilla á las nueve de la mañana, las otras tres fueron soltadas ántes y después de atravesar el Gironda. La última no echó á volar inmediatamente, sino que se paró en el borde de la barquilla, advirtiéndose en ella un momento de vacilación. Las cuatro aves mensajeras se dirigieron á tierra describiendo grandes círculos en la atmósfera, pero ninguna de ellas ha vuelto al palomar. Debe presumirse que estarían desorientadas por la influencia de una larga noche pasada en los aires, y que además la distancia que las separaba de París era demasiado grande para que encontrasen su camino.

Después de haber atravesado el Gironda, el viento que nos impulsaba dirigió el globo hácia el estanque de Carcans, que pronto estuvo á la vista, y hácia el Océano, separado tan sólo por una estrecha lengua de tierra. Por fortuna, algunas hogueras encendidas en el suelo en medio de

las pantanosas llanuras donde empiezan las landas, producían espeso humo que se dirigía hácia el S. E. Esta observación nos indicó con claridad que reinaba en la superficie de la tierra una corriente de N. O. y que podíamos aprovecharla para alejarnos del mar.

El sol era muy ardiente: el *Cenit* se inflaba con rapidez, y el gas, al dilatarse, se escapaba por el apéndice, descendiendo á oleadas hasta la barquilla.

Subimos rápidamente hasta la altura de 1.200 metros, y como era una imprudencia traspasar este límite en la proximidad al mar, M. Sivel abrió la válvula un momento, el globo cesó de elevarse; pero la acción del sol produjo una dilatación de gas tan considerable, que el *Cenit* apenas había bajado 200 metros, volvió á ascender, siendo preciso abrir la válvula cinco ó seis veces para bajarlo á 60 metros sobre la tierra, donde fué arrastrado por la corriente inferior.

Esta corriente era muy húmeda, mientras que en la superior había una sequedad casi absoluta, según habíamos comprobado M. Crocé-Spinelli y yo, con ayuda del higrómetro y del espectróscopo.

Señalóse el paso del globo de la capa superior de aire á la inferior por movimientos de rotación frecuentes y enérgicos. Sintióse una impresión particular al llegar al límite de separación de los vientos superpuestos; la atmósfera estaba muy agitada; el globo se estremecía y giraba circularmente, y su tela temblaba, mientras que cuando estaba bien equilibrado en la atmósfera se encontraba perfectamente inmóvil. Había, pues, entre ambas corrientes remolinos y olas aéreas que no se veían, pero cuya influencia sufría el globo, y se producían movimientos análogos á los que habría en la superficie inferior de una capa de aceite deslizándose sobre otra de agua que estuviese dotada de rápido movimiento. La corriente inferior fué poco á poco disminuyendo de espesor, y al terminar el día apenas tenía 150 metros de altura, pero al mismo tiempo crecía en celeridad. La corriente superior, por el contrario, reinaba uniformemente, siendo siempre el N. N. E., corriente dominante general que los observatorios terrestres no veían, sin embargo, por encontrarse dentro de la corriente N. O. inferior, viento superficial y probablemente accidental.

Durante seis horas consecutivas, el *Cenit* encontró admirables recursos en el empleo de estas dos corrientes superpuestas. Ocho veces subió á la corriente superior, que le dirigía hácia el mar, para descender alternativamente á la inferior, que le impulsaba hácia la tierra firme. El camino

en la vertical es singularmente tortuoso, como lo indica el diagrama de la ascension; su marcha, en progresion horizontal, forma una serie de zigzags que le aproximaban algo á Arcachon, á cuya cuenca llegó al terminar el dia, despues de haber hecho bordadas como un buque de vela.

Despues de este largo viaje por encima de los flacos pinos de las landas, entremezclados con numerosos charcos; despues de permanecer seis horas en una atmósfera abrasadora, donde el sol nos lanzaba ardientes rayos, el *Cenit* tocó á tierra en Montplaisir, distrito municipal de Lanton (Gironda), en las inmediaciones de Arcachon. La brisa era fuerte y arrastraba la barquilla con rapidez, pero el ancla arrojada por M. Sivel, agarró inmediatamente y sin sacudida, gracias á un sistema de amarre ingeniosísimo, formado de frota-dores que hacen deslizarse el ancla con resistencias siempre crecientes á lo largo del cable, á que está unida por medio de la hebilla.—Nos colgamos á la cuerda de la válvula y pronto dominamos al *Cenit*.

Ya habíamos puesto el pié en tierra cuando algunos pastores de las landas acudieron montados en zancos, y dando gritos de alegría y de admiracion. Con la mejor voluntad nos prestaron el útil concurso de sus vigorosos brazos.

Una ascension de largo tiempo como la que acabamos de referir, exactamente trazada con ayuda de un diagrama, cuyos datos han sido consignados sin interrupcion, no es escasa en hechos generales que presentan real interes bajo el punto de vista de la física del globo. Gracias á los impresos lanzados desde la barquilla, y que en número de sesenta fueron enviados á Paris desde todos los puntos de nuestro camino, el diagrama indica las temperaturas de la tierra, al mismo tiempo que las del aire superior, resultando que la temperatura del aire era más elevada en todo el tránsito que la temperatura de la tierra. El diagrama muestra además, que el globo, cuando se mantenía en la horizontal, seguía las prominencias del suelo, y se elevaba por un viento ascendente cuando pasaba por encima de una colina. Este hecho se puso de manifiesto al pasar el globo á 600 metros por encima de una colina, situada en la Turena, colina que tiene 268 metros sobre el nivel del mar. El trazado gráfico de la ascension pone en evidencia la línea curva seguida por una corriente aérea durante largo trascurso; el globo se ve en efecto alejado frecuentemente de una direccion en línea recta; este trazado demuestra, en fin, las variaciones muy apreciables de velocidad del viento, que era de unos cinco metros por segundo durante la noche, de diez metros al despuntar el dia, y que contra lo que sucede habitualmente

disminuía en las altas regiones. La velocidad de la corriente N. N. E. en las landas de la Gironda no pasaba de tres metros por segundo, mientras que el viento inferior cuya velocidad fué aumentando hasta el momento en que llegamos á tierra, era al principio de siete metros por segundo, y llegó poco despues á doce metros.

No seguiremos adelante en el resúmen de estas múltiples observaciones, por necesitar entrar en detalles minuciosos para hablar de los efectos de las nubes, de la deformidad del sol y de la luna por la refraccion, fenómenos cuya sucesion ha ido presentando M. Alberto Tissandier por medio del dibujo, indispensable complemento de los estudios meteorológicos; pero debemos añadir algunas palabras acerca de las observaciones espectroscópicas de M. Crocé-Spinelli. Cuando el sol y la luna han estado por debajo del horizonte, los espectros mostraron fajas de vapor de agua extraordinariamente marcadas. Al elevarse ambos astros sólo algunos grados sobre el horizonte, las fajas han llegado á ser mucho más débiles, acabando por ser poco visibles, lo que demostraba que la cantidad de vapor de agua en las regiones superiores del aire, era muy débil. Esta sequedad es un hecho que merece ser notado. El psicrómetro, ántes de que se hubiese helado el agua que contenía, y el higrómetro de Renaut, han comprobado estas observaciones segun ántes hemos dicho.

Deberíamos hablar además de las sondas aéreas imaginadas por M. Sivel, de un aparato destinado á medir la sombra del globo que hemos visto dibujarse en el suelo sobre los rios, de un notable termómetro, registrador de M. Negreti, destinado á marcar las temperaturas á algunos centenares de metros por debajo de la barquilla, de un nuevo anemómetro de los señores Crocé-Spinelli y Redier; oportunamente describiremos algunos de estos aparatos.

Terminamos aquí el resúmen de una ascension que durante 22 h. y 40 m. ha sido objeto de constantes experimentos y observaciones, porque siendo la atmósfera tan poco conocida, todo cuanto se ve en ella es objeto de estudio.

Esperamos que la *Sociedad francesa de navegacion aérea* no se limitará á estas primeras tentativas, y probará en lo porvenir que merece tomar por divisa la bella frase «siempre más léjos y siempre más alto.»

GASTON TISSANDIER.

(*La Nature*.)

EL PARAÍSO PERDIDO.

Allá en los primeros años del mundo, vino á él, sin padre ni madre, un niño llamado Epimeteo; y como el pobre se aburría de estar solo en su cabaña, le enviaron de regiones muy apartadas una niña preciosa, también sin padres (1), para que le hiciese compañía. Se llamaba Pandora.

Al llegar Pandora á la cabaña de Epimeteo ¿qué creerán ustedes que le llamó la atención?

Una caja.

¿Y qué pregunta la primera que hizo á Epimeteo?

Qué tenía dentro.

El interpelado, que era, según lo pinta la tradición, un niño muy formal y muy juicioso, le contestó:

—Aquí la trajo un caballero para que se la guardase; y como no me dijo su contenido, no lo sé.

—Pero, ¿de dónde vino ese caballero?

—Tampoco lo sé.

—¡Jesus! ¡qué fastidio!—exclamó Pandora, haciendo un mohín remonísimo;—¿y cuándo se la llevan?

—¡Qué sé yo!—dijo el chico, encogiéndose de hombros.

—Por mi parte, ya se la podían haber llevado.

—Pues no pienses más en eso, y vámonos á jugar.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que andaban los niños libres y sueltos por el mundo; pues como no había inquietudes, afanes, ni peligros, ni calcetines que zurcir, ni era preciso para alcanzar el sustento necesario tomarse otro trabajo que cogerlo de los árboles, los papás y las mamás eran cosa inútil y no se conocían! ¡Oh vida deliciosa, y cuán diferente de la trabajada que pasamos en estos detestables tiempos! Todo era paz, todo amistad, todo concordia entre los chiquillos que, ni trabajaban, ni estudiaban, ni reñían, ni lloraban nunca. ¡Bien hicieron los antiguos en llamar á ese tiempo, que ya pasó, para nunca más volver: *Edad de oro!* También es verdad que las *penas* y los *cuidados*, hoy tan innumerables, no se conocían, como que ántes de la curiosísima de Pandora, jamás sufrió ningún chiquillo desazon tan grande como la suya al verse contrariada por Epimeteo, delante de la caja.

Lo que tenía Pandora no era, sin embargo, una *pena*, sino la sombra de ella; pero la niña dió en

pensar en aquello; y como se pasaba el angelito las horas muertas haciendo reflexiones acerca de la dichosa caja, se puso pálida, embebida y triste; y Epimeteo se aburría, y la cabaña se convirtió en un calabozo, relativamente, por supuesto, á las cabañas de los otros chicos de la vecindad, donde todo era contento y alegría.

—Anda, Epimeteo, ¿dime de dónde han traído esa caja?—repetía sin cesar Pandora.—¿No sabes tú lo que tiene dentro?

—¡Por Dios, hija, siempre estás á vueltas con la caja! Ya te he dicho que no lo sé. Vamos—prosiguió cambiando de tono,—vente conmigo por uvas para merendar. Mira, yo sé una viña que tiene unos racimos que da gloria verlos.

—Y tú no piensas sino en comer,—exclamó la niña de mal humor.

—Pues entónces—replicó Epimeteo, que tenía muy buena pasta,—iremos á jugar.

—No quiero, ea; ya me fastidio de jugar y de todo.

—¿De todo?

—Sí, de todo, si no me dices qué tiene esa caja..

—Pero, mujer, si no lo sé, ¿cómo te lo he de decir?

—Ábrela y lo veremos—le replicó Pandora, dirigiendo á Epimeteo la mirada más provocativa que se puede imaginar.

—Que se te quite eso de la cabeza. Y la fisonomía del niño expresó tanto terror á la idea de violar el secreto que le habían confiado, que Pandora tuvo por cuerdo no volver á decírselo. Pero como seguía preocupada con la misma idea:

—Pues ¿dime siquiera quién la trajo?—le preguntó.

—Mujer, la dejó á la puerta, poco ántes de que tú llegases, un hombre con la cara más burlona que se ha visto, y por poco no suelta el trapo á reír cuando la puso en el suelo! Tenía puesta una capa muy rara y un sombrero con alas. ¿Quieres que te lo diga otra vez?

—¿Con baston?

—Sí, por cierto, y muy extraño: con dos culebras enroscadas á manera de borlas.

—Ya sé quién es—exclamó Pandora, quedándose pensativa:—Mercurio! Él me trajo también. Ya ves tú si en esa caja no vendrá mi ropa, ó muñecas ó algo para nosotros.

—Podrá ser; pero mientras él mismo no me dé licencia de abrirla, ni tú ni yo debemos hacerlo.

—¡Ave-María! ¡qué chiquillo más tonto!—murmuró Pandora, viendo alejarse á su compañero;—¡y qué corto es!

Verdaderamente era un fastidio para el pobre niño estar oyendo siempre la misma canción, de la mañana á la noche, y sobre todo en unos tiem-

(1) ¿Ni qué falta le hacían á una niña modelada por Vulcano, animada por Minerva y dotada por los dioses con tanta generosidad como lo fué ella?—(N. del T.)

pos en los cuales, como ya dije ántes, la gente menuda sufría tan pocas contrariedades, que la menor cosa les producía el mismo efecto que en nuestros dias causan á los hombres los males más graves.

No bien hubo salido Epimeteo, se quedó Pandora como en éxtasis contemplando la caja. Muchas, infinitas veces había dicho la caprichosa niña que la caja era fea; pero, á pesar de esto, la tal caja era un mueble de la más exquisita elegancia, tanto que hoy dia hubiera hecho muy buen papel en el gabinete mejor amueblado. Figúrense ustedes que la madera de que estaba hecha era hermosísima, veteada de colores, y tan perfectamente pulimentada y bruñida como un espejo. Sólo por esta circunstancia, ya que Pandora carecía de espejo, debía desear conservarla. Luégo, los filetes y cantoneras estaban tallados con primer y maestría maravillosa, y alrededor ostentaba una guirnalda de figuras de hombres, mujeres y niños entre follaje; pero todo de dibujo y trabajo tan delicado y de composicion tan artística, que las flores y las formas humanas ofrecían al combinarse, un conjunto de singular belleza. No obstante, Pandora creyó descubrir una ó dos veces entre la hojarasca una figura ménos hermosa que las demas, con cierta expresion desagradable; pero mirándola más despacio y tocándola, no vió en ella nada que la confirmase en su primera impresion: en realidad, aquella cabeza tenía buenas facciones; mas el artista, que debía serlo consumado, la dió tal traza que, al mirarla de cierto modo, pareciese fea.

La obra más notable se hallaba esculpida en un círculo sobre la tapa; dentro de aquel círculo campeaba, en fondo negro y brillante, un busto con la frente ceñida de flores. Despues de haberla contemplado largo rato, Pandora se convenció de que la boca se sonreía y se ponía seria como la de cualquier mortal, y de que reinaba en las demas facciones una expresion viva, suspicaz y maliciosa en grado sumo.

Estoy cierto de que, si aquella boca hubiese hablado, habría dicho:—¡No tengas miedo, Pandora! ¡qué mal puede pasarte de abrir esta caja? No hagas caso del tonto de Epimeteo. ¡Pues no faltaba otra cosa, teniendo tú diez veces más talento que él! ¡Abre la caja, chiquilla, y verás qué cosas tan lindas trae dentro!

La caja, y ya se me olvidaba decirlo, estaba cerrada, no con llave ni cosa parecida; sino por medio de una cuerda de oro, atada con el nudo más ingenioso, complicado y difícil que puede imaginarse; y esto mismo aumentaba la curiosidad de Pandora y le avivaba el deseo de desatarlo, únicamente, así decía ella, para resolver el proble-

ma de su combinacion. Dos veces, abismada en sus reflexiones, llevó distraida la mano á la cuerda.

—Ya me parece que voy dando con el secreto—dijo para su sayo.—Si lo desato, lo vuelvo á atar y punto concluido; por eso no se incomodará Epimeteo... en no abriendo la caja... eso no, lo que es la tapa no la levanto áun cuando no pueda volver á echar el nudo.

Mejor hubiera sido para Pandora tener alguna laborcita entre manos, y distraerse bordando siquiera unas zapatillas para Epimeteo, ó una randa para ella, que no estarse todo el dia de Dios con los brazos cruzados mirando la caja. ¡Pero, ya se ve, los chicos hacían una vida tan holgazana ántes de que los males invadieran la tierra! ¡Como si cuando no hace falta trabajar para comer, no fuese indispensable trabajar para *vivir*!

No sé si la tal caja llegó á convertirse con el tiempo en una distraccion para Pandora; lo que sí sé es que le inspiraba muchas y diversas cavilaciones el bruñido de sus tablas, y los festones y las orlas de sus filetes y cantoneras. Tambien solía ponerla de mal humor, y entónces ¡oh! entónces, se desahogaba dándole un puntillon con su piececito, y así llevó infinitos... ¡más se merecía!

—Pero, ¡qué tendrá esa caja?—exclamaba sin cesar.

Pónganse en el lugar de Pandora todas las niñas del universo, y en las mismas condiciones de *farniente*, y les sucede lo propio.

Ignoro si Pandora creía encontrar juguetes en la caja, porque, á la verdad, entónces no se hacían, probablemente á causa de que en aquella época el mundo todo no era otra cosa que un gran juguete para sus habitantes. Lo que sí esperaba descubrir dentro era alguna cosa muy bonita, y ved ahí por qué la consumía la impaciencia y la curiosidad.

El dia de que hablamos, miéntras Epimeteo jugaba á los pollitos en el prado vecino con una catterva de chicuelos de su edad, le dió á Pandora más fuerte que nunca por la caja, y se fué á ella casi decidida á destaparla si podía. ¡Infeliz criatura!

Quiso levantarla, pero pesaba demasiado para las fuerzas de una niña; así que, no bien la hubo alzado algunas pulgadas del suelo, se le cayó de las manos. Parecióle entónces que se escapaba del interior de la caja un leve ruido; puso atencion, detuvo el aliento y escuchó. ¿Serían los latidos de su corazon? Ella misma no lo sabía; mas es lo cierto que su curiosidad iba creciendo de una manera extraordinaria.

Al levantar la cabeza, sus ojos se fijaron en la cuerda de oro,

—Por supuesto que es preciso tener mucho talento—dijo casi en alta voz,—para echar un nudo semejante. Pues yo voy á ver si lo suelto.

Cuando más engolfada estaba en su trabajo, entró por la ventana un rayito de sol muy brillante y muy dorado, y lo llenó todo de alegría, y detras del sol entraron por el mismo sitio que sé yo cuántas carcajadas de los amigos de Epimeteo, que bullían por allí junto. Pandora se detuvo para oírlos.

—¡Qué día tan hermoso!—exclamó, y se le escapó un suspiro.

El manuscrito que me está sirviendo para hilvanar ésta historia, dice que en aquel momento tuvo Pandora impulsos de soltar la cuerda, de no pensar más en la caja, y de irse á correr con los demas chicos de la vecindad; y yo creo al manuscrito bajo su palabra. Pero lo cierto y averiguado es que sus deditos no desistieron de la empresa, y que, áun cuando le pareció notar en la cabeza escupida sobre la tapa, cierto gesto desagradable, siguió dando tirones, apretando aquí, aflojando allí, hasta que al fin ¡qué horror! sin saber cómo, se soltó la cuerda.

Pandora se quedó inmóvil.

—¡Ay! ¿qué va á decir aquél cuando éntre? ¿Cómo podría yo hacer el nudo otra vez?

¡Pues ahí era nada reanudar aquello! ¡Así hubiera estado hasta la consumacion de los siglos en probaturas! ¡Ni cómo había de dar tampoco con la clave, si ya se le había borrado de la memoria de qué manera estaba hecho el lazo? No tenía, pues, más remedio que fastidiarse y aguantar la reprimenda de Epimeteo.

Ocurriósele entónces una idea peregrina.

—Si cuando éntre mi compañero—dijo—ve la cuerda en el suelo, desde luégo se figura que yo la he desatado para registrar la caja, y aunque me ponga en cruz, no va á creer que no me he atrevido á tanto; pues si de todos modos me ha de atribuir esa indiscrecion, levantemos la tapa y veamos.

¡Pícará niña! Lo que debió haber hecho, la creyesen ó nó, era dejar quieta la caja, y no apurarse por las dudas de Epimeteo; que, cuando se inculpa sin razon, la conciencia puede aguardar tranquila á que, más tarde ó más temprano, brille la verdad y triunfe. Tengo para mí que Pandora hubiera obrado así de no advertir en la figura de la tapa una expresion seductora y persuasiva, y, lo que es peor, percibir ciertos rumores vagos de la parte de adentro, los cuales se iban haciendo por momentos más claros é inteligibles, hasta el punto de parecerle que le decían muchas vocecitas:

—Déjanos salir, Pandora, y estaremos siempre contigo.

—¿Qué podrá ser esto?—se preguntaba la niña.— ¡Pues yo he oído bien, esas son voces! ¡Ea! pecho al agua; voy á levantar la tapa, miro una vez no más, y vuelvo á cerrar en seguida. ¿Qué tiene eso de malo?

Pero volvamos á Epimeteo, á quien nada le sabía derecho aquel dia: si jugaba al toro siempre le tocaba ser caballo; si buscaba uvas, todos los racimos eran agraz; si higos (Epimeteo gustaba mucho de los higos), no había uno sano para él. Resultado, que se aburrió, que cerró su boca y que se fué á un rincon á llorar su mala ventura. Los demas niños se devanaban los sesos para darse cuenta de lo que le pasaba, cosa que ni él mismo comprendía; pues, como ya dije al principio, todo el mundo era feliz entónces, y nadie había sufrido todavía lo más mínimo, física ni moralmente.

Conociendo al fin el pobrecillo que sólo servía de estorbo á sus compañeros, tomó el camino de su casa en busca de Pandora, con quien es fama se llevaba perfectamente, excepto en el asunto consabido. Para no entrar con las manos vacías, cortó unos pensamientos, y fué por la vereda tejiéndole una corona con el primor y la destreza que en aquellos felices tiempos hacían estas cosas los muchachos.

Bueno será dejar consignado, que mientras iba Epimeteo la vuelta de su casa, comenzaron á formarse en el cielo unos nubarrones muy densos, los cuales fueron poco á poco extendiéndose, hasta interceptar el sol completamente á tiempo que entraba en ella. Quiso el niño ir de puntillas hasta donde estaba Pandora (la cual, de espaldas á la puerta, se disponía entónces á levantar la tapadera), para ponerle por sorpresa la corona; pero bien hubiera podido adelantarse, no digo á su paso, sino con más ruido que un elefante, seguro de que ella lo sintiese. Cuando Epimeteo vió en qué se ocupaba su compañera, se quedó parado, con los ojos de par en par, pero no chistó.

¡Ay! Epimeteo, si hubieras dado un grito, tu compañera no habría levantado la tapa, y ¡quién sabe si el misterio fatal que contenía no se hubiera conocido jamás!

Pero tambien Epimeteo, á pesar de la poca curiosidad que aparentaba, sentía de vez en cuando muchas ganas de asomar las narices por allí. Así fué que, al ver á Pandora en actitud de apoderarse del secreto, siguió el partido de no dejar que ella sola lo poseyera. Y luégo, si había allí dentro juguetes ó golosinas, era preciso repartírselos como buenos hermanos. De este modo, Epimeteo se hizo tan culpable como Pandora, y por tanto, siempre que en el curso de la presente ma-

ravillosa historia digamos mil merecidas picardías á la curiosa niña, no podremos ménos de encogernos de hombros al pensar en su cómplice.

Apénas hubo Pandora levantado la tapa, se llenó la cabaña de tinieblas y de horror; y las nubes, pardas y amenazadoras, se interpusieron entre el sol y la tierra, como si estuviese á punto de caer nuevo diluvio universal en medio de un tumulto de truenos.

Pero la funesta niña, sin parar mientes en tan lúgubres presagios, acabó de abrir la caja y miró dentro. Entónces, una multitud innumerable de séres con alas de murciélago y colitas de escorpión, tan menudos como abejas, salieron en tropel, tropezando con su cara y desparramándose por la cabaña.

—¡Ay! ¡ay! ¡Dios mio! ¿Qué es esto?—gritó con toda la fuerza de sus pulmones Epimeteo, á quien por lo visto habían saludado ya los animalitos con sus lancetas.—¿Por qué has abierto esa caja? ¿No te lo decía yo?

Asustada Pandora con las voces de Epimeteo, dejó caer la tapa del cofre y miró á su alrededor; pero fué en vano, porque nada le permitía ver la nube que formaban los insectos.

Aquella escena era horrible. La cabaña, sumida en sombra; Epimeteo, llorando á grito herido; Pandora, muertecita de miedo y toda temblorosa; por el aire, millones de insectos, zumbando como cien enjambres de abejas, y desde fuera, dominándolo todo, con voz pavorosa, el trueno, que resonaba por las nubes con infernal estrépito.

Cuando los ojos de Pandora se hubieron hecho algo á la oscuridad, vió que á Epimeteo le había picado uno de aquellos insectos. Ella misma estuvo á punto también de recibir un saetazo de cierto monstruo tamaño como una mosca.

¿Y saben ustedes qué clase de animalitos era la que se escapó de la caja? Pues nada ménos que la terrible familia de las *penas* terrestres: las *malas pasiones*, los *cuidados*, más de doscientas clases de *pesadumbres*, quinientas *enfermedades*, todas las *infamias* y todas las *malicias*; en fin, cuantos males afligen ahora á la especie humana y que habían sido encerrados allí de orden superior para preservar de sus estragos á los venturosos hijos de la naturaleza.

Si los depositarios de la tranquilidad universal hubieran sido fieles y obedientes, nadie habría sufrido jamás el más leve, el más insignificante dolor; pero, ¡admírense ustedes de la calamidad que trajo al mundo la falta de un sólo individuo! Pandora con abrir la caja y Epimeteo con tolerarlo, dieron lugar á que todas las *penas* se desparramasen por la tierra, y vivieran, creciendo y

multiplicándose entre nosotros por los siglos de los siglos.

Como no era posible que los dos niños pudieran soportar aquella nube de malignos animales en los estrechos límites de su cabaña, abrieron de par en par puertas y ventanas para librarse de ellos; los cuales, una vez fuera, se extendieron á su placer por toda la redondez de la tierra á caza de criaturas humanas. Todo se puso triste, y hasta la misma naturaleza pareció resentirse de aquella invasión inesperada. Las flores, que ántes no se marchitaban, comenzaron á tener vida fugaz y leve, quedando en estrecho límite encerrada; y los niños ¡qué dolor! dieron en crecer, en hacerse hombres, en ponerse viejos y en morir después, sin haber tenido tiempo siquiera de pensarlo.

La pícara de Pandora y su cómplice se habían quedado muy serios y pensativos, suspirando y poniéndose saliva en los picotazos para calmar sus dolores, que les parecían insufribles. Ya se ve, ¡no estaban acostumbrados á padecer!

Al fin, Pandora rompió á llorar y apoyó tristemente su cabecita en la caja para dar mejor salida á las lágrimas y sollozos que la ahogaban. Estando así oyó dentro del cofre un golpecito.

—¿Qué será eso, Epimeteo?

El niño no contestó palabra.

—¿Epimeteo?—dijo la niña entre suspiros:—¿contéstame!

Y el ruido volvió á percibirse más claro, como si una mano muy chiquita diese contra las tablas.

—¿Quién eres?—preguntó Pandora por un resto de curiosidad.

Una voz sutil y armoniosa le respondió:—Levanta la tapa y lo sabrás.

—No por cierto.

Y se volvió hácia Epimeteo, esperando que aprobase su prudencia; pero el niño se contentó con decir:—¡A buena hora!

—Ábreme, Pandorita, que yo no soy hermana de esos que han salido. Ábreme, anda, Pandora, y verás cómo te quiero.

—Había en el acento de la voz una dulzura tan encantadora, que no era posible resistir. Además, los niños, sólo con oírlo, experimentaban cierto consuelo, cierto alivio en sus penalidades, como si les quitasen un peso de encima del corazón.

—¡Epimeteo!—exclamó Pandora,—¿has oído? ¿Qué voz tan bonita! ¿no es verdad?

—Sí, ¿y qué?

—¿Abro?

—Como quieras. Después de lo que has hecho, tanto da una pena más ó ménos.

—¡Pícaro!—le gritó desde adentro la vocecita

riéndose:—¡Si tú tienes más ganas que ella todavía desaber quién soy! Abridme, que quiero salir para consolaros: ya vereis cuando yo esté fuera cómo las cosas no son tan malas como parecen.

—Epimeteo, yo voy á abrir.

—Espérate, mujer, y te ayudaré.

Y entre los dos alzaron la tapa, y al punto salió volando de la caja una figura humana del tamaño de una muñequita; pero muy esbelta, muy simpática, muy risueña, y con un mirar tan resplandeciente, que allí donde ponía los ojos, al punto quedaban disipadas las sombras.—¡Han hecho ustedes alguna vez bailar un rayo de sol en la pared con la luna de un espejo? Pues eso parecía la encantadora aparición, volando de acá para allá, hasta que acercándose á Epimeteo, le puso la punta del índice sobre la picadura de una pena, y le quitó el dolor, lo mismo que á Pandora todos los suyos, dándole un beso en aquel pimpollo que tenía por boca. Y siguió la risueña criatura, dando vuelecitos por la cabaña, y llenándola toda de una cosa mejor que la alegría. Tan amable, tan afectuosa, tan buena se mostraba, que llegaron los chicos á ponerse contentos de haber abierto por segunda vez la caja. A decir verdad, hubieran hecho muy mal en dejar cosa tan peregrina dentro de ella.

—Dime, ¿quién eres?—le preguntó Pandora.

—Soy... la *Esperanza*—respondió la aparición;—y como tengo el poder de consolar, me pusieron en esta caja con las *penas*. Ya ves que no era justo estuviesen ellas libres y yo prisionera.

—¡Qué alas tan preciosas tienes!

—Sí, son de los colores del arco iris; pero no creas al verme alegre que hay en mí menos lágrimas que sonrisas.

—¿Quieres quedarte con nosotros para siempre?—le preguntó Epimeteo.

—Mientras que os haga falta estaré con vosotros—contestó la *Esperanza* sonriendo,—y duraré mientras esteis en el mundo.—Tal vez haya momentos—añadió,—en los cuales creais que os dejo en olvido; pero tened por cierto que, cuando menos lo penseis, vereis brillar el iris de mis alas en vuestra cabaña; sí, y además, yo sé una cosa muy buena, muy buena, que os está reservada.

—Pues di lo que es, sí, dilo.

—Por ahora es un secreto; pero no hay que desesperar si no veis realizada esa esperanza mientras esteis en la tierra.—Confiad y esperad.

—Mira que confiamos en tí—exclamaron á una voz Epimeteo y Pandora.

Y no sólo confiaron ellos en la *Esperanza*, sino es todos los demas mortales.

A decir francamente mi opinion, conozco que Pandora cometió una falta gravísima por ser cu-

riosa, pero casi me alegro de ello. Porque si bien es cierto que por su desobediencia se extendieron las *penas* por el mundo, creciendo y multiplicándose entre nosotros de una manera prodigiosa, tambien lo es que tenemos la *Esperanza* en el punto mismo que la necesitamos; que ella espiritualiza la vida y la renueva sin cesar, y que, hasta en los momentos de mayor ventura, cuando se nos ofrece la existencia como un sueño de color de rosa, la *Esperanza* nos hace ver en esa dicha misma un destello de la infinita felicidad que, siendo buenos, podremos alcanzar en el cielo.

N. HAWTHORNE.

Traducción de M. JUDERÍAS BENDER.

BIBLIOGRAFÍA.

EL REALISMO EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO.

Con este título acaba de publicar el Sr. D. Emilio Nieto un interesante libro-folleto. Ameno en el lenguaje, correcto en la frase, expresivo en las ideas que en dicho folleto se emiten, revela que su autor ha pensado el asunto, y lo expone con singular facilidad. La cuestion que en dicho libro se debate, es por demas atractiva, ora para su trascendencia, ora para su significacion y sentido, y como todos los temas que en nuestros tiempos vienen á la arena de la discusion, ofrece tambien el de este libro, por su carácter, motivo suficiente para traer á exámen todos los asuntos de la vida, pues todos ellos son asuntos del arte, y hasta el arte mismo en su más universal sentido, no es tampoco otra cosa que la vida, y toda la vida, en sistema realizada, y en ley artística cumplida.

Sin embargo, hay que convenir en que el trabajo del Sr. Nieto es más estimable en su parte crítica, que en la que pudiéramos llamar expositiva de su doctrina y de su fórmula concreta. Idealista por temperamento, el Sr. Nieto refuta, con incontrastables argumentos, toda esa direccion sensualista que lleva el arte en nuestros dias, y la combate victoriosamente. Amante del ideal, un poco soñador como todos los jóvenes que en la época contemporánea acarician una aspiracion noble, y desean dirigir sus ojos á una region más pura que la que nos ofrece el espectáculo diario que contemplamos, el Sr. Nieto truena magníficamente contra ese realismo enervador que desnaturaliza el arte, y ataca con sin igual poder de análisis, todas esas manifestaciones de un mundo más bien artesano que artista, y que se pierde en las pequeñeces de la imitacion sensible llevada al escrúpulo, pero que tan poca sustancia contiene en su fondo, y que tan carente se halla de esa idealidad divina que el arte debe reflejar, y que nos trasporta al mundo no ménos real, pero interno, de nuestros pensamientos más caros, y de nuestras emociones más queridas. El señor Nieto, además, tiene exquisita delicadeza estética, y esta espontánea impresionabilidad por lo bello, le hace estimar con exactitud y precision, no ya sólo las lagunas capitales del realismo sensualista contemporáneo, sino tambien los que pudiéramos llamar sus defectos menudos, y las pequeñas deformidades de que tampoco se halla exento, por lo mismo que quiere ser en

sus obras, una copia fiel y fotográfica de las realidades sensibles á que mecánicamente suele ajustarse.

Todas las artes las recorre en su exámen el libro del Sr. Nieto; las artes del espacio, como las artes del tiempo, y todas, exceptuada la música, por su carácter especial, adolecen, á su buen juicio, del temperamento realista, que es propiamente hablando, el hecho de vida de nuestra época, y el verdadero inspirador del arte contemporáneo.

Pero despues de este prévio trabajo crítico que sentimos no haya hecho el Sr. Nieto más extenso, ocúpase de lo que pudiéramos llamar la obra de edificación y de reconstitucion artística, y en este punto se halla, en nuestro concepto, la debilidad de su noble aspiracion emprendida. No quiere esto decir, sin embargo, que el Sr. Nieto deje de sospechar y presentir en algunos puntos el verdadero camino de la reconstitucion artística, y que en algun modo no lo señale, poniendo, como si dijéramos, jalones que marcan los puntos de partida, y las estaciones que hay que recorrer deteniéndose en ellas; pero todo esto, más es una adivinacion de bella ocurrencia, que una determinacion sistemática de todo su proceso reconstitutivo. Determinar el concepto de la belleza, aunque un poco confundido con el de la verdad y del bien, esencialmente distintos, por más que sean indivisos é inseparables: señalar como por vía de nota y aunque no todos, alguno de los caracteres que distinguen el conocimiento del sentimiento, y éstos de la voluntad y vice versa; patentizar la propia finalidad del arte, á distincion tambien esencial de la finalidad de la Ciencia y de la Moral, é indicar, aunque muy vagamente, la objetividad de la belleza, pero de la objetividad como idea, que no es otra cosa que el eterno subjetivismo de Kant y de Hegel arbitrariamente objetivado, no es en nuestro concepto, resolver el problema regenerador.

Por otra parte, negar su absolutividad real á la belleza, es negar de plano el fundamento mismo de Arte y su eterna fuente de inspiracion para el artista, el cual, al traducir la belleza al mundo exterior por lo que de ella siente y concibe en cada paso y punto dentro de sí, no hace otra cosa que expresarla segun la concibe y siente, pero quedando la belleza misma absoluta por encima de nuestro concepto sentido y producido, tan absoluta como en sí nos es presente, y tan permanente y eterna é inagotable para ulteriores obras, como si el artista nada de ella hubiera ideado, desenvuelto y expresado. Idear la realidad, es cualidad nuestra, y el resultado de nuestra obra cumplida cada vez, así como la obra por cumplir siempre, sin que el objeto de nuestra idea, es decir, el ser y esencia reales de las cosas, se agoten nunca porque las ideamos; y hé aquí por qué, nosotros juzgamos como un error fundamentalísimo del Sr. Nieto, su consideracion de que la belleza absoluta de Dios no tiene verdadera realidad. Si la belleza, como cualidad esencial y sustantiva y permanente del Sér Supremo, como de cada uno de los seres particulares por él fundados y de él derivados, no fuera cualidad viva, intrínseca, eterna, permanente y real en ellos mismos, independientemente de nuestro modo de concebirllos, idearlos y sentirlos; entonces, ¿qué valor, ni qué realidad, ni qué sustantividad esencial expresarían en su idea y forma, las obras artísticas? No, Sr. Nieto; en nuestro concepto, «Dios no es una *sombra eterna* que acompañe á lo determinado, como signo de la perpetua indeterminacion, ni Espíritu indefinido, inseparable de una definicion cualquiera, que rodee á los objetos todos como Sujeto universal;» sino Realidad eterna, dentro de la que se

contienen é individualizan las realidades particulares del Mundo, de cuyo sér absoluto toman un sér y esencia, y de cuyo Espíritu determinante tienen su espíritu determinado, las cosas y los objetos creados por el Eterno artista. Considerar á Dios como el determinante absoluto, pues como tal se nos ofrece á la conciencia y á la razon, no es una vaguedad confusa, como supone el concepto de la indeterminacion, á su idea aplicado. La indeterminacion, bajo que nosotros consideramos á Dios, se refiere sólo al carácter infinito, inabarcable por nuestro entendimiento, de su naturaleza y de sus esenciales atributos; pero de ningún modo al sentido de su Realidad en todo su sér, y en todo lo que como de su eterna propiedad, es en sus atributos constitutivos. El error del Sr. Nieto en este punto, es el error capitalísimo de la escuela Hegeliana, al tomar la idea, y por consiguiente nuestra idea por el sér mismo, sin tener en cuenta que la idea, como del que idea, supone préviamente el sér de quien la idea se afirma, y el sér del que idea, sin lo cual la idea no podría venir á ser. Hegel tiene razon al decir que la idea viene á ser; pero el sér que en la idea afirmamos como resultado de nuestra concepcion, es, y es sobre todo tiempo, no viene á ser.

Por eso tambien nuestras ideas y conceptos de Dios son infinitamente rectificables, y por eso nos es posible cada vez, formarnos una nocion más clara de Dios, sin que por eso Dios mismo, como realidad viva, deje de ser absolutamente el mismo, y el idéntico, y el permanente, y el eterno, y el inmutable, y el que es, en una palabra, sobre nuestra concepcion de él, y sobre todo tiempo, sobre toda edad, sobre todo pensamiento y sentimiento humanos que de él hayamos tenido y tengamos actualmente en la historia, y podamos tener en el porvenir.

No es, pues, cierto, como quiere suponer el señor Nieto, que el insensato afan de darnos hecho el todo conduzca á la nada; pues una cosa es la realidad sustantiva del Todo que se nos ofrece para idearlo, y otra nuestros conceptos, nuestras ideas y sentimientos de esta realidad, siempre incompletos y carentes, mediante los cuales vivimos, y segun los cuales, regulamos la direccion del arte.

Nuestro concepto, nuestro sentimiento de Dios, son los que cambian en la historia, y los que constantemente van señalando en la vida de la humanidad los progresos de ésta, y la elevacion de su nivel y de su cultura, así religiosa como moral, así científica como artística, así jurídica como social. Además, un Todo ideal, vago, indefinido, abstracto, y que sólo tiene realidad cuando se concreta en los hechos, como supone el Sr. Nieto siguiendo á Hegel, es un imposible metafísico. Además, ¿cuál puede ser esta realidad? ¿de qué sustantividad, de qué esencia puede ser expresion en su fondo? Si no tiene realidad ese Todo indeterminado, ¿qué realidad tendrán las particularidades que de ese Todo vacío se deriven y determinen?

Sólo al dogmatizarla, petrificamos ó inmovilizamos nuestra idea de Dios, y sólo entonces es cuando caemos en su anulacion, y cuando comienzan á señalarse las decadencias artísticas, y los marasmos, y las tísis históricas, que paralizan la vida entera, lo mismo en la religion que en la moral, lo mismo en la ciencia que en el arte. Los que afirman que el dogmatismo de las creencias es una condicion necesaria de la religion, no saben hasta qué punto, al querer poner en conserva la idea de Dios, la esterilizan, la matan y la convierten, al cabo, en un obstáculo pernicioso; y en un fermento mal sano y corruptor, lo mismo para la religion, que para la vida, que para el arte. No; la idea

de Dios, como todas las ideas, necesita estar siempre en movimiento; necesita airearse continuamente, ser penetrada por el espíritu de investigación y de examen, animada por el calor del sentimiento, y de este modo, agrandando á nuestros ojos sus horizontes y sus perspectivas, entrar en la realidad histórica como elemento fecundo, como elemento vivo y vivificador por tanto, de todas y de cada una de las esferas de la actividad humana, para ser en el arte ideal vivo de que hoy carecemos, y fuente fecunda de inspiración artística en el todo del arte, como en cada una de sus ramas particulares. Una idea de Dios petrificada, es una idea fósil, una idea antediluviana, una idea de otra edad, que con ella ha muerto y que con ella necesita regenerarse, transformarse, ¿qué digo transformarse? trasfigurarse, y salir, como el fénix, renovada de sus cenizas.

Con efecto, este es el primer elemento, el elemento fundamental que ha de constituir en su día la base del ideal artístico venidero; pero esto no es lo suficiente, ni mucho ménos. Todo un mundo de condiciones históricas, así objetivas como subjetivas, necesitan venir influyendo en la vida, no ya como lo han hecho hasta aquí, sino con dirección en cierto modo nueva, con tendencia en algún modo más íntimamente reconocida. El mundo sensible y el mundo ideal, el mundo de la naturaleza y el del espíritu, el mundo de los hechos y el de las ideas, el mundo de las sensaciones y el de los sentimientos, necesitan refundirse, y esta es otra de las consideraciones que no se escapan á la delicadeza analítica del Sr. Nieto, y que oportunamente hace notar en el curso de su trabajo; pero por lo mismo que al Sr. Nieto no se le oculta la importancia de la fantasía y del sentimiento, como mediadores eternos entre el mundo sensible y el mundo ideal, determinando la interna condición característica del arte, por esto mismo es por lo que se ve precisado, más bien á formular sus dudas, que á emitir un juicio decisivo sobre punto tan delicado. El sentimiento y la fantasía, viven, á no dudarlo, de la exaltación, que vigoriza, y de la fe, que imagina; y si estos dos factores, agentes poderosos, inexcusables, de la creación artística, se encuentran hoy *devorados por el ánsia crítica*, que no reconoce barreras ni obstáculos, ¿dónde y cómo podrá encontrarse la fórmula artística del ideal futuro de la humanidad?

Hé aquí el problema, que el Sr. Nieto no resuelve, ni puede históricamente resolver. La fantasía y el sentimiento no han perdido, ni pueden perder su carácter, y eternamente serán, fuente la una de las bellas imágenes del arte, y fuente el otro de las pasiones que vivifican las imágenes, y que son como el perpetuo calor de que se sostiene la belleza; pero si el temperamento constitutivo de la fantasía y del sentimiento es inalterable, porque es permanente; en cambio, ha variado sin posible réplica, la dirección de la fe, y sigue otro rumbo el entusiasmo del que estos factores siguieran en otros tiempos y en otra edad histórica. De que todavía la fe nueva no haya logrado formular por entero el cuadro futuro de sus creencias y de sus sentimientos, ¿podrá deducirse que no logre formularlos en su hora oportuna, y en el momento adecuado de la plenitud de los tiempos de esa tercera edad humana, que todos ya hoy presentimos y sospechamos? Los tiempos actuales, aunque esencialmente críticos, son, sin embargo, artistas en todo lo que ha llegado á ser para ellos una verdadera creencia. El siglo XIX cree en la libertad, y tiene poetas que la cantan, y artistas que la glorifican; el siglo XIX cree en el progreso, tiene fe en el mejoramiento sucesivo de la humanidad,

y canta todo aquello que responde á esa dirección, y lo canta con entusiasmo, con grandeza. Pero si el siglo XIX no tiene ni puede tener la fe de la Edad Media, ¿cómo ha de cantarla? ¿cómo se habrá de poseer de unos sentimientos que no son ya los suyos? En la necesidad de aparentarlos, lo más que hará es reverdecer su recuerdo como de encargo, y entusiasmarse oficialmente; pero ya todos sabemos muy bien lo que es entusiasmarse oficialmente.

No; el mundo de la fe, y de la fe como adhesión espontánea de nuestro pensamiento hácia lo conocido, cuya interna naturaleza ignoramos, no ha muerto, ni puede morir, porque es, bajo la razón, el eterno é inagotable campo de nuestras aspiraciones informadas, y de nuestros más queridos y más acariciados y más misteriosos deseos. La ciencia misma, que á primera vista parece la encargada de limitar la esfera de las creencias, es por el contrario, la que si de un lado cierra la puerta á las creencias inmotivadas, la abre de otro más ancha, más profunda, más íntima y amplía al *rationabile obsequium* de San Pablo. Cada verdad que la ciencia patentiza ó demuestra, ¿á qué mundo de deducciones en ella contenidas y por nosotros adivinadas, presentidas, sospechadas, creídas, en una palabra, no se adapta en su fórmula?

Pues bien; todo ese mundo reflexivamente formulado por la ciencia, viene á ser la fuente de producción de todo un mundo espontáneamente afirmado de creencias vivas, y de sentimientos palpitantes de aquel derivado, y que al arte toca sensibilizar, individualizar, particularizar en imágenes eternas, así como vice versa; de este mundo espontáneo de las adivinaciones y de las creencias, brota y viene brotando el mundo reflexivo del análisis científico, que convierte la adivinación en certeza, y lo meramente creído en convicción profunda, desechando lo puramente quimérico, y depurando la fe que verdaderamente salva creando el arte, y el sentimiento que verdaderamente lo dignifica divinizándolo.

Tales son, á grandes rasgos, las consideraciones más importantes que el notable trabajo del Sr. Nieto nos ha sugerido, haciéndonos sentir que su libro no haya sido más extenso, sobre todo en su parte crítica, por lo bien que en ella ha señalado las lagunas capitales del arte contemporáneo, y los vicios del realismo materialista de que hoy el arte se halla tan lamentablemente poseído.

El Sr. Nieto ha hecho un bien considerable á la literatura y al arte, llamando en su folleto de un modo interesante la atención de los cultos sobre su estado actual, y sobre sus necesidades reconstitutivas. Estimable por muchos conceptos, nada más justo por nuestra parte, que recomendar su lectura, á cuantos en España se consagran con entusiasmo á este género de asuntos, por más que el libro de suyo, y por su valor intrínseco, lleve en sí mismo su recomendación más importante. Por todo ello, y por sus loables esfuerzos, felicitamos sinceramente al Sr. Nieto.

M. CALAVIA.

17 de Abril de 1875.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo científico y literario.

CIENCIA PREHISTÓRICA.

LECCION XV.—20 ABRIL.

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE.

ÉPOCA PALEOLÍTICA.—CARÁCTER ANTROPOLÓGICO.

Es, señores, de trascendencia tal el conocimiento etnográfico de este primer período, que no temo insistir en el estudio del carácter antropológico ya empezado á examinar en la última conferencia, siquiera expuesto, por la premura del tiempo, en sus rasgos más generales.

Siguiendo en esta materia á Quatrefages y Hamy en su grandiosa obra intitulada *Crania ethnica*, llamamos raza de Canstadt á la representante del período antehistórico que examinamos, colocando alrededor de los más antiguos restos humanos encontrados junto á la capital de Wurtemberg en 1700 por el doctor Pleiss, bajo los auspicios del príncipe Eberhardo Luis, los cráneos y mandíbulas de Neanderthal, Gibraltar, Equisheim, Denise, Olmo, Naulette y otros muchos yacentes en estado fósil en los horizontes diluviales inferiores depositados al exterior ó en el fondo de las cavernas y brechas huesosas, y muchos cráneos y mandíbulas de épocas relativamente modernas, de fecha tan reciente algunos, que pueden considerarse como contemporáneos nuestros.

Merced al admirable grado de perfeccion que hoy alcanza la Anatomía humana y la comparada, lo primero que llama la atención es que, sin gran dificultad, se distingue el tipo masculino del femenino, en el cual, aunque se reproducen los rasgos generales característicos de la raza, siempre se nota cierta atenuación en los principales accidentes y hasta su completa desfiguración.

Los restos del tipo masculino son el frontal y parietal que dan nombre á la raza de Canstadt; los encontrados por Faudel en Equisheim; el cráneo de Brux en Bohemia; el célebre de Neanderthal; el de Denise en Auvernia, etc.: el tipo femenino se halla representado por los cráneos de Stangenas (Escania), de Olmo, Italia, y de Clichy, Paris. A estos documentos antropológicos de la época que examinamos, deben agregarse algunos otros, tales como las mandíbulas de la Naulette, de la caverna de Arcy, de Clichy, de Goyet y de otros puntos, y los restos del cráneo de Gibraltar, aunque sea difícil determinar su edad, por cuanto no se encontraron en su yacimiento objetos característicos en el sentido arqueológico ó paleontológico.

Los distintivos de esta raza son un cráneo sumamente prolongado y deprimido, circunstancias que expresa perfectamente la palabra compuesta *dolico-platicefalia*; un gran desarrollo de los senos frontales que se acusa al exterior por la marcada prominencia de los arcos superciliares ó de las cejas; depresión notable de la frente; gran extensión de la protuberancia occipital, y por último, exageración de lo que se llama *prognatismo*, ó sea un ángulo facial agudo muy por debajo del que se observa en las razas más perfectas.

Completan la característica de estos cráneos el notable grosor de sus huesos, que en algunos es verdaderamente anormal, sobre todo en la parte de la frente y occipucio. Los que se han encontrado en es-

tado fósil ofrecen á menudo dendritas de manganeso hasta el interior de su tejido; circunstancia que, unida al apegamiento á la lengua, se ha considerado exageradamente quizás por algunos, como prueba evidente de una remota antigüedad.

Todos los cráneos hasta el presente encontrados en los horizontes inferiores diluviales, correspondientes al mismo período de la historia humana, ofrecen en diferentes grados los rasgos característicos que acabamos de apuntar; siquiera se hallen algun tanto atenuados en los del tipo femenino, tales como los de Engis, Olmo y Clichy, al paso que en alguno del tipo masculino hasta tal punto se acentúan, que anatómicos tan insignes como Schafausen y King, llevados tal vez de ideas preconcebidas, han querido ver en ellos, aquél un sello único y excepcional en el hombre, y éste motivo bastante para crear una especie y hasta un género distinto. Homo Neanderthalensis lo apellida M. King, inclinándose poderosamente á considerar al antiguo habitante del valle de Neander y de Dusseldorf, siquiera no pensara aún ni remotamente en fundar dicha población, no sólo como especie, sino aún como género distinto del resto de la humanidad. ¿Qué ofrece, pues, de notable dicho cráneo que sea á él peculiar, como si dijéramos exclusivo, y que no encontrándose en los demás humanos pueda motivar la formación de un tipo, nada ménos que genérico aparte? Examinado el asunto con el ánimo sereno y libre de toda preocupación, puede decirse que en el dichoso cráneo, cuyo modelo en yeso puede examinar el que quiera en el Gabinete de Historia Natural en la urna del Megaterio donde se halla todo lo relativo á prehistórico y terreno cuaternario, sólo ofrece la exageración de los caracteres asignados á la raza de Canstadt, sin que deje por ello de ser un cráneo perfectamente humano. Algunos, siguiendo á Wirchow, quieren ver en los huesos de aquella incompleta calavera, un estado patológico; pero como esto no pasa de ser una opinión particular, no confirmada ni demostrada, preferible es considerarle en su estado normal y ver si es cierto que sea ó forme este resto un tipo único y aparte, ó si por el contrario es comparable, no sólo con muchos cráneos fósiles, sino con otros pertenecientes á hombres contemporáneos. Para esto lo mejor es sobreponer á la curva que representa el perfil de dicho cráneo, la de los principales de la raza que examinamos, y luego establecer la comparación con cráneos de tiempos relativamente modernos. Fijándonos en las dimensiones principales conocidas, resulta que el diámetro anteroposterior, que en el de Neander es de 0,200, es igual al de uno de los cráneos de Estangenas, é inferior en 4 milímetros á los de Olmo y Clichy; el diámetro trasversal que es de 0,144, excede al de Clichy que sólo mide 0,138 y sólo es algo menor que los de Olmo y Estangenas que alcanzan 0,145 y 0,147; el índice cefálico, ó sea la relación entre el diámetro trasversal y el anteroposterior tomado como 100, es de 72 en el de Neander; de 67,65 en el de Clichy; de 73,5 y 75 respectivamente en los de Estangenas. Pero en lo que más se distingue precisamente el cráneo de Neander es en un carácter esencialmente humano, á saber: en la cavidad que forma la superficie interior de sus huesos, la cual excede en mucho á la de cualquier cráneo humano: hállase aquel, con efecto, representado por la enorme cifra de 1200 centímetros cúbicos, y quizás sea aún mayor, si se toma como dato la curva que mide la circunferencia horizontal que alcanza 0,590, siquiera haya que restar algo por los enormes senos frontales. Débese tan extraordinaria capacidad á la considerable

extensión del diámetro fronto-occipital y á la anchura del cráneo que compensan con creces la notable depresión de la frente.

La comparación, pues, de este cráneo con otros encontrados como él en estado fósil en los horizontes diluviales correspondientes á este primer periodo, no demuestra la existencia de rasgos y caracteres que no sean humanos y áun de razas superiores.

Veamos ahora si el exámen craneológico de restos antiguos y contemporáneos puede darnos alguna luz acerca de la raza de Canstadt y de sus relaciones con alguna de las actualmente existentes.

La reproducción de los rasgos distintivos del cráneo de Equisheim, Engis, Olmo, Estangenas, etc., se observa en tiempos modernos y no como hecho aislado, sino más bien como demostración tal vez del atavismo, en una extensión considerable del globo, desde las islas británicas y la Península ibérica hasta el Indostan y el continente austral. La reproducción del tipo Neanderthalense no se observa por igual en todos los países comprendidos en una tan vasta superficie, pues al paso que en algunos no se han presentado ejemplos notables hasta el día, en otros abundan sobre manera. Y cosa singular, en Inglaterra, donde nació, ó por lo ménos se ha desarrollado en mayor escala, quizás, la teoría del transformismo ó de la evolución orgánica, es donde en mayor número se reproduce el tipo de la raza en cuestión, ofreciendo el mismo Darwin un ejemplo notable, á juzgar al ménos, por el retrato publicado en la *Ilustración* y en otros periódicos.

Turner, refutando las singulares ideas sostenidas por Schaffaussen y King acerca del cráneo de Neanderthal, cita tan sólo de Edimburgo cuatro ó cinco casos muy parecidos y varios de otras localidades de Escocia. Entre los cráneos más notables figura el de Roberto Bruce, rey de Escocia, y el de S. Mansuy, obispo de Toul (Francia) en el siglo IV, en cuya calavera todos los caracteres de la raza de Canstadt se acentúan de una manera muy notable.

Además de Turner, otros eminentes antropológicos, tales como King, Carter Blake, Huxley, Pruner Bey, etcétera, han dado á conocer numerosos cráneos, tanto de Escocia, como de Inglaterra é Irlanda, que reproducen los rasgos de esta primitiva raza humana, alguno de los cuales es tan parecido al de Neander, que sobrepuestos ambos perfiles sólo se diferencian en insignificantes detalles. Y para que se vea la importancia que bajo otro punto de vista puede tener este estudio comparativo, bastará recordar que nótanse estas analogías en cráneos pertenecientes á Santos ó varones de eminentes virtudes cristianas y con los de otros personajes no ménos célebres en la política, en las armas y en las ciencias, como se deduce del cráneo del célebre O'Connor, comparado por Nilsson con uno de los de Estangenas, y probablemente el del propio Darwin, según indicamos más arriba.

En Francia no son tan abundantes los materiales: sin embargo, el cráneo del Dolmen de Bougon (Dos Sevres), el encontrado en un túmulo del Poitou, algunos de la cuenca del Sena y de otros puntos, reproducen los caracteres más pronunciados de la raza dolico-platicéfala que nos ocupa. En Bélgica, y sobre todo en la región oriental, también existen ejemplos notables de este singular atavismo, con la particularidad de que en todas partes se repiten en los hombres modernos los rasgos de la raza, allí precisamente donde ésta tuvo, por decirlo así, su cuna; como si quisiera demostrarnos que no es este un hecho aislado y casual, sino enlazado con las misteriosas leyes de la herencia.

El mismo hecho se observa en el valle del Rhin, donde Vogt, Weber y otros naturalistas han visto y examinado casos de atavismo muy singulares, y reproducidos en muchos cráneos los caracteres del de Canstadt.

En nuestro suelo y en Portugal tampoco dejan de presentarse algunos casos de analogía con el cráneo de Gibraltar; el frontal encontrado por M. Pherson en la cueva de la mujer (Alhama de Granada), algunos de los dibujados en la obra de Góngora sobre las antigüedades de Andalucía, y el frontal que tengo el gusto de ofrecer á vuestra consideración, procedente del túmulo llamado Castellet del Porquet, sito en el término de la Ollería, pueden citarse como ejemplos, cuya lista crecerá de seguro el día en que; difundido el gusto por la nueva ciencia, se multipliquen los exploradores y los entusiastas por la primitiva historia de nuestra patria.

En Dinamarca y Suecia, así como en la península italiana, en Suiza y Alemania, tampoco son raros los cráneos cuyo diámetro anteroposterior excede de 0,200, y el índice cefálico no pasa de 0,68; circunstancias que recuerdan los cráneos típicos de la raza primitiva.

Una observación digna de tenerse en cuenta, ántes de pasar adelante, es la que se desprende del área de dispersión de esta raza, muy diferente de la que, por regla general, se señala al pueblo celta y á sus afines, y si á esto se agregan las divergencias tan notables que existen en la distribución y caracteres étnicos de aquel pueblo y de los primeros pobladores cuaternarios de Europa, claramente quedará demostrada la imposibilidad de confundir, como suele con frecuencia hacerse, aquella raza con ésta.

Tampoco estará de más notar que puede perfectamente coincidir una notable depresión del cráneo y grandes senos frontales, con inteligencias y cualidades nada comunes, como lo justifican los cráneos de San Mansuy, de O'Connor, de Roberto Bruce, del personaje famoso en la historia danesa, llamado Kai-Lykke, y otros muchos. Y de aquí el poder considerar como falsa la opinión de Pruner Bey, y otros, que atribuyen á una especie de idiotismo la conformación del cráneo de Neander, sin echar de ver que para ello sería preciso referirlos á los cráneos microcéfalos ó excesivamente pequeños, en los cuales el diámetro anteroposterior es sensiblemente más reducido; como ejemplo puede citarse el cráneo del idiota Cachet, regalado por Gratiolet al Museo de Paris, cuyo diámetro es muy inferior al del cráneo de Neander.

La diferencia entre la raza de Canstadt y la celta se pronuncia más y más á medida que nos alejamos de las tierras ocupadas en Europa por los celtas de la historia y de la lingüística, y nos dirigimos hácia Oriente, donde, sea cualquiera la población dominante, siempre se ofrece á nuestra consideración un substrato étnico, cuyos caracteres quedan apuntados en los restos vivos y fósiles, habitantes en la parte occidental y central de Europa, siquiera los materiales representativos de este substrato sean escasos en las comarcas donde la antropología es poco conocida.

Desde el valle del Danubio, empezando por Austria, se encuentran en Rusia, Crimea y otros puntos, cráneos que pueden referirse á los de la raza de Canstadt. Hasta en el Indostan, en el S. de Australia y en muchas islas del Pacífico se reproduce el hecho, aumentando con esto las relaciones de dicha raza humana.

Basta, creo, lo dicho para demostrar que el tipo de los primitivos habitantes de la Europa occidental y

central no se ha extinguido por completo, sino que, por vía de atavismo, reaparece en diferentes puntos y en una vasta superficie del antiguo y del novísimo mundo, donde el hombre primitivo ha dejado claros vestigios de una tosca é incipiente industria en tiempos muy remotos.

Fundado, por último, el eminente Quatrefages en la analogía que anatómicamente ofrece una de las razas indígenas de la Australia; tronco de la población más antigua, con la de Canstadt y de Neanderthal, se inclina á reconstituir el tipo fósil por medio de un grupo étnico próximo á aquel en el que figuran, al lado de los australes del S. y del O., ciertos pueblos negros de la India central. Sin embargo, hay que esperar la adquisición de mayor copia de datos para afirmar que las razas más inferiores actuales sean descendientes más ó menos remotos del hombre de la época paleolítica. En la próxima lección abordaremos el estudio del período mesolítico, del cuchillo y del reno.

JUAN VILANOVA.

SECCION DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

10 ABRIL 1875.

EL IDEAL DEL ARTE.

El Sr. Moreno Nieto empezó combatiendo la doctrina presentada por el Sr. Vidart sobre las facultades humanas que producen la obra artística, y sobre el ideal en general, con cuyo motivo dijo que era, á su juicio, inexacto lo que el indicado señor había manifestado de que eran sólo dos las facultades del espíritu humano, la inteligencia y la voluntad, y que el arte era sólo el servidor y como traductor del pensamiento. Semejante doctrina, decía el orador, mutila el espíritu humano y quita al arte su valor sustantivo, su destino y su grandeza. No expresa, decía, la inteligencia todo el ser y virtualidad del alma humana, ni la voluntad su actividad toda. Al lado de la inteligencia se halla otra facultad llamada sensibilidad, que considerada en su modo pasivo, recibe el mundo, así el interior como el exterior, de un modo distinto á como lo recibe la inteligencia, siempre con emoción y resonancia; y en la vida de ese espíritu, produciéndose en medio de los seres del mundo en íntima relación con ellos, en ese mundo de la causalidad y de la acción, no es todo engendrado mediante la idea y por su determinación, sino por impulso de esas mil energías que representan dentro del alma fuerzas superiores y anteriores al pensamiento, fuerzas y energías que á la hora presente están siendo objeto de importantísimos trabajos en la docta Alemania, y que forman parte de ese llamado mundo de lo inconsciente.

Mayor era la diferencia en su manera de pensar en lo que toca á la naturaleza del arte. El arte y la ciencia, según el orador, tienen fines distintos y un carácter diferente. La ciencia se encamina á conocer la verdad, el arte á realizar la belleza: la primera es conocimiento con reflexión y método y bajo forma sistemática, el segundo es más bien intuición, visión espontánea y directa de lo bello inteligible ó de lo bello individual. Pero más que esto, el arte es producción en la cual entran, es verdad, las facultades superiores de la inteligencia, siempre en forma y modo distintos á los que producen la ciencia, pero hace el principal papel la fantasía creadora, la cual no pide á la razón

ni al entendimiento sus conceptos penosamente elaborados y vistos á la luz de la reflexión, sino que recibe calor é inspiración de esa energía interior y misteriosa que agita al artista y que llamamos genio. Es algo de divino que el artista no se atreve á llamar suyo, porque lo siente como viniendo desde fuera y de más alto.

El arte, añadió el Sr. Moreno Nieto, es además pasión y emoción, de tal manera, que si él crea figuras en que realiza los tipos eternos y los eternos ejemplares, en ellos pone sus sentimientos y emociones, ellos llevan la vibración y la resonancia de su alma, y al darlas en arrebatadora visión á la sociedad que los contempla, despierta en ella energías dormidas y remueve todo lo que existe en los oscuros limbos del espíritu social. Por tales cosas, el arte es fuente de alegrías purísimas, nos deleita con hechizos y nos consuela del gran fastidio de la vida.

Llegado á este punto, el Sr. Moreno Nieto manifestó, que al negar que el arte fuese la traducción del pensamiento científico, no quería decir que él viviese fuera de la idea; ¿cómo había de vivir fuera de ella siendo obra del espíritu? El arte es creador de obras individuales, y no hay obra alguna en el mundo de la realidad material, ni puede haberla en el mundo de la fantasía, que no sea representación de algo inteligible. Por eso el arte tiene siempre ideal, y el de cada civilización y cada período histórico vive al calor y por la inspiración de un ideal determinado, que es el que le alimenta y caracteriza.

Y aquí planteó el Sr. Moreno Nieto la cuestión del realismo y del idealismo, pero tomada en este momento como cuestión de la filosofía del arte. El realismo, en su sentir, consistía en afirmar que no había otra realidad que la que ofrecían, la naturaleza en su vida, y el espíritu en su historia; añadiendo que era bello todo lo real, por donde daba por asunto y destino al arte el reproducir en obras individuales lo que se ofrecía á él en el mundo de la experiencia, así la interior como la sensible. El idealismo tiene un sentido y doctrinas por todo extremo diferentes, como quiera que atribuye principalmente la realidad y la perfección á la idea, y da por misión al arte expresar esa idea y encarnarla en sus diversas obras. Pero hay, decía, dos concepciones idealistas no poco diferentes: la de Platon y la de Hegel. Para el primero existe un mundo, donde están desde la eternidad los arquetipos y ejemplares de todas las cosas, y los principios de todo bien, de toda justicia y de toda belleza. Estos arquetipos se encarnan, por misteriosa operación, en este mundo de lo temporal y lo finito, dando forma y vida á los seres; pero de tal manera, que su belleza queda oscurecida y menguada. Por donde el arte debe tender, no á recoger esos tipos ó ideas realizadas, sino á elevarse en alas de la contemplación á aquella etérea región de las ideas puras y crear un mundo en que ellas se expresen con mayor verdad y pureza. Para Hegel la idea, aunque se desenvuelve en sí y vive en su propio ser, es idéntica á la realidad, y la realidad toda es según la idea y está dentro de ella; por lo cual el arte no puede sino expresar la idea, como lo hace el mundo, y sólo le da que pueda, á diferencia del mundo en que por el movimiento de la vida y la trama de los hechos, se oscurece á menudo la verdadera esencia, que pueda presentar en obras in-

dividuales una creacion en que desaparezca toda accidentalidad y aún todo lo que no es de la esencia del tipo específico, haciendo que éste se manifieste en todo su esplendor y belleza.

Para el orador, entrambas concepciones son incompletas, y cree que debe fundírselas en un concepto superior para llegar á fórmula más verdadera. Él cree que el fundamento del idealismo debe buscarse en la teoría de Platon, reconociendo con él la soberana virtud y ejemplaridad de las ideas, y dando por mision al arte el rehacer, según ellas, el mundo que se ofrece á nuestras miradas, y expresar en una creacion libre y más perfecta el verdadero ideal, que se comunica al espíritu por una manera de elevacion hácia la region en que residen esos tipos; pero es menester reconocer á la vez que esas ideas no vienen así como de fuera á imprimirse en las cosas, sino que son, podemos decir, inmanentes en ellas, por lo cual el mundo y los seres que le constituyen, y las formas con que se realizan, y la vida con que desenvuelven su esencia, son, en lo que tienen de fundamental, hijos de esas ideas, y por tanto legítimos. Y debe en su virtud darse como deber al arte el de mirar á la realidad, tomando de ella sus principales elementos, y aún sus formas esenciales; no aspirando á crear seres y mundos de pura fantasía.

En seguida el orador anunció que iba á entrar en la que consideraba como parte principal del tema, que era el juicio sobre el realismo, ó sobre el arte contemporáneo; y para hacerlo de la manera debida, despues de indicar las divisiones presentadas por los modernos escritores sobre las principales épocas del arte estudiado en la historia universal, dijo que el arte contemporáneo era un momento, la conclusion si se quiere, pero un momento del arte que ha vivido y se ha desenvuelto en el seno de la civilizacion europea, cuyo principio más principal é íntimo había sido hasta ahora el ideal cristiano. Arrancando de esta afirmacion, trató de determinar el sentido y peculiar carácter de ese ideal, tomado como principio religioso, y con tal intento declaró que el cristianismo había traído á la historia el verdadero reinado del espíritu, levantándole soberanamente sobre la naturaleza, á la cual daba sólo valor muy subordinado y temporal, y á este reino del espíritu humano para redimirle del mal y para dignificarlo y ensalzarlo, hizo descender el espíritu divino, trayendo así á la historia con la encarnacion del hijo de Dios la union misteriosa y augusta de lo divino y humano, union que vino á satisfacer lo que el mundo antiguo había esperado y como presentido vagamente, y que había de cambiar necesariamente las direcciones de la vida.

Este ideal religioso que se hizo, durante la Edad Media, la creencia universal de los pueblos europeos, engendró un arte distinto por todo extremo del arte clásico, encaminado, no ya á crear un mundo de individualidades en que se reflejasen los divinos contornos de la belleza, sino á expresar por los modos del arte adecuados al propósito, es decir, por la poesía lírica y por la arquitectura y la música, el vago anhelar del espíritu tomado desde entonces de un como vértigo de lo absoluto y lo infinito, y á representar el mundo de la conciencia con sus luchas, sus contradicciones, sus angustias y temores, y con sus esperanzas, sus satisfacciones y alegrías.

Segun el orador, este arte, creado en el primer momento de la historia europea, á que se llama Edad Media, había recorrido todo el ciclo que le permitían aquellos tiempos y aquella sociedad, y al compas que ésta decaía ó se inmovilizaba, aquél agotaba su originalidad. Entonces, decía el Sr. Moreno Nieto, presentóse ante la Europa el ideal de la civilizacion griega, que como la Vénus de la mitología de la espuma del mar, salía del fondo de las edades, radiante de gracia y hermosura. Este ideal venía, podemos decir, de fuera, y se presentaba cual modelo que movía á imitacion, y por la soberana virtud que va unida al arte griego, verdaderamente clásico y universal, por aquella eurytmia, aquella regularidad y la armonía que resplandecen en él, y por ser como ejemplar eterno de la gracia y acabada copia de la forma bella, produjo una manifestacion fugitiva, es verdad, pero esplendorosa en aquellos dias del Renacimiento, que es menester saludar como una de las horas escogidas de la historia.

Desde este punto, el Sr. Moreno Nieto, atravesando dos siglos que consideraba como un verdadero paréntesis del arte europeo, aparte del gran florecimiento que en él alcanzaron el teatro español y el inglés, los cuales, á decir verdad, no vivieron con el espíritu de esos tiempos, llegaba al gran acontecimiento que abre el nuevo, y, á su juicio, definitivo período de la humanidad. Jamás época alguna nació más llena de esperanzas, más rica de ideas, más ganosa de perfeccionamiento y de mudanzas. Nuevos horizontes, nuevos cielos parecían abrirse delante de las nuevas generaciones, y anhelos vagos generosos las sacudían y agitaban. Jamás, desde la aparicion del cristianismo, se había sentido tan universal estremecimiento: un ardor de vida y de renovacion universal circulaba por las venas del mundo. ¡Época grandiosa, á la cual pocas, si alguna, puede compararse; pero época, decía el orador, turbada y temerosa! Sí, hora turbada, exclamaba con Víctor Hugo: ¿Cómo te llamaré? ¿te llamaré satánica ó divina? Porque en la crisis que ha comenzado en esa época, en medio de la cual vivimos todavía, háse mezclado el mal al bien; la idea noble y generosa al torpe error y á la blasfemia, la aspiracion levantada á la vil pasion, la esperanza al desaliento, la confianza á la fatiga.

El arte, añadía el orador, ha sido, como todo, grande y terrible. ¡Qué nombres: Schiller y Goethe, Byron y Schelly, Leopardi y Manzoni, Lamartine y Víctor Hugo, Espronceda y Larra! Hasta que acabe su evolucion, que aún será larga, peligroso es fallar sobre él; mas puesto que se le ha sometido hoy aquí á juicio, diré algo, añadió, de sus principales direcciones, muy penetrado de su grandeza, aún cuando haya de hablar de sus extravíos.

No contando la música, de la cual anunciaba que no hablaría por no extender demasiado su discurso, dos eran á su juicio las principales formas en que se había manifestado el arte moderno; por una parte la poesía lírica y el poema filosófico, y por otra el drama y la novela. En los primeros había depositado el poeta sus aspiraciones y sus dudas, sus tormentos y dolores; en los segundos, había retratado el drama de la conciencia cual lo expresa la vida exterior. Unos y otros han planteado en la forma propia del arte, el problema del destino humano, y la cuestion del bien y del mal, cuestiones que vienen siendo la pre-

ocupacion constante del espíritu en la civilizacion europea: unos y otros han dado, con más ó ménos conciencia de ello, una concepcion de la vida; pero han hecho todo esto los primeros bajo la forma subjetiva como inspiracion propia, como estado del alma del poeta; los segundos lo han exteriorizado bajo la forma de lo que podemos llamar la comedia humana.

El tipo de Prometeo y los de Don Juan y el doctor Fausto, recogidos y acariciados por los poetas de este período, muestran la índole y carácter de la poesía lírica y el poema filosófico contemporáneos. Apasionada en la literatura, inquieta, tomada de anhelos sobrehumanos, ella ha renovado la empresa del Titan de la mitología, y si sus inspirados y resonantes acentos han hecho vibrar, como nunca quizá vibraron, las fibras de las generaciones, ella ha pecado gravemente contra Dios y la moral, y hecho desgraciada la sociedad que la ha llevado en su seno. Despues de todo, y sobre todo, ella es la literatura del orgullo, del escepticismo, de la rebeldía y de la desesperacion. El más sombrío pesimismo baña con tintas lívidas sus creaciones, que á veces exaltan, es verdad, pero para dejar sólo á la postre el frío en el alma. Y este espíritu de tinieblas, añadía el Sr. Moreno Nieto, este soplo de glacial ironía y estas notas, unas veces sarcásticas, otras fúnebres, respiran tambien en aquel romanticismo que nació al calor de la filosofía de Fichte, y de que fueron principales corifeos Federico Schlegel y Novalis, y se acentúa más y más en esa concepcion de Schopenhauer, que considera la vida como farsa lúgubre, y que da por destino al hombre acabar con la voluntad y buscar su consuelo en la infinita nada.

No nos es posible detenernos á expresar todas las consideraciones que expuso el orador en esta parte, la más delicada de su discurso, limitándonos á decir que, aunque con rapidez, hizo un juicio severo del *Fausto* de Goethe, al cual consideró como la epopeya del panteísmo.

Pasando en seguida al exámen de la novela y del drama, despues de hacer notar el gran papel que tocaba á estas formas del arte en la vida contemporánea y que será aún mayor en el porvenir, dirigió sus miradas á la novela y al drama franceses, á los cuales dirigió ásperas censuras, acusándoles de haberse inspirado en un grosero sensualismo y de aspirar á cambiar la moral pura y austera de las sociedades cristianas por otra moral que quiere rehabilitar al vicioso y al criminal, y que lleva derecho á la idolatría de la materia y al libre vuelo y santificacion de las pasiones.

Y tratando ahora, decía el orador, del ideal que debe la crítica proponer al arte moderno, ya que á nombre de la ciencia hablamos aquí, mi opinion es que el arte moderno no tiene salvacion si continúa moviéndose fuera del ideal cristiano. Reconociendo que los nuevos rumbos que había tomado en el período moderno eran los que por ley de su naturaleza, y por las condiciones de la vida toda, debía llevar, y declarando que el arte debe seguir el movimiento de la historia y ser de su tiempo y de su siglo, volviendo su vista, ántes que al pasado, al porvenir, para ser como el valedor de las nuevas aspiraciones y el heraldo de los grandes destinos que se divisan ya en no lejanos horizontes de la historia futura, dijo que le es fuerza buscar su ideal en las altas regiones del

espiritualismo cristiano, de donde bajarán, sobre esta sociedad atormentada y hoy llena de pasion, de incertidumbre y de tinieblas, las ideas que consuelan y fortifican, y los sentimientos que pacifican y ennoblecen.

El arte, decía el orador, vive en todos los pueblos y en todas las edades, al calor y á la sombra de la idea religiosa, y el de la Europa se arrastrará en el fango y morirá si no vuelve amoroso hácia la idea cristiana. ¡Que vuelva á ella; que vea de preparar y ayudar al renacimiento de Dios y de la fe en la conciencia general, y que visitando los oscuros y profundos senos del alma humana, remueva todo lo que hay en ella de nuevo y generoso, y haciéndola sentir la palpitacion de lo eterno, la levante á las grandes cimas y á las grandes alturas!

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Al tiempo de cerrar este número recibimos ligeros detalles de la catástrofe del globo *Cenit*, de que damos cuenta en otro lugar. El presidente de la *Sociedad francesa de navegacion aérea*, M. Hureau de Villeneuve, fué el primero en recibir en Paris la noticia del siniestro por medio de un telegrama fechado en Ciron, pueblecito cerca de Tours, que decía así:

«El globo *Cenit*, que salió de Paris el 15 á las once de la mañana, ha caído aquí hoy 16 á las cuatro de la tarde. En la barquilla se hallaban M. Tissandier desmayado, y los cadáveres de los señores Sivel y Crocé-Spinelli.»

Un telegrama posterior, firmado por M. Tissandier, dice lo siguiente:

«A la una, á 8.000 metros de altura, caímos en un estado de postracion completa. El sol calentaba mucho, y al abrir una vez los ojos, noté que el globo bajaba y que Crocé arrojaba el aspirador. Me desmayé de nuevo hasta las tres; entonces estábamos á 6.000 metros. Crocé y Sivel tenían la cara negra y la boca llena de sangre; estaban muertos. A las cuatro caímos en Ciron.»

* * *

Los periódicos de Suiza hablan de un fenómeno muy curioso que se acaba de producir en la corriente del alto Danubio, cuyo río ha desaparecido súbitamente en la extension que media entre Morhingen é Immendingen, frontera del ducado de Baden y de Wurtemberg.

Hace cuarenta años se observó cerca del mismo sitio, que una parte de las aguas desaparecían por entre las rocas calizas para no reaparecer hasta cerca del pueblo de Aach, en el Hobgan, entre Engen y Stockback.

En la actualidad, toda la corriente se pierde ántes de llegar á Immendingen, cuya localidad se ha visto privada de todos los aprovechamientos que tenía, y parece muy difícil obstruir los agujeros por donde se escapa el agua en un fondo pedregoso que forma la separacion entre el Jura Suizo y el Jura de Suabia.

* * *

Del último folleto de Mr. Gladstone sobre la cuestion religiosa en Inglaterra, se han vendido en Lóndres más de 150.000 ejemplares.